

El mes en que cumple treinta años, Gabriela —una escritora peruana y «periodista kamikaze» que se gana la vida en España publicando artículos sobre sexo— está en un hospital, recuperándose de una intervención quirúrgica, cuando se entera que a su padre le han detectado un cáncer de colon, que una de sus amigas acaba de suicidarse y que la revista para la que trabaja ha cerrado definitivamente.

Abatida y sumida en la incertidumbre, el futuro se le presentará en forma de dos inoportunas líneas rojas en el Predictor, reveladoras de que esa náusea vital que la embarga es en realidad un embarazo inesperado.

Nueve lunas es una exploración narrativa de los mitos de la procreación. Una guía secreta para las que quieren ser madres a toda costa y las que detestan la idea de serlo, pero también para el *voyeur*, el donante de semen, el sátiro y el aspirante a padre con babero. Son nueve escenas de un *reality* obstinado en amargar la dulce espera con arranques parricidas, recuerdos de abortos adolescentes, lecturas matrofóbicas, delirios biotecnológicos y partos sin anestesia, narradas desde la desconcertante, afiebrada y lúbrica subjetividad de una embarazada que teoriza sobre nuestra necesidad neurótica de perpetuar la especie.



Gabriela Wiener

Nueve lunas

ePub r1.1

Titivillus 18.09.2019

Título original: Nueve lunas

Gabriela Wiener, 2009

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Para Elsi

Para Lena

1 DICIEMBRE

En estos últimos meses, nueve, para ser exactos, he llegado a pensar que el placer y el dolor siempre tienen que ver con cosas que entran o salen de tu cuerpo.

Hace nueve meses no sabía que una serie de eventos relacionados con esas entradas y salidas iban a converger aquel noviembre, el mismo mes en que cumplía treinta años. A mi padre le detectaron un cáncer al colon, Adriana se suicidó lanzándose de la ventana de un hotel y yo yacía en la cama de un hospital de la sanidad pública española recuperándome de una cirugía considerable. Al volver a casa estaba destrozada por las noticias y físicamente muy débil. Apenas puedo recordar los días que siguieron a mi operación. Fueron dos semanas de un invierno especialmente frío, en las que necesité la ayuda de J para casi todo. Para cortarme el filete, para lavarme los dientes y limpiar mis heridas.

Me habían extirpado unas glándulas mamarias excedentes que tenía bajo las axilas y casi no podía mover los brazos. Tenía dos cicatrices enormes de las que brotaba un catéter que iba drenando sangre oscura. Había decidido operármelas porque, además de ser muy poco estéticas y molestas, los médicos me habían asegurado que un día muy lejano, cuando decidiera tener hijos, se llenarían de leche y me ocasionarían terribles molestias. Así que decidí que debía cercenarme lo que yo veía como una deformidad, aunque la cosmovisión mágica de mi madre se empeñara en recordarme que en otras épocas a las mujeres con mamas supernumerarias las quemaban por brujas: para ella, mis dos tetas de más podían tener poderes sobrenaturales.

Fue una intervención sin complicaciones pero la convalecencia estaba resultando muy dura. Por si fuera poco, los antibióticos que me habían recetado para prevenir una infección parecían perforarme el estómago.

El día del cumpleaños de J, solo pocas semanas después, seguía sintiéndome tan incómoda que decidí quedarme en casa. No suelo perderme los cumpleaños de mis maridos, así que fue un poco raro. Ahora, además de un intenso dolor de barriga, tenía náuseas. Al día siguiente, cuando debía volver a la oficina, no pude levantarme. Estaba demasiado cansada. Vomité toda la mañana. A medio día, J me llamó para ver cómo seguía pero también para darme una noticia.

—No te pongas nerviosa, ¿OK? La revista cierra. Se acabó.

Mi padre con pronóstico reservado.

Mi amiga lanzándose al vacío.

Mis glándulas mamarias arrancadas de cuajo.

Y ahora había perdido mi empleo.

J atravesó la puerta con un test de embarazo en la mano. Llevábamos algunos meses jugando con la idea, en un *coitus interruptus* permanente. La verdadera promesa, antes que amarte y respetarte toda la vida, es «Te juro que no me corro dentro». Y es la primera en incumplirse.

Hay una rebelión secreta, estúpida quizá, pero rebelión al fin, contra el mundo adulto, o contra cualquier cosa, en no tener nunca un condón en la mesita de noche. Siempre me ha parecido el sumo de lo excitante la manida escena en que los amantes están a punto de estallar y algo ocurre. Así, el que pudo ser un buen polvo, su sola posibilidad truncada, lo convierte en el mejor. Ningún polvo cualquiera completo puede superar a uno perfectamente incompleto. Correrse fuera es como retirarte en el pico de tu carrera, como escribir un libro de cuentos magistral y desaparecer, como suicidarte a los treinta años.

Enmudecimos por unos segundos mirando el Predictor como quien mira el arma con el que va a suicidarse. Un test de embarazo es siempre una presencia intimidante, sobre todo si eres un flamante desempleado.

Tuve que orinar en un tubo, echar unas gotitas sobre aquel bicho blanco mientras J leía las instrucciones y por fin quedó claro que dos rayas quieren decir que sí y una raya que no. Según consta en la caja, este test casero tiene 99 por ciento de efectividad si el resultado es positivo, en cambio si es negativo hay un margen de error mayor y la prueba debe repetirse días más tarde. No sé cuántas veces me había hecho esta prueba en mi vida con resultados casi siempre negativos.

Las mujeres jugamos todo el tiempo con el gran poder que nos ha sido conferido: nos divierte la idea de reproducirnos. O de no hacerlo. O de llevar bajo un vestidito lindo un vientre redondo que luego se convertirá en un bebé para abrazar y mimar. Cuando tienes quince la posibilidad es fascinante, te atrae como un pastel de chocolate. Cuando tienes treinta, la posibilidad te atrae como un abismo.

En el papelito también decía que los test de embarazo miden la presencia en la orina de una hormona llamada Gonadotropina Coriónica Humana. Esta hormona, llamémosla por su nombre de pila, Gona, llega a la sangre luego de aproximadamente seis días posteriores a la concepción, cuando el huevo fertilizado se implanta en el útero. En los cinco minutos que le tomó decidir al aparatejo qué ocurriría con mi vida, pasaron ante mis ojos, en cámara lenta, todas las veces que había hecho el amor en el último mes, esperando identificar el día fatal. Finalmente, los dos barrotos rojos se dibujaron velozmente como la palabra fin en cualquier película.

—Es la última vez que trabajamos juntos —le dije a J.

Ahora sí podíamos decir que toda una familia se había quedado en la puta calle, y de cara a la Navidad más fría de los últimos años, según el hombre del tiempo. Aunque el hombre del tiempo suele equivocarse.

Dos gametos forman un cigoto. Me gusta cómo suena la fórmula de la fecundación. Es matemática pura. Las sensaciones más poderosas al descubrir que estás embarazada tienen que ver con la irrealidad de las matemáticas. Te han dicho que está ahí, que irá multiplicando su tamaño, que ahora tiene la forma de un cacahuete, después la de una cereza y así, pero no lo ves, ni lo sientes. Está la opción de pagar doscientos euros para que una de esas máquinas ultramodernas llamada ecosonógrafo te muestre qué hay dentro, pero por ahora solo podía permitirme acudir a testimonios directos. A una mujer un embrión de cuatro semanas le parecía un langostino, a aquella un guisante, a otra un pececito y a alguna otra un punto a lo lejos. ¿Por qué será que la maternidad nos llama de inmediato a la divagación lírica y nos sitúa al borde de la estupidez? ¿Será la sola posibilidad de tener a nuestro lado a un bebé con cara de monito asustado lo que dispara esa ternura desbocada? Decidí escribir mi propia figura literaria zoológica: «A las cuatro semanas un hijo es como el fantasma de un caballito de mar».

Lo cierto es que todavía no se ve nada. Solo el saco gestacional precoz de menos de diez milímetros de diámetro, la bolsa donde crecerá el feto. Qué horrible palabra es «feto»: suena demasiado parecido a feo. La apariencia de un embrión no puede ser otra que la marina. Su forma no es humana. Tiene cola. Mide de dos a cuatro milímetros y sus ojos son como el par de puntos negros que a veces encontramos en un huevo crudo antes de echarlo a la sartén.

En mi vieja enciclopedia del cuerpo humano leo que en un embrión ya puede atisbarse la columna vertebral, los pulmones y el resto de órganos, todos a escala milimétrica. Sin embargo, el bebé de cuatro semanas no es un ser humano, es cientos de especies al mismo tiempo. Hace algunas décadas se sostenía que el bebé del hombre atravesaba todas las etapas de la evolución en el vientre de la madre, que tenía agallas de pez y cola de mono. Era verosímil. Luego se probó que esas no eran ni agallas ni esa en realidad era una cola, pero al ver las imágenes de la evolución del feto bien podría concluirse que el embarazo es el tráiler de la película de la vida. ¿Te gustaría ver la peli completa?

Los libros no te preparan para lo que se viene. Los manuales para embarazadas deben haber sido escritos por madres completamente narcotizadas por el amor de sus hijos, sin una pizca de distancia crítica. Todos dicen: sentirás un poquito de náuseas por la mañana, tus pechos se volverán tensos y sensibles, sentirás sueño y ganas frecuentes de orinar. Ah, eso sí, «no fumes, no bebas café ni Coca-Cola, no tomes drogas, aléjate de los rayos X». ¿Cómo demonios soportar este estrés sin al menos una lata de Coca-Cola? ¿Cómo es que hasta ahora no se ha sintetizado una droga de diseño para embarazadas? Éxtasis prenatal, LSD para gestantes, algo así.

Para empezar no son solo las náuseas, el malestar vital que te embarga al despertar se parece a la sensación de amanecer con resaca y mala conciencia al mismo tiempo, a despertarse después del velorio de un ser querido o a ver la luz al día siguiente de perder al amor de tu vida. Las náuseas me atacaban en los momentos y en los lugares menos indicados. Comencé a pensar que revelaban cierta psicología en mi relación con las cosas. Por ejemplo, siempre me daban náuseas cuando tenía que hacer algo que no quería hacer, como ir

a comprar pan muy temprano en pleno invierno. También aparecían delante de cierta amiga muy querida. Siempre que la veía tenía que irme al baño.

Ni qué decir de mis pechos, me dolían al más mínimo roce. Pero ellos no eran los únicos sensibles. Era toda yo. Nunca imaginé que podía llorar con uno de esos horribles *talk show* conducido por una falsa mosquita muerta que entrevista a hijos que buscan a sus madres y vecinas que se odian; pero lloraba, y a mares, sobre todo con historias como «Su marido le era infiel con la vendedora del todo a cien... ¡Qué pase el maridooooo!». Yo, una persona con estudios superiores, criada en un hogar en el que se escuchaba Silvio Rodríguez y Quilapayún, me encontraba en posición fetal bajo la frazada y mi único cordón umbilical con el mundo era el control remoto. Y alguien había presionado la función *slow*.

Pasé largas horas viendo telebasura, durmiendo y soñando que daba a luz a un mono.

Mi hermana y yo teníamos un juego. En voz alta solíamos decir: «Vamos a jugar a la mamá y a la hija». Siempre éramos mamás y siempre éramos mamás de unas hijas. El mundo de la maternidad era un mundo entre mujeres solas. Ser madre era muy fácil: consistía en ponerles nombres a nuestras muñecas, cubrirlas con una frazada y peinarlas. Y cuando la guionista era yo, siempre debía ocurrir una desgracia, un terremoto devastador, por ejemplo, que impregnaba de dramatismo a nuestro papel maternal. Nuestras muñecas lloraban y nosotras las protegíamos de los vientos huracanados y las llevábamos a un lugar seguro. Era hermoso ser madre cuando corríamos peligro, eso te hacía una madre mejor.

Barcelona parecía un buen lugar para dos periodistas ingenuos con aspiraciones literarias que creían en las posibilidades de sus currículums pero no para dos periodistas aspirantes con un hijo. J y yo habíamos llegado a la revista *Lateral* a trabajar primero por nada y luego por poco. Pero estábamos contentos de poder dedicarnos a lo nuestro luego de una temporada trabajando en algunos de esos empleos inventados para explotar inmigrantes sin papeles. No habíamos venido en cayuco pero nuestro estatus de estudiantes extranjeros nos ponía directamente en el más bajo escalafón laboral.

Aquí a nadie le importa lo que hayas hecho antes en algún lugar del hemisferio sur. De nada te valdrán tus libritos autopublicados. Ni ese máster de nombre rimbombante que viniste a hacer. De nada te servirá decir que publicaste en los medios más importantes de tu país y que ganaste un premio.

Por eso terminarás trabajando gratis como el becario más viejo que se haya conocido. La base tres no es precisamente una lustrosa pista de despegue.

Súmale a eso que en esta ciudad se habla catalán y que los catalanes quieren que les hablemos en su lengua, aunque ellos sean perfectamente bilingües, por lo tanto suelen sobre todo ofrecer buenos empleos a gente que lo habla. Los catalanes son supersimpáticos en muchas cosas pero con el tema de la lengua son unos pesados.

Y aunque no tengas idea de cómo se hace, intentarás ganar dinero en el boyante mundo de la restauración, o sea como camarero sirviendo paella marinera. Colaborarás con los especuladores de la burbuja inmobiliaria vendiendo pisos de ancianitas desahuciadas. Repartirás correo comercial de puerta en puerta arriesgándote a ser mordido por un perro feroz o serás una voz al teléfono vendiendo lo que sea.

Lo bueno de Barcelona es que existe una graciosa fiesta en la que la gente intercambia libros por rosas. Es una especie de día de los enamorados, pero en lugar de ir al cine las parejas se van de compras a una librería. Eso te da la sensación —no siempre correcta— de que estás rodeado de gente sensible y culta. Aquí los quioscos rebosantes de periódicos y revistas de la Rambla parecen los estantes de los supermercados. La gente lee en el metro, aunque luego te das cuenta de que leen a Coelho y Dan Brown. Aquí el equipo de fútbol local siempre gana. Y, quieras o no, ese espíritu ganador se contagia.

Quizá por todo eso era hasta agradable dejarse explotar por una publicación literaria hecha por gente tan divertida e ilustrada como el director de Lateral, Mihály Dés, un intelectual judío nacido en Hungría y radicado hacía muchos años en España; y por su jefe de redacción, Robert Juan-Cantavella, el jefe más joven, rockero y guapo que uno soñaría tener. Mihály se hizo empresario para gestionar el sueño de la revista independiente y había hecho hasta lo imposible por mantenerla a flote durante once años, pero las deudas la habían terminado de hundir. Al menos, justo antes de que enterrara el pico, habíamos conseguido que Lateral nos hiciera a J y a mí nuestro primer contrato de trabajo en España, aprovechando la regularización masiva de inmigrantes que hizo el gobierno. Así, habíamos cambiado nuestro estatus de estudiantes a residentes con trabajo legal. Pero teníamos que conseguir otro trabajo cuantos antes o perderíamos nuestra precaria legalidad.

¿Qué haríamos con un hijo fuera del Perú? ¿Lo vestiríamos con ropa del contenedor, lo haríamos vivir con cinco estudiantes borrachos, le sacaríamos su carné del Barça? Seguro le diríamos que el trabajo no dignifica al hombre. Le enseñaríamos a no tomar taxis porque son muy caros y a montar bicicleta bajo la lluvia. Lo llevaríamos los domingos a Ikea. O mucho mejor, lo prepararíamos para recoger una vez a la semana de la basura electrodomésticos casi nuevos. Le compraríamos ropa en Humana, esa cadena de trapos de segunda reciclados por gente que respeta el medio ambiente. Lo llevaríamos a hacer las compras de la semana al Día, ese supermercado decadente en el que chocan sus carritos en el mismo pasillo indigentes, ocupas y jubilados desatendidos. Y si todo esto no lo convenciera le diríamos que siempre podrá beber café y comer cruasanes hojeando El País en una terraza llena y acariciada por el sol del medio día, a la hora en que otros se rompen el lomo. Y que lea a Henry Miller. Hijo mío: Europa es el mejor lugar para que un latinoamericano se muera de hambre y beba buen vino. Bienvenido.

Al bajar a tirar la basura, cogí un periódico gratuito y por casualidad me encontré con el típico titular sobre la inmigración: «El quince por ciento de los nacimientos en España son de hijos de inmigrantes». Así somos, nos vamos a la cama con muchas ganas y terminamos equilibrando la balanza

demográfica en un país que tiene el récord mundial de la natalidad más baja. Solo gracias a nosotros en España hay más nacimientos que muertes. Pero más abajo pude leer otro titular en letra pequeña: «La tercera parte de los abortos en España son de inmigrantes». En el artículo, un médico declaraba que atendían a muchas mujeres sudamericanas que llegaban desangrándose «por haber tomado aspirina y perejil». ¿Eso funciona?

Mi primera visita obstétrica, en lugar de oficializar la noticia hizo que todo pareciera aún más irreal. La seguridad social no incluye gollerías como ecografías cada vez que se te antoje hacerle cuchi cuchi a tu embrión. Aquí no existe, como en Lima, un centro de diagnóstico por cada hostel de sexo al paso. Por eso estaba obligada a esperar hasta febrero para la primera ecografía, la del primer trimestre. Tendría que vivir así. La única noticia clara sobre este hijo me la habían dado un par de rayas rojas. Iba a pasar las navidades y recibiría el nuevo año sin ver para creer.

La finalidad de la visita era entrar en contacto con la comadrona, la persona que hace el seguimiento de la mujer preñada mes a mes. Con la ginecóloga solo hay tres visitas programadas antes del parto. La comadrona no es un médico pero sabe todo sobre embarazadas y bebés. Ellas son las versiones hospitalarias de las vecinas autodidactas de otras épocas que venían a asistirte a casa y cortaban el cordón umbilical con los dientes. Eulalia apareció con su corto y rizado pelo cano, su bata blanca sucia y esos inexplicables zapatos rojos de taco alto que siempre se ponía sin *pantys*. Me invitó a pasar y ajustando sus gruesos lentes se dispuso a escribir mi historia médica. Me dio un cuadernillo morado que decía: «*Carnet de l'embarassada*».

—¿Tienes antecedentes familiares de enfermedades cardiovasculares, cáncer, anomalías congénitas, embarazos múltiples...?

Mi abuela había sido diabética, a mi padre le habían cortado un trozo de intestino, varios familiares habían muerto víctima de un infarto, mi tía abuela por un cáncer de mamas. Con su letra de casi médico, Eulalia iba apuntando algunas de las cosas más tristes de mi biografía con un estilo probablemente similar al que usaba para anotar la lista del mercado. Cuando llegamos a mis antecedentes, mencioné mis recién suprimidas glándulas supernumerarias y un quiste que me habían sacado hace unos años del ovario derecho. También tres abortos provocados. Me sentí un poco acabada.

—¿Cuál es tu FUR?

—Mi... ¿FUR?

—Sí, la Fecha de tu Última Regla.

Le dije que no sabía cuándo había sido mi FUR. Siempre he odiado ese momento en que el gremio de ginecólogos, justo antes de introducirte un aparato para auscultar tus entrañas (que se parece peligrosamente a un exprimidor de naranjas industrial), me pregunta por mi última menstruación. Porque en ese instante en que me lo preguntan se me borra de la cabeza. Con el tiempo decidí no confesar que no lo recordaba y de un tiempo a esta parte

siempre decía «el once», mi número de la suerte. Sacó una rueda de cartón y empezó a jugar con ella para calcular la semana de gestación en que estaba y la fecha probable de alumbramiento. Tu repollo, dijo, nacerá en agosto. La palabra repollo activó en mí los recuerdos de unos exitosos muñecos, «Los repollitos», que yo misma había tenido de pequeña. La canción de la publicidad era muy cruel: «Los bebés repollitos nacieron de una flor / ¿Quién los va a cuidar? / no tienen mamá». Así una niña de seis años era chantajeada emocionalmente para adoptar una criatura con cabeza de plástico y cuerpo de trapo que pagarían papá y mamá.

—Acuéstate aquí, por favor.

Me tendí en la camilla. Eulalia —que luego supe, era además de comadrona una insospechada cantante de *gospel*— me levantó la camiseta y empezó a toquetear mi barriga, que no mostraba ninguna novedad.

—Ahora escucharemos su corazón.

Por fin pude comprobar que algo vivo, que no era mi alma, me habitaba. Puso un monitor de ultrasonido sobre mi panza. Al principio el silencio era absoluto. Eulalia movía el aparato de un lado a otro y empecé a creer que tal vez yo era una especie de perra loca con uno de esos embarazos imaginarios. Hasta que por fin el consultorio se llenó de un «pum pum» extravagante.

—Este es su corazón.

—...

—Y este es el tuyo.

La diferencia de ritmo era vergonzosa. El corazón de un feto late a una velocidad de 120 a 160 latidos por minuto, mientras que el corazón adulto late solo 76 veces en un minuto. El corazón de un feto es en proporción nueve veces más grande que el de un humano. Desde el decimotercero día late y late sin detenerse hasta el momento de nuestra muerte. El ruido de ese músculo es casi la primera manifestación humana. Alguna vez, nosotros también, fuimos apenas un palpito. Solo mucho después nos volvimos más grandes que nuestros corazones.

Al salir de la consulta, leí en la revista *Mi bebé y yo*, a la que Eulalia acababa de suscribirme, que para esta navidad, entre tanto iPod y reproductor MP3, había aparecido un adminículo que utiliza la tecnología doppler para escuchar los latidos de un nonato en el vientre materno. «Sin necesidad de ir al médico», dice el anuncio y «gracias a una conexión de cable» se pueden grabar los sonidos o conectar un teléfono para compartírselos con otros: por solo 69 euros, «podremos también sentir sus pataditas, cuando tiene hipo e incluso grabar los latidos del corazón de la madre para calmar al bebé una vez nacido».

Pronto podremos chatear con nuestro feto en tiempo real.

Al volver a casa, escribí en mi blog: «Su corazón late como los *samplers* de un *dj* enfermo de la mente, su corazón es electrónica pura mientras que el mío es una vieja canción de *rock* progresivo».

Llega un momento en la vida en que una debe reconocer que ya no será capaz de escribir la autobiografía sexual de una Lolita. Al toparme una y otra vez con las memorias de niñas italianas fogosas y adolescentes chinas aficionadas al sadomasoquismo, constataba que para el escándalo hay un límite de edad. O quizá no. En todo caso, yo no estaba dispuesta a hacer el ridículo por tan poco dinero y sin ninguna garantía de convertirme en una *best seller*, o sin ser al menos Catherine Millet, la crítica de arte francesa que contó cómo se la tiraba una turba de tipos en medio de un bosque y otras muchas intimidades. Hay momentos en que uno debe tomarse más en serio la vida que la literatura. Pocos pero los hay.

Al poco tiempo de llegar a Barcelona fui fichada por Primera Línea, una revista que durante los años ochenta había sido uno de los artefactos de la desinhibición cultural y una de las que más rápido se subió al carro de los tiempos. En suma: fue una de las pioneras en publicar tetas en la portada. Mi jefe, Guillermo Hernaiz, es el único auténtico hedonista que he conocido. Guillermo organiza fiestas *fetish* y pincha en los clubs de moda, y tiene siempre un encargo exagerado para mí. Soy su reportera gonzo favorita, su kamikaze, como le gusta llamarme. Bajo el seudónimo de Ada Franela he firmado los reportajes más sensacionalistas de cada número. Para uno de ellos me dejé flagelar por una dominatriz sanguinaria delante de un auditorio lleno, antes de convertirme en su aprendiz. Por notas como esa me entrevistaron en programas de radio y televisión. Un par de reportajes en PL podía pagar casi lo mismo que Lateral me pagaba por un mes de trabajo. Escribir sobre sexo se había vuelto rentable. Sin ir muy lejos, por los días en que descubrí que esperaba un bebé, estaba poniendo punto final a un libro.

Había empezado como una investigación periodística, en el camino se había transfigurado en crónica gonzo y al final no era otra cosa que un testimonio con aderezos de novelita erótica postulando al fracaso. Inmediatamente después de leer el reportaje que escribí para la revista Etiqueta Negra sobre la gente liberal que encuentra placer sexual en intercambiar a su pareja, el director de Primera Línea me ofreció trabajo. Pero el siguiente regalo de la tribu de los swingers iba a ser que una editorial me encargara un libro sobre esta subcultura en plan confesional. En los últimos meses me había dedicado, junto a J, a visitar clubs y fiestas liberales, a tener encuentros furtivos con parejas que contactábamos por Internet, a participar en orgías e, incluso, a promoverlas entre nuestros conocidos. Además del sufrido trabajo de campo, había echado mano de una copiosa bibliografía que se apilaba en mi mesa, desde Boccaccio, pasando por Bataille, hasta Melissa P.

¿Era lícito que esa pequeña célula algún día aprendiera a leer? ¿Acaso cuando me preguntara de dónde vienen los bebés lo instaría a buscar en la estantería las confesiones eróticas de su mamá? ¿Cómo debía criarse a un ser humano para que sea capaz de atajar las burlas de sus amiguitos a propósito de las descripciones técnicas que hacía su madre del sexo grupal? ¿En qué colegio alternativo debía matricularlo?

Junto a la pila de libros sobre perversiones sexuales se fue situando espontáneamente una discreta torre compuesta por manuales de maternidad, guías del embarazo mes a mes y textos de psicología para madres primerizas.

El último encargo de Primera Línea fue un reportaje titulado: «¿Quieres hacer el amor conmigo?». Se trataba de proponer ficticiamente a cualquier tipo que pasara por la calle que me hiciera el amor y apuntar sus reacciones. Me planté a media noche en la puerta del baño de la discoteca Fellini para ofrecerme a todo el que pasara por ahí. Un buen grupo de ellos respondió que nunca se iban a la cama la primera noche. Cuando volví a casa escribí que a los hombres de hoy había que tratarlos con flores y bombones. Tenía un mes de embarazo.

Virginia Woolf no tuvo hijos. Tampoco Eva Perón. ¿Cómo iba a convertirme en un personaje universal ahora que me había vuelto un ser regurgitante? La poesía de Sylvia Plath, una de mis poetisas favoritas, había mejorado mucho después de tener a sus hijos, pero al poco tiempo se había suicidado abriendo la llave del gas y metiendo la cabeza en el horno. No me interesaba ser una buena escritora a un precio tan alto. Por lo pronto, el embarazo te convierte en un saco de gases. No hay ni pizca de poesía en ello, puedo asegurarlo.

Todos los días le decía a J que si teníamos alguna duda, la más mínima, todavía estábamos a tiempo de acabar con esto. Me pregunté si sería igual de válido escribir mi propia Carta a un niño que no llegó a nacer, el libro epistolar de Oriana Fallacci, pero agregándole un: «por mi culpa». Cómo no iba a leer ese pequeño volumen en esas horas de insana dubitación. Descubrí en la lectura que Oriana, la ahora hiperconservadora escritora italiana conocida por su fascismo anti Islam y su homofobia declarada, también fue capaz de elaborar una bella metáfora cuando se enteró de que estaba embarazada. Ella dijo: «Parecías una flor misteriosa, una orquídea transparente». Todos, un asesino, un violador de niños, el presidente de una superpotencia, a todos nos salía el poeta que llevamos dentro al imaginar «esa gota de vida que se escapó de la nada». En fin, como la Fallad pero de distinta manera, quizá desde la izquierda u otro lugar aún peor, yo podría explicarle pedagógica y dulcemente a mi feto que el aborto era un derecho inviolable de las mujeres emancipadas. Escribiría: «Querido embrión, eres solo un proyecto de mamífero, ignorante del poder que tienen otros sobre tu existencia, no tienes rostro y menos cerebro para darte cuenta de mis sospechosos movimientos en la superficie. ¿Por qué te sacaría de la nada para devolverte a la nada?».

Cuando tenía doce años había visto a mi madre leer El segundo sexo de la feminista francesa Simone de Beauvoir. El título llevaba esa palabra de cuatro letras, así que debía encerrar algo bueno. Además, nunca había visto a mi madre tener un libro tanto tiempo consigo, como otras personas llevan la Biblia bajo el brazo. Sí, esa era la Biblia de mi madre. Lo tenía ajado y subrayado, lleno de pequeñas anotaciones secretas. Por fin un día se lo robé. Lo leí y quedé tan impresionada que poco después ideé llevarlo al colegio. Recuerdo que antes de empezar alguna clase leía en voz alta a mis amigas párrafos enteros sobre la necesidad de resistirnos a nuestro destino biológico. Para la Beauvoir, la mujer sufría pasivamente ese destino, haciendo las

labores domésticas, las únicas que pueden conciliarse con la maternidad. Para ella engendrar y amamantar no suponían ningún proyecto de vida, eran funciones naturales e impuestas. Por las tardes, sin embargo, mi enamorado me recogía del colegio y nos metíamos en algún oscuro pasaje para rendirme a mi oscuro destino de mujer.

¿Por qué tanta obsesión por ser mamá? En el momento en que escribo esto miles de mujeres están intentando procrear en todos los puntos del planeta. Con bancos de semen, madres de alquiler, óvulos donados. Lo sé porque yo misma, mientras hacía un reportaje sobre la donación de óvulos, doné en la clínica Dexeus de Barcelona diez de mis óvulos para alguna anónima mujer que no podía reproducirse. A esta misma hora muchas otras mujeres están dejando que esa posibilidad se vaya por el desagüe.

Sé que las tecnologías reproductivas no se detendrán hasta hacer que todos podamos entrar en la categoría de madre. Escribo sobre mi embarazo en el instante en que unos tipos con batas blancas están investigando cómo hacer posible la autoprocreación femenina, el embarazo masculino, la gestación de seres humanos en animales y en mujeres clínicamente muertas.

Leído en un artículo científico de divulgación: un niño puede nacer con la aportación genética de una tercera persona cuya identidad jamás conocerá. Dos gemelos pueden llegar al mundo con varios años de intervalo. Una mujer puede dar a luz a un hijo que no ha concebido o que ha concebido con el esperma de un hombre muerto. Un niño puede tener hasta cinco progenitores (madre ovular, gestante, social, padre genético y padre social). Una abuela puede gestar al niño concebido por su hija y su yerno. Y aún más escalofriante es que haya empresas que vendan los servicios de reproducción y partes del cuerpo de las mujeres, como ovocitos y úteros. Y otras dedicadas a la predeterminación del sexo del feto, como en la India, donde abortan 29 de cada 30 fetos femeninos.

Lo que siempre me pasa con los avances científicos: no sé si reír o llorar. Historias como la que leí en el libro de Elisabeth Roudinesco, *La familia en desorden*, hacen que me den ganas de bautizarme: «En junio de 2001, la historia de Jeanine Salomone, originaria de Draguignan, fue la comidilla de los medios. A los sesenta y dos años y después de veinte experiencias infructuosas, trajo al mundo un varón, Benoit-David, concebido con óvulos comercializados y el semen de su propio hermano, Robert, ciego y parapléjico a raíz de un intento de suicidio mediante un disparo. Ella lo había presentado como su marido y el médico californiano autor de la proeza no se hizo ninguna pregunta sobre la extraña apariencia de la pareja. Además, como la procreación generó un embrión de más, lo implantó en el útero de una madre portadora remunerada, que dio a luz a Marie Cécile, nacida tres semanas después de Benoit-David. Adoptados por Jeanine, los dos niños eran a la vez hermanos, medios hermanos y primos, y en ningún caso podían convertirse legalmente en hijo e hija de una pareja incestuosa. Para el registro civil no eran sino los hijos de una madre célibe y un padre desconocido».

Esto estaba ocurriendo a nuestro alrededor. Y yo simplemente era una chica embarazada. No porque lo hubiera deseado con mucha fuerza. Para usar un cliché: tal como está el mundo ya uno no puede darse el lujo de desear

demasiado algo. Hoy una mujer se embaraza porque la idea no le da asco.
Aunque sí un poquito de náuseas.

2ENERO

Ni que la hubiera enterrado en el patio.

FRED WEST, (Broma familiar sobre la desaparición de su hija Heather)

Los manuales para embarazadas dicen muchas cosas sobre cómo cuidar tu alimentación, evitar el tabaco, alejarse del alcohol, hacer ejercicios y luchar contra las estrías, pero ninguno dice nada acerca de Rotten.com. Ninguna dice: ¡No te acerques! ¡Peligro! Lo lamentarás. Este *site* es un archivo de imágenes y datos macabros. Su especialidad es el horror en sus formas más insoportables: coprofagia, descuartizamientos, autopsias, suicidios, ejecuciones, masacres, celebridades muertas... Allí están la foto del supuesto cadáver de Marilyn Monroe y el ahorcamiento de Sadam Husein. Pero lo más perturbador son los muertos anónimos. Yo recordaba haberla ojeado con mucho desagrado hace unos años, pero en los primeros días que siguieron a las revelaciones del test de embarazo volví a ponerme frente al personaje de la guadaña que da la bienvenida a la web. No sé si era este cóctel molotov de hormonas, pero aquella «fantástica aventura llamada embarazo», «la más ilusionada espera de tu vida», «los nueve meses inolvidables», habían desatado mi lado más *dark*. No estaba sola en esto, había oído hablar de mujeres embarazadas que no podían dejar de imaginar a su niño con malformaciones. Las acechaban los fantasmas. Cerraban los ojos y lo veían con alguna deformidad.

Ya en Rotten, me dejé llevar por un *link* irresistible. Decía: «El último tabú». Internet puede trasladarte de una sensación a otra abismalmente diferente en un clic. Estás revisando el correo después de pelar una mandarina y te das de bruces con una estampa imposible:

Un hombre estaba comiéndose a un bebé.

Un bebé frito.

No sé si el hombre era un criminal, un comensal con costumbres bizarras o un pésimo bromista con talento para el gore de plastilina, pero engullía a un pequeño niño dorado en un plato, se comía su pequeño brazo como un ala de pollo crocante. Se veía demasiado real. Era real. Y esta fue la primera vez que me sentí una dama. O una persona. O un proyecto de madre con un proyecto de moral. Y fue la primera vez que vomité como toda una embarazada más sensible de lo normal.

Pero no vomité a mi hijo. Para eso hubiera tenido que tragármelo primero. Como Saturno. Ahora que lo pienso, la imagen de Rotten bien podría ser un homenaje al cuadro de Rubens que está en el Museo del Prado en Madrid. Por su realismo, es aún peor que el de Goya. En el lienzo, el dios Saturno se come a uno de sus hijos, un niño rubio y regordete como un querubín. Le desgarró

el pecho de un mordisco. El bebé sangra con rostro de dolor. El mito griego dice que Saturno devoró a sus hijos porque un oráculo le avisó que iba a destronarlo. Y así pasó. Zeus se salvó porque su madre, Gea, lo sustituyó por una piedra que envolvió en pañales. Luego Zeus hizo que Saturno vomitara a sus hermanos.

Todo ese asunto freudiano del banquete totémico cobraba sentido para mí en esos momentos: almorzarse al padre es el rito que simboliza la culminación del deseo de ocupar su lugar a la cabeza de la tribu. El padre egoísta que quiere para sí mismo todas las hembras expulsa al hijo de la cueva, este vuelve con sus amigotes, lo mata y lo devora. Supongo que los hombres primitivos podían permitirse ser caníbales cuando tenían hambre, no se psicoanalizaban demasiado.

Yo empezaba a ser devorada. No cabía la menor duda. De adentro hacia fuera. Se había creado el cordón umbilical y a través de él, el escuálido ser iba nutriéndose de las sustancias químicas que lo harían engordar. Como consecuencia, había bajado un poco de peso y estaba anémica. Yo era su desayuno, su comida y su cena. Su menú de diez euros cada día y el banquete de fin de semana. Tomaba pastillas de hierro y ácido fólico para reforzar los niveles de hemoglobina. Pero el bebé seguía comiéndose todos mis glóbulos rojos. Con mis nutrientes se había formado la placenta, una bolsa que lo protegía, incluso de mí, una especie de sillón mullido donde descansaba esperando la hora de volverse un feto.

Mi pequeño habitante era en ese instante lo más parecido a un tumor. Sus células crecían y se multiplicaban rápidamente, penetrando en mis tejidos y erosionando mis vasos sanguíneos. Era un parásito que vivía a expensas de mí, extrayendo su fuerza y alimento de mi cuerpo. Respiraba de mi oxígeno. Y yo resoplaba.

En tanto el pequeño renacuajo luchaba por aferrarse a la vida, yo pensaba que nos íbamos directo al descalabro. El futuro de J y el mío pendía de un hilo. Teníamos dos billetes de avión Barcelona-Madrid-Lima/Lima-Madrid-Barcelona para fines de febrero. Los habíamos comprado con varios meses de anticipación, sin saber que se venía la quiebra de la revista. Lo que podría haber sido un motivo de júbilo, la esperada visita a casa después de dos años de ausencia, ahora no parecía una buena idea. El proyecto de viaje tenía varias desventajas. En Lima con seguridad nos gastaríamos buena parte del dinero que teníamos ahorrado y eso nos dejaría en una situación muy vulnerable a nuestro retorno, más aún estando desempleados. Al regresar es probable también que mi barriga hubiera salido del armario y entonces, ¿quién querría contratar a una embarazada cada vez más gorda y cansada, que muy pronto tendría que dejar de trabajar por exceso de peso? ¿Qué clase de empresa querría contratar a una joya así y por tan poco tiempo? Llegaría el día en que tendría que correr al hospital y desaparecer durante cuatro meses, el tiempo que dura el permiso de maternidad. Además, ya no podría producir al mismo ritmo los mismos osados reportajes. Y en determinado momento, lo admití, ya no podría producir nada. Solo, probablemente, leche. Lo que algunos veían como una bien encaminada carrera periodística se truncaba y no había manera de detener la mala racha.

J, por su parte, había empezado a trabajar en el área de *telemarketing* de una empresa que ofrecía tarjetas de crédito sin intereses. J no le hacía ascos a ningún trabajo. Además, nos venía muy bien que siguiera entrando dinero para no seguir dilapidando. Yo también había echado algunos currículums pero nadie me había llamado, así que me pasaba todo el día sola en casa. No tenía ni ganas de escribir porque acababa de terminar el libro sobre los *swingers*. Me avergonzaba un poco tener tanto tiempo libre. Pero tampoco me sobraban energías. Estaba destrozada por las náuseas. Dicen que las náuseas son una respuesta al agujero negro emocional que supone saber que serás madre.

A los dos meses de embarazo el bebé está completamente formado. Tiene una enorme boca, la nariz aplastada y unos ojos todavía sin párpados, abiertos hacia la oscuridad más insondable. Las guías de «tu bebé mes a mes» describen con tanta minuciosidad el desarrollo de sus rasgos faciales, de las extremidades, del sistema digestivo y nervioso, que hacia la tarde la piedad por esos bracitos trazados de venas azules y rojas me embargaba por completo, tanto como las ganas de abrazar a aquel pobre embrión y tejerle una bufanda para su inocente colita.

Pero hacia la noche, los pensamientos más oscuros me dominaban. La gran mayoría de los abortos se realiza en ese momento, en el segundo mes, cuando su presencia se detecta con claridad: así es muy fácil que el pececillo caiga en la red. Sus articulaciones todavía tienen la flexibilidad de un cartílago. Después de los dos meses es muy peligroso, porque los huesos del bebé se han endurecido y pueden dañar las paredes del útero. Mientras los manuales me endulzaban, Google seguía aportando el imaginario siniestro que reclamaba mi estado de ánimo. «Aborto a los dos meses», escribí, y surgieron fotos que podrían haber aparecido tranquilamente en rotten.com. En una se veía un brazo diminuto, perfectamente formado, con el espesor de un mondadientes, arrancado y ensangrentado. La foto estaba evidentemente trucada. El brazo de un embrión de ocho semanas no puede ser de ese tamaño, si todo él mide como mucho dos centímetros. Aunque su forma es humana, para verlo hace falta un microscopio.

El embrión suele activar en la madre una hormona para evitar el rechazo con el que naturalmente reacciona el cuerpo ante la presencia de un invasor. Yo intuía que las náuseas eran una reacción de mi organismo ante la presencia de un objeto extraño no identificado. Como cuando tomas alguna droga y sientes un poco de náuseas o ganas de ir al baño. Nuestro sistema inmunológico detecta la presencia del enemigo y lucha por expulsarlo. Nuestro cuerpo es capaz de los métodos más mortíferos para deshacerse de los intrusos. Si el futuro bebé al implantarse en el útero no enviara estas ondas para no ser confundido con un cuerpo extraño, entonces sería destruido por su propia madre. Pero, al parecer, la madre algunas veces no entiende el idioma de las hormonas y/o ignora el mensaje. O directamente pulsa la tecla suprimir.

Según los manifiestos antiabortistas, el embrión siente dolor, «se resiste violentamente antes de ser descuartizado vivo». No puedo evitar sentirme una asesina en serie. Solo una mujer que ha abortado sabe lo que eso

significa. La reprimenda puede venir de fuera y de una misma. Siempre hay gente rondando, leyes, curas, preceptos morales, diciéndonos por qué debemos sufrir o por qué no debemos. ¿Realmente la cuestión es cuándo empieza la vida, si en la concepción, a la primera semana o a la vigésimo octava, si empieza cuando es un huevo con ADN o un feto que puede vivir fuera del útero, cuando es un recién nacido o un niño educado entre los hombres? El escritor Hernán Migoya posteó en su blog que estaba a favor del «aborto posparto», ahora que todos sus amigos estaban teniendo hijos menos él. Sostenía que nunca tendría niños porque él era su propio niño: «No soportaría la idea de que un crío me desplazara en el centro de atención, ya sea de la ajena, ¡tanto más de la mía propia! No sé en qué coño está pensando la gente cuando tiene hijos. ¿Tan rápido quieren renunciar a ser el centro de sus propias vidas? ¿Tantas ganas abrigan de librarse de sí mismos?». Migoya dice que todos los artistas han sido unos padres horribles, unos padres hijos de puta. ¿Y si el instinto asesino despertara mucho después? ¿Cuántas formas existen de matar en vida? ¿Quién denuncia estos crímenes?

Las mujeres que han abortado viven su propio dolor y luto en silencio. Qué bueno sería que el arrepentimiento y la culpa y el dolor se pudieran succionar y echar en un cubo. Pero eso no es posible.

Recordé que J me había hablado de una película de terror de los setenta que bien podría haber sido producida por alguno de los grupos de fanáticos antiabortistas. Se llamaba *Está vivo* y trataba sobre un bebé asesino. La madre había tomado alguna pastilla abortiva para interrumpir el embarazo, que no había hecho el efecto esperado. Al contrario, el pequeño ser había mutado en un monstruo con rostro de marciano y dientes de perro dispuesto a asesinar a todo el que le saliera al paso. Ni bien es parido, mata a los médicos y sigue matando hasta ser derrotado al final de la película. Lo sorprendente es que el personaje de la madre no deja de creer en toda la peli que el bebé puede rehabilitarse.

Dicen que el amor de madre es a prueba de monstruos. ¿Lo sería el mío?

—Vamos a estar bien —me dijo J al volver de su absurdo trabajo de teleoperador—. Tendremos un bebido solo para nosotros. ¿No te parece genial?

J había llamado a unos ochenta números telefónicos y colocado solo tres tarjetas de crédito en todo el día. Era una situación patética.

Esa noche, metidos en la cama, y mientras J acariciaba mi vientre plano, pensé en las mujeres que mataban a sus hijos para que no sufrieran el cautiverio, por ejemplo en Sudáfrica. Me pregunté a qué extremos podía llegar el amor de una madre. ¿Se podía matar hijos por amor, un amor equivocado, genocida, pero amor al fin?

En la naturaleza el aborto y el abandono de las crías son bastante habituales. Entre los primates, el infanticidio es común pero el asesino no suele ser la madre sino un macho celoso nunca emparentado con las crías. El ser humano, en cambio, es el único primate que mata deliberadamente a sus hijos. Y las mujeres llevan ventaja sobre los hombres. Somos las responsables de la

mayor parte de crímenes de lactantes y niños.

Una de las madres asesinas con más estilo que ha producido este país en el que yo llevaba viviendo tres años, y donde probablemente pariría a mi hijo, se llamaba Aurora Rodríguez. Su historia la había leído por primera vez en un artículo de Rosa Montero publicado en una revista de fin de semana. Justo antes de que estallara la Guerra Civil, el caso estremeció a la sociedad española. A Aurora Rodríguez se le ocurrió que tenía una misión: engendrar una niña a la que criaría como una mujer superior, capaz de salvar el mundo y construir la utopía socialista. Aurora se creía Dios y usó para ello a un colaborador, con el que se acostó solo para concebir a Hildegart, una chica prodigio que fue instruida desde que usaba pañales, aprendió a hablar en cinco idiomas en el mismo momento en que aprendía a leer y escribir. A los once daba conferencias y a los diecisiete ya se había licenciado de abogada y empezaba la carrera de medicina, todo bajo el opresivo estímulo de su creadora. Ingresó a las Juventudes Socialistas y se volvió una activista política, además de una estudiosa de la sexualidad humana. Era una feminista que enarbolaba la libertad sexual de las mujeres, frecuentaba los círculos de intelectuales y revolucionarios de la época y se codeaba con H. G. Wells y el célebre sexólogo Havelock Ellis. Hasta ese momento, sin embargo, Hildegart no había dejado el domicilio materno, ella y su madre dormían en la misma habitación, y a Aurora no le gustaba que la chica de 18 años estuviera tomando las riendas de su destino y, sobre todo, que últimamente se pusiera unos coquetos pendientes que la hacían verse muy bien. Hildegart estaba enamorada, quería mudarse y seguir adelante con su vida, echando a perder los planes que su madre tenía para ella, así que una madrugada Aurora le disparó varios tiros en la cabeza mientras dormía. Antes de ser internada de por vida en un psiquiátrico, la madre declaró: «Como una gran artista que puede destruir su obra si le place, porque un rayo de luz se la muestra imperfecta, así hice yo con mi hija a quien había plasmado y era mi obra». La locura total.

«Un bebé solo para nosotros». Las palabras de J. Sí, podía intuir el tremendo poder que me iba a ser conferido. Dar vida empezaba a producirme auténtico terror, sobre todo porque, para una madre, dar como quitar están demasiado al alcance de la mano. Un ser absolutamente confiado y frágil depende de tu buen humor y mejor juicio. Si lo piensas bien, es enloquecedor.

Al día siguiente entré a la estación de metro y me encontré con un amigo que trabaja para una editorial de cómics. Mientras esperábamos el tren hablamos de las madres asesinas. El tema era lo suficientemente pop para fascinar a mi amigo. Hablamos de Fred y Rose West, el matrimonio inglés que violó y asesinó a su hija, y a otras ocho chicas, y que siguió conviviendo con los cadáveres de todas ellas hasta que la policía los desenterró del patio de su propia casa.

—¿Has oído hablar del síndrome de Münchhausen?

Mi amigo era uno de esos tipos que siempre sacan a colación un dato extravagante que resulta muy pertinente en medio de una conversación.

—No...

—Lo vi en House. Los bebés están graves pero los médicos no se explican por qué. Las sospechas los hacen poner cámaras ocultas en las casas de los niños y descubren que las madres les están haciendo daño.

—¿Y qué les hacen?

—Dejan de alimentarlos, les inyectan orina o caca a sus hijos, les cambian los medicamentos para producirles fiebre, vómitos y diarreas.

—¿Les inyectan caca?

—Los médicos descubrieron que las madres sufrían el síndrome de Münchhausen. Es un desequilibrio mental que las hace actuar con premeditación, generan síntomas de alguna enfermedad en el bebé para luego llevarlos a urgencias. Hay niños que han sido operados decenas de veces antes de que se descubra que la madre tiene la culpa.

—¿Y qué ganan con eso? Las madres, quiero decir...

—En el hospital ponen cara de preocupadas. Fingen ser buenas. Se quedan al lado de sus hijos. Al parecer les gusta que estén enfermos de algo inexplicable, las hace sentirse orgullosas. Adoran el dramatismo de la situación. Quieren llamar la atención enfermizamente. Ponen a sus hijos al borde de la muerte a veces para salvar sus matrimonios o para parecer simpáticas a la gente.

El tren llegó a mi estación y me despedí de mi amigo.

—Oye —le grité antes de que la puerta se cerrara—, estoy embarazada.

A lo lejos, pude oírlo reír, con una risa endemoniada como la de Thriller.

Habíamos hecho bien en tener sexo por la noche, porque en la India dicen que durante el día «el aliento vital» no habita en el hombre y por consiguiente solo puede concebir hijos débiles. Otro punto a favor era que los espermatozoides de mejor calidad que puede producir un hombre a lo largo de su vida se consiguen alrededor de los treinta años. Eso quería decir que J me había dado lo mejor de la cosecha de toda una vida.

Claro que si él mismo lo llevara en el vientre todo sería distinto. Ya no hace falta un útero, ni trompas, ni ovarios para llevar un embarazo. A J pronto podrán abrirle el vientre e implantarle un óvulo fecundado en probeta en la capa de tejido graso del peritoneo, justo en la zona que rodea los intestinos. A continuación, a J le inyectarán una dosis hormonal y entonces él será madre y padre de nuestro hijo. Tan embarazado y tan poco femenino como Thomas Beattie, el transexual nacido con genitales de mujer que alumbró a una niña en julio de 2008.

Pero por ahora yo, la de las grandes tetas, sigo siendo la madre. Todo había ocurrido dentro de mí. Es probable que siguiéramos uno encima del otro,

preguntándonos si había sido satisfactorio o solo regular. Quizá nos estábamos contando la intensidad de nuestros orgasmos. O a lo mejor ya estábamos fumándonos un cigarro o preparándonos un sándwich. Y dentro de mí ocurría esto: en cinco minutos, trescientos millones de espermatozoides corrieron la maratón y en una hora ya estaban en mis trompas. El 99 por ciento moría en el intento, sobre todo los imperfectos, liquidados por mi moco cervical, algo así como un gorila en la puerta de la discoteca anunciando que se reserva el derecho de admisión. Solo un centenar ha asaltado mi delicioso óvulo, todavía más selectivo, que al final ha dejado entrar a uno, el más fuerte e inteligente, claro, que avanza con la cola y se abre paso con su enorme cabeza llena de información.

Entonces se hizo la vida. Desde ese momento, ya todo está dicho, desde el color de los ojos hasta el timbre de la voz y el ancho de la sonrisa. Poco después el huevo estaba alojado en mi útero y en cuatro semanas se convertía en embrión. Esas eran las imágenes microscópicas. En la superficie estaba yo, disfrutando del primer mes de mi vida de adulta sin regla, cortesía de mi embrión.

Eulalia, la comadrona, me había pesado en la primera visita. Estaba comenzando el embarazo con 62 kilos. No era flaca, precisamente. Lo normal sería subir entre 9 y 12 kilos. Me temí lo peor. Nunca me había sentido tan animal, era capaz de detectar con renovada intensidad los olores y sabores, algunos que antes me gustaban ahora me intoxicaban y otros que antes me desagradaban resultaban gloriosos.

Leído en un cuadernillo hospitalario: «A los dos meses de embarazo, las transformaciones que estará sufriendo exigen una pizca de prudencia de su parte, la lenta maduración de esta idea: formar un niño en cuerpo y psique (o alma) exige disponibilidad, disposición y prudencia».

Tenía dieciséis años y estaba enamorada. No podíamos ir a hostales porque yo me veía demasiado joven. Así que improvisábamos una cama con mantas sobre el frío suelo del entrepiso de un edificio vecino. Llevábamos vino en tetrabrik y porros. Era suficiente.

La primera vez que hice el amor sangré. No sé qué hace a una mujer sangrar y a otras no. Pero he oído a chicas contar con mucho orgullo que no sangraron. ¿Un reclamo feminista para quitarle peso al «desfloramiento»? ¿Le daba yo demasiado peso a lo vaginal? En realidad, por distraída más que por cualquier otra cosa, descubrí el clitoris bastante tarde y me pasé la mitad de mi niñez metiéndome cosas al coño. A mí, lo siento, pero me conmovió el rastro del himen que por más que me esforcé no logré romper yo misma. Él pintaba. Quizá si no se hubiera enganchado tan terriblemente a las drogas podría haber sido un buen ilustrador. A él le gustaba dibujar y por eso manchó su dedo con mi sangre y trazó la inicial de su nombre en la pared como si firmara un cuadro. Un gesto que de tan retrógrado era hasta encantador. Muchos meses después peregrinábamos al lugar en que perdí mi inútil virginidad para ver si sus créditos seguían ahí. Y seguían, aunque cada vez más descoloridos. Cuando conté esa historia de *graffitis* sangrientos a mis amigas de la universidad, casi me linchan.

Vivíamos muy cerca al Instituto Peruano de Paternidad Responsable. Comenzamos a frecuentarlo porque mi vida sexual no había hecho más que empezar y no me parecía de buen gusto ir al ginecólogo con mi madre a que me viesen la cistitis o los hongos que me brotaban una y otra vez. Creo que nunca como en esa época fui tan irresponsable. Acudía al centro, hablaba con los psicólogos y consejeros para jóvenes, me dejaba revisar por los médicos, probaba nuevos métodos anticonceptivos. Me regalaban tiras y tiras de condones, pero nunca los usábamos.

Hasta que sucedió. Mi novio se lo contó a su mamá y ella nos llevó donde un doctor que tenía un consultorio en el último piso de un edificio en San Isidro, un barrio pijo de Lima. Me tendí en la camilla y me durmieron. No sentí nada. Yo, que era una niña muy frívola —nunca tanto como una conocida de la universidad que había confesado habérsela mamado a su chico en un consultorio como este, justo después de abortar—, le pedí que me mostrara lo que había extraído y el médico me contestó secamente que no había nada que ver, que solo era una «bola de sangre».

—Aun así quiero verlo, rogué.

El médico se hizo a un lado y apareció ante mis ojos una mujer muy similar a la Kathy Bates de Misery, era la enfermera, que llevaba una botella que parecía de vino. Mi ánimo de quinceañera era curioso y festivo. Me sentía importante y con ganas de ser mimada, como cuando te sacan las amígdalas. Me dijo que ese día no comiera nada picante pero mi mamá, que no sabía nada, me dio anticuchos con ají por la noche y, como me encantan, me los comí. No pasó nada. No sentí nada. Se lo conté a mis amigas como una anécdota más de mi vida: me vino la regla, me depilé las piernas, tuve un aborto. Lo contaba porque me gustaba ver sus caras expectantes.

Lo único que quedó de aquella experiencia fue un poema. Le puse como título «Parto»:

¿Me van a hacer una herida

nos van a hacer una herida

te voy a hacer una herida

me voy a hacer una herida?

parto, fugo

doy a luz

la sombra más negra de la noche

cierro los ojos

cierra tú también los ojos

se que tú, tú

exactamente tú

no volverás

mis pechos aún calientes

se miran extraños y absurdamente enormes

me parten, Bola de Sangre,

cómo lanzarte del agua al gran vacío

partes

silueta

cabezón

Bola de sangre

partes y estoy demasiado sola

La segunda vez que quedé embarazada no fue por descuido, lo planeamos meticulosamente. En esa época nos veíamos a escondidas. Mi familia me había prohibido verlo para protegerme. Fue en el peor momento de su adicción a las drogas. Yo ya era mayor de edad, así que me planté ante mis padres y les dije que iba a tener un hijo, que él se alejaría de las drogas y seríamos felices. Mi madre me dijo que tenía que abortar. Me explicó llorando que era por mi bien, que no cometiera la tontería de tener un hijo a mi edad y «con un adicto». Pero a mí no me interesaba ser razonable. Yo solo quería que mi historia de amor continuara y un bebé podía ayudarme a cumplir ese sueño. Me encerré en mi cuarto, me tiré en la cama a llorar hasta que me dormí. Cuando desperté escuché la voz de mi papá. También estaba llorando y me susurraba algo, seguro creía que aún dormía, me rogaba que no lo tuviera y me pedía perdón. Al final, les dije que lo haría. No soportaba ver sus caras de dolor. Aunque lo que realmente me decidió fue una llamada del padre de la criatura informándome que se internaba en un centro de

rehabilitación en ese mismo momento, que yo lo esperara con nuestro hijo, que cuando saliera seríamos felices. La intención era buena pero yo hubiera querido que me dijera que tenía dos billetes de avión para México.

Mis padres me llevaron a otro siniestro edificio, esta vez en el clasemediero barrio de Jesús María, el médico era de alguna ONG y amigo de mis padres. A punto de empezar el legado, me dio una pena inmensa y aullé de dolor. Estaba despierta. Le dije al médico que no podía hacerlo. La enfermera, una completa extraña, me abrazó por pura compasión. Todo, sin embargo, iba a consumarse en los próximos minutos. La succión me produjo un enorme dolor y grité. Pensé que era notorio que el bebé y yo no queríamos separarnos. El médico me dijo: «No grites, que el aborto es ilegal en este país y los vecinos pueden quejarse de los gritos». Sorbí mis lágrimas en silencio, aguantando la pena, aguantando el asco y la sensación de que si bien no era una como una violación, seguro se parecía mucho.

Al salir, tiritaba de frío. Mi estado era de completo desconsuelo. Mis padres me sostuvieron, me llevaron a casa y me cuidaron como si otra vez me hubiera dado sarampión. Yo me dejé cuidar. No había nada que hacer. El mío era un amor desahuciado. Y este, un segundo intento fallido.

Me prometí a mí misma que nunca más tendría un aborto. Dos ya eran un récord suficiente para mis dieciocho años. Por lo visto, ya había hecho uso de mi derecho de mujer emancipada y dueña de mi cuerpo, aunque tuviera la impresión de haber hecho todo lo contrario.

Pero cuatro años después volví a quedar embarazada.

Y del chico que hizo que olvidara a mi primer amor, de hecho del chico que hizo que olvidara lo que era el amor. Aquella vez quien me llevó a abortar fue él. ¿Por qué siempre hay alguien más inteligente que yo que me arrastra al camal? Supongo que nadie va a esos sitios por las buenas, creo. Días antes me había roto la nariz de un puñetazo. Yo lo había sometido a largas sesiones de violencia psicológica e infidelidades sistemáticas que, en mi cosmovisión, eran maneras de vengar su incapacidad para hacerme el amor después de la guerra. Me odiaba y yo lo odiaba a él, para qué íbamos a tener un hijo. Que el resto de nosotros también se fuera por las cañerías. Fue una excelente iniciativa de su parte que aplaudí solo mucho después.

Alguna vez me pregunté si en el futuro podría tener hijos, si alguna parte de mí no habría sufrido un daño irreparable. Como no creo en el infierno, si hubiera sido cierto, ese sería —pensé— un castigo a mi medida.

Dicen que hay hijos que llevan el matricidio en su corazón durante toda la vida. Algunos lo hacen realidad y otros no.

Como cada mañana estaba leyendo la prensa peruana en Internet y descubrí una noticia: «Giuliana Llamoya Hilares, una joven de 18 años, asesinó salvajemente a su madre la noche del sábado luego de una agria discusión en su casa de San Juan de Miraflores. María del Carmen Hilares Martínez (47) murió desangrada luego de recibir 65 puñaladas en el cuerpo».

Giuliana se estaba probando ropa y bajó a mirarse al espejo grande de la sala. Su madre llegó y le llamó la atención por algo. Entonces, Giuliana la apuñaló 65 veces. Dijo que su madre la atacó primero.

En la época en que perdí mi virginidad usaba unos polvos faciales Angel Face para disimular las típicas imperfecciones en el rostro de una quinceañera. A mi madre no le gustaba verme así. De hecho, el maquillaje le daba a mi piel una claridad forzada, pero yo estaba segura de que me veía bien. Las adolescentes nos miramos en el espejo de la madrastra, no de la madre. Pero ella no tenía por qué entender eso, habían pasado muchos años desde su adolescencia, le irritaba la manera en que una chica de mi edad busca atenuantes para sus inseguridades físicas. Una tarde me senté a la mesa y mi mamá me dijo que tenía cara de payasa. No vi venir el golpe. Corrí a encerrarme al baño. Las lágrimas corrieron por mi máscara. Podría haberle clavado el cuchillo de la mantequilla en el corazón, pero en cambio lancé el estuche de polvos faciales por la ventana del décimo piso donde vivíamos.

Cuando se es joven las madres son un terrible estorbo para nuestros planes. Su amor es un arma arrojada.

3 FEBRERO

A mi madre siempre le he mentado. Y ella a mí. ¿Qué edad tenía yo cuando aprendí su lenguaje, cuando aprendí a llamar las cosas por otros nombres?

NANCY FRIDAY

«Solo se puede amar verdaderamente a una madre si antes se la ha odiado». Subrayé esa frase y cerré el libro. Había estado leyendo toda la tarde en la biblioteca, así que al llegar a casa intenté desconectar poniendo una de mis películas favoritas, La fuerza del cariño. No lo logré. En esa película cursi pero adictiva, madre e hija practican con fervor el amor-odio. Se quieren, no obstante cuando están juntas el cóctel resulta inequívocamente explosivo. Por eso viven separadas, aunque deban recurrir al teléfono casi todos los días. Cada vez que Debra Winger llama a Shirley MacLaine para pedirle dinero o contarle del hombre con el que se está acostando o anunciarle que está embarazada por tercera vez, comprendo que el vínculo madre e hija evoluciona del cordón umbilical al cable telefónico casi sin ninguna variación. Pasan los años y las dos mujeres siguen ahí, al otro lado de la línea, unidas por esa larga espiral, sinuosa y enredada que, a juzgar por las páginas policiales, ha sido usada decenas de veces como arma criminal o cuerda suicida. Para bien o para mal, en cualquier punto del universo una madre llama por teléfono y una hija contesta o viceversa. Aunque ambas terminen colgadas.

Hace ocho años que vivo fuera de la casa de mi madre y cinco que vivo incluso fuera del país en el que habita mi madre. Vivo a miles de kilómetros de ella, nos separan un océano y más de once horas de vuelo. Además, vivimos en hemisferios diferentes. Cuando ella se despierta yo ya he comido. Cuando me acuesto, ella todavía está en la oficina. Estoy fuera de su campo de visión, fuera de su campo de influencia y fuera de su campo de fresas por siempre.

Y, sin embargo, a veces me parece que no está al otro lado del auricular sino en la habitación contigua preguntándome si todo va bien con mi vida y si estoy comiendo verduras.

El amor entre dos mujeres, y más si una ha parido a la otra, es lo más parecido al amor pasional. Por eso yo estaba segura de que lo mejor que podría pasarme en la vida era tener un niño. En mi familia los hombres son pocos y su existencia es casi una anomalía. Ni siquiera he tenido un hermano para poder analizarlo más de cerca. Las mujeres son lo más tangible de mi vida. Y también lo más intragable. Por eso, en lo posible, quería ahorrarme el tener que revivir la terrorífica dialéctica madre-hija, sobre todo desde el otro bando.

Amo a mi madre, pero es mi madre. Se supone que debo odiarla. Como ella un

día odió a la suya y como mi abuela odió a mi bisabuela y así hasta el infinito. OK, mi madre no ha sido cómplice silenciosa de los abusos sexuales a los que me sometía mi padre, ni ha permanecido quieta mientras me mutilaban el clitoris para ser aceptada por la tribu. No me ha ocurrido nada por el estilo. No tengo, como la mayoría, motivos tan graves para odiarla. Matar a la madre es simplemente una cuestión de supervivencia para la hembra humana. Y yo sabía hacerlo muy bien (Sylvia Plath *dixit*). Era toda una profesional. Tenía miedo de convertirme en mi madre pero me daba aún más miedo que una posible heredera mía se convirtiera en una hija como yo. Finalmente, lo que temía era la posibilidad de generar una mala copia residual de mí misma, capaz de odiarme aún más de lo que yo me odiaba.

A un niño, con su papada gorda y sus ojos perdidos, solo hay que enseñarle cómo apuntar bien su minúsculo pene para no mojar la taza del váter y nos amará por el resto de nuestras vidas. No importa lo mala, lo fea o lo inútil que uno sea, le habremos enseñado lo que son las tetas y ya nunca dejará de buscarlas. Seremos siempre su ideal de mujer, su mamá, su viejita, su amor eterno, como en la canción de Juan Gabriel.

Una madre siempre tendrá en su hijo varón a su fiel defensor y en su hija a su peor acusadora. Yo quería un niño, un amante incondicional que me salvara del cliché de las relaciones conflictivas entre dos mujeres.

Dentro de algunas semanas más me dirán qué sexo se desarrolla entre las piernas de mi bebé. Yo, una XX, sabré si el espermatozoide de J ha respondido al reto con una X o con una Y. Los gusanitos tatuados con una Y son más rápidos pero no son muy resistentes y su vida es corta. Los que llevan una X en la frente son más lentos, pero también más fuertes y aguantan mejor en un medio ácido como este.

La vida depende de la combinación azarosa de dos letras. Los últimos estudios contradicen la teoría aquella que señala el triunfo inevitable del espermatozoide más fuerte. Según dicen, sí es verdad que solo los más fuertes llegan al óvulo pero el que logre fecundarlo no dependerá de su voluntad sino de la del óvulo, una entidad con poder de decisión y claras antipatías, que elegirá con cuál quiere casarse y tener hijitos, ablandando su corteza para ayudarlo a pasar.

Hoy se sabe que podemos determinar el sexo de nuestro bebé hasta con un 80 por ciento de probabilidades de éxito. Y cada vez más pronto. Hay una serie de métodos que van del sentido común al delirio a secas. Se basan en ciertas posiciones del Kamasutra y en un cronograma de relaciones sexuales que va de acuerdo a la ovulación y que suena muy extraño: en caso de querer un niño habrá que hacer el amor en un día próximo a la ovulación y en una posición que permita la penetración profunda. En caso de querer una niña hay que hacerlo cuatro días antes de ovular y evitar tener orgasmos, limitándonos en exclusiva a la práctica del misionero. Dudo que existan muchas mujeres dispuestas a resignarse con el misionero por tener un machito.

Un doctor apellidado «Papa» también ha pretendido demostrar que siguiendo cierta dieta durante dos meses y medio antes de la concepción se pueden lograr buenos resultados. Por ejemplo, según este manual que cita al doctor

Papa, si se quiere tener una niña se deben comer muchos lácteos, huevos, frutas y poca carne. Y si se quiere un niño, la recomendación es engullir toda clase de carnes y embutidos.

Por si el doctor Papa tenía algo de razón, y en claro desacato al plan alimenticio rico en fibras de mi matrona, comencé una dieta más que rica en grasas y proteínas, pensando que así conseguiría reforzar la virilidad del niño que esperaba llevar dentro. A lo mejor solo consistía en comerme unos cuantos chorizos para engordar esa parte adicional que diferencia a un niño de una niña. Me pregunté si en un mundo transgénero como este, cuando miles de personas están mutando o pagando por cambiarse de sexo, tenía algún sentido preocuparse por si niño o niña.

El tercer mes estaba resultando decisivo. Los manuales llamaban a despedirse de las comidas a deshoras, las traspasadas y el tabaco. A este último ya le había dicho adiós sin ningún drama pero ahora tendría que disciplinarme en todo lo demás. Uno de mis libros señalaba que «las mujeres maduran instantáneamente, para cambiar la etapa *joven mujer* por *madre responsable*». Lo que es yo me sentía a veces como parte de la pandilla del tío de La naranja mecánica, lista para matar a paraguazos a una perra parturienta y a sus tibios cachorros recién nacidos. ¿Cuándo iban a llegar los sentimientos edificantes?

Según la curva de desarrollo, el ahora feto medía ya aproximadamente diez centímetros y pesaba diez gramos; y, acababa de enterarme, no solo tenía las manos casi completas, sino que ya ostentaba unas bien dibujadas uñas. Al final del tercer mes, se habrán terminado de formar los genitales. A lo mejor, lo único que importaba era si mi descendiente, sea del sexo que fuera, se comería las uñas como yo.

«Una mujer es su madre», dijo la poeta Anne Sexton con muy mala leche. Por las mañanas todavía me sentía un poco perdida, pero creo que al fin había logrado superar el ciclo de náuseas y la sobredosis de televisión. Justo antes del viaje a Perú y en plenos preparativos, me había volcado de lleno a los libros. Me hacía muy bien leer para intentar comprender lo que me estaba ocurriendo. Me había hecho asidua a la biblioteca Francesca Bonnemaïson del barrio barcelonés del Borne, cuya sección «Dona» ofrecía una bien nutrida colección de ensayos sobre mujer y maternidad que, algunas veces en lecturas y otras en relecturas, logró abrirme nuevos horizontes. Así, casi sin querer y gracias a un libro de brillantes ensayos en torno a la maternidad, *Las mujeres y los niños primero*. Discursos de la maternidad, me introduje en el fascinante mundo de la literatura matrofóbica.

Los filósofos, por ejemplo, no han sido buenos con la figura de la madre. Para Rousseau la mujer ha nacido para engendrar más de cuatro hijos en todos los casos. Para Shopenhauer, las mujeres son la trampa de la especie para continuar la cadena de dolor. Según él, en toda joven atractiva hay una madre agazapada. Para Weininger, existen solo dos mujeres: la madre y la prostituta. Pero la madre es inferior a la puta porque se halla dominada por el instinto de la especie. Una madre debe ser buena o no ser. Algunas estudiosas que leí me animaban a no reprimir el deseo materno que me embargaba y a dejar de temer al incesto, por ejemplo con nuestra pequeña hija, pues lo consideraban

una de las primeras manifestaciones del impulso vital. Ponían el dedo en la llaga, denunciando cómo en las sociedades modernas judeo-cristianas, las madres están condicionadas para no amar a las mujeres o al cuerpo de la mujer. Los libros de Casilda Rodrigáñez me hablaban de una «sexualidad materno-primal». Para ella, la maternidad «debería organizar la expansión del erotismo y del placer, complaciendo a las criaturas» y no permanecer en la «asepsia libidinal» en la que se encuentra actualmente.

Para algunas intelectuales feministas que leí esos días, la leyenda del Rapto de las Sabinas —según la cual Rómulo, el primer rey romano que para mayores señas había sido amamantado por una loba, habría raptado a las mujeres de un pueblo vecino para poblar Roma—, era el origen de una maternidad secuestrada y forzada por el hombre, contra la que las mujeres se rebelaban volviéndose estériles y provocándose abortos. Alababan a las Amazonas que se cercenaban un pecho como medida de protesta. Adrienne Rich llamaba a rebelarnos de la esclavitud de nuestras madres y a convertirnos en individuos libres. A dejar atrás a la víctima y a la esclava que hay en nosotras, a la madre que nos crio entre florecillas y prejuicios, víctima ella misma de una educación aún más injusta. Simone de Beauvoir escribió en una de sus novelas sobre una madre: «El rencor difuso que la poseía se traducían en conductas agresivas: franqueza brutal, pesada ironía, a menudo manifestaba para con nosotras una maldad más atolondrada que sádica: no quería nuestra desdicha sino una prueba de su poder».

Este veneno destilado me sonaba muy familiar. Éramos una comunidad, una red de odio. Yo misma había querido negar a mi madre para ser otra persona distinta, con tan poco éxito que desde hace algún tiempo solía escuchar sobrecoyida de boca de algún conocido la temible frase: «Eres igualita a tu mamá». Unas cuantas feministas aseguran que el patriarcado ha separado a las madres de las hijas, pero la culpa de todo no la puede tener el patriarcado. No puede ser tan simple.

La maternidad podía ser también un acto de subversión política. Muchas artistas han centrado sus trabajos en ella. High Tech, por ejemplo, es un proyecto contestatario de la artista Marta Galán que ahonda en las representaciones de lo materno y su relación con la tecnología. Realiza una «*performance* culinaria» que consiste en preparar para el público *cocktails* de «leche de pantera» a base de leche materna extraída en directo mediante un extractor eléctrico. En *Mi madre y yo*, la *performer* Sonia Gómez sale al escenario junto a su madre (la auténtica) y la hace escuchar Kraftwerk, bailan, posan, luchan, conversan, tomean. Sonia se desnuda ante su madre y ella le dice que «es demasiado dramático» y que mejor se vista.

Otro gran hallazgo fue una breve antología comentada (a cargo de Mercedes Bengoechea) de poetisas norteamericanas que tenía como doloroso eje el tema de la madre como «un hueco en el espacio»: la madre-vampira, la madre-hiedra, la madre-medusa, la madre-fosa, la madre como un «abismo negro», como un «profundo estanque» en el que la hija se zambulle sin saber nadar. En el poema de Sharon Olds, la madre es una maga «que hace aparecer huevos en su mano, pañuelos de seda de sus orejas, leche de sus pezones» y «que puede convertir cualquier cosa en nada».

Los poemas eran de tal crudeza que cualquier cosa que yo hubiera podido decir de mi propia madre hubiera sonado naif.

Alguien como la poeta Louise Gluck conseguía sumirme en la desesperanza:

No amo a mi hijo

como me propuse amarle

creí que yo sería esa fanática de las orquídeas

que descubre

una rara flor roja

a la sombra de un pino y no

la toca, no necesita

poseerla, lo que soy es la científica

que se acerca a la flor con una lupa

y no se marcha, aunque el sol deje un círculo

de hierba quemada alrededor de la flor. Que es

más o menos

como mi madre me amaba.

¿Sería capaz de amar a mi flor sin la lupa ardiente? Si, en efecto, toda mujer ES su madre, entonces las cosas estaban claras. Si una jugarreta del destino se tomara la revancha conmigo dándome una niña, debía prepararme para beber de mi propia medicina y para dársela a mi chica en cucharadas colmadas y con sabor a fresa amarga. Acabaré por decirle con franqueza brutal y pesada ironía frases sobre su manera de reír, sobre sus uñas carcomidas, sobre su maquillaje de mimo, sobre sus peinados inexplicables y ella querrá creer que fue secuestrada por una dictadura de los brazos de su mamita revolucionaria y entregada a esta madrastra fascista que la odia, antes de aborrecerme para siempre.

No, no era odio, era miedo, apenas miedo a ser un pálido reflejo. Por eso las hijas teníamos que hacerlo todo al revés, al contrario de como nuestras madres lo hubieran deseado. Y yo corría el riesgo de ser una de ellas. Por favor, dioses, cigüeñas, no me envíen una hija.

Mándenme un niño sano y peludo.

La mañana de mi primera ecografía me desperté especialmente hambrienta. Mordí una galleta para aplacar el incompatible vacío que sentía en el

estómago al despertar. Me bañé y me miré desnuda y de perfil en el espejo. Constaté que ahí seguía. En los últimos días había notado por fin un esbozo de panza que empezaba en la zona alta del vientre, separándolo en dos. No era una panza de cerveza, tampoco una panza de embarazada, propiamente, pero ahí estaba, buscando su lugar. En líneas generales, seguía siendo yo ante mi cuerpo cubierto de gotas de agua que reflejaban decenas de veces mi solitario reflejo en el espejo. Es verdad, había escuchado el sonido de otro corazón al lado del mío, pero para cerrar este círculo vicioso de incredulidad tenía que ver antes aquel rostro, como me estaba viendo yo ahora. Por eso era un día tan importante.

No iría, como de costumbre, al consultorio de Eulalia. Me tocaba darme una vuelta por el hospital en el que, de acuerdo al plan médico, iba a nacer mi hijo.

La Maternidad no es solo un concepto para filosofar y un tema para escribir poemas o libros de autoayuda o con el que hacer *performances*, también es un edificio de tres plantas, muy cerca al Camp Nou. Allí tomarían mis datos para la historia clínica y me harían la ecografía del primer trimestre.

La maternidad de Barcelona era un buen lugar para dar a luz. Nada tenía que ver con los hospitales a los que solemos llamar maternidades en Sudamérica, lugares casi de beneficencia en el que van a parir las mujeres de escasos recursos y las madres adolescentes. No, este era uno de esos hospitales públicos con todas las garantías y que se daba el lujo de ser uno de los pocos en Cataluña que contaba con su propio protocolo de parto natural. Esto que suena tan complicado solo quiere decir que si me diera la gana podría parir ahí sin anestesia, como una señora en medio del campo.

Yo había oído algo sobre el parto natural pero cuando supe que pariría en la Maternidad le presté por primera vez verdadera atención. Al parecer el parto natural no solo era un parto vaginal, también representaba lo más *avant garde* entre las embarazadas, *neohippies* o no, que creían en un alumbramiento alternativo, lejos de la fría dinámica hospitalaria que suele rodear el nacimiento y que considera a la parturienta como una paciente o una enferma entubable más. La teoría sugería que se podía parir sin anestesia y sin dolor y que incluso se podían tener orgasmos durante el parto. Muchas chicas jóvenes hoy prefieren que su parto siga el proceso fisiológico normal, en lo posible sin intervención médica, y solo contando con el soporte de un hospital en caso de urgencia. Hacerlo en casa, como nuestras abuelas, o en el agua, era aún más natural pero también más osado, por eso hay cada vez más gente que decide tenerlo en la Maternidad. Esta ofrecía habitaciones especialmente acondicionadas para tal fin, con una camilla para sentarse en cuclillas, una bañera de agua caliente, una enorme pelota sobre la que ir por ahí rebotando para ayudar a la expulsión y espejos que permitían ver el momento cumbre en primera fila. No te atiende un ginecólogo, sino una partera intuitiva y experimentada como las de antaño. En esta clase de parto, llamado «respetuosos» y contrario a la medicalización de «la experiencia de dar a luz una vida», la embarazada no era sometida a prácticas higiénico-médicas que son tradicionalmente consideradas obligatorias en un parto, esto es, no era rasurada ni sometida a un dudoso enema, ni mucho menos a la episiotomía, una incisión en la zona del perineo.

Si había algo en el mundo a lo que yo realmente le temiera —más que a la idea de que un ser de esas dimensiones saliera de ahí, más que a la misma idea de la maternidad, más que a los terremotos y a los aviones—, era a la episiotomía. Los manuales la vendían apenas como un cortecito de nada entre la vagina y el culito que permitía ampliar el canal por el cual debía aparecer la cabezota del bebé, previniendo posibles desgarros. Pero al leer sobre el parto natural, llegaron hasta mí informaciones muy preocupantes: la episiotomía no solo era dolorosa —con las prisas del parto, los enfermeros realizaban unos cortes y unos remendones salvajes que tardaban en cicatrizar, provocando a las mujeres incomodidades que podían durar semanas o meses: sin poder sentarse, impedidas de atender a sus hijos y amamantarlos—, también era dañina e innecesaria. Al parecer, se seguía practicando solo por protocolo y para acelerar el trámite, aun cuando la situación del parto ni siquiera lo requiriera. Y era un hecho que no era necesaria en más del 90 por ciento de los partos. Hasta un desgarro y un par de puntaditas eran preferibles.

Hay mujeres a las que la episiotomía les ha cambiado la vida para siempre, son víctimas de destrozos físicos y traumas psicológicos profundos. No quiero entrar en demasiados detalles, pero existen mujeres que tardan meses en conseguir hacer el amor nuevamente, otras a las que la vagina les ha quedado asimétrica, desfigurada, y una pobre mujer a la que el ano y la vagina se le volvieron una sola cosa. *The horror, the horror...*

Me convencí de que debía intentar un parto natural, o al menos evitar ese tajo a toda costa.

En el videoclub de la esquina de mi casa (que es tan *freak* que tiene una sección solo de películas de Tom Berenger) existe también una sección especializada en dramas sobre niños perdidos, hijos robados, pequeños desaparecidos, adoptados, etcétera. Es un género muy popular entre la gente. Me imagino que perder un hijo, o más bien que te lo quiten, debe ser uno de los miedos más enraizados en el inconsciente colectivo y caldo de cultivo para toda clase de ficciones morbosas. En *La semilla del diablo*, la peli de Polanski, el mismísimo Demonio y una secta satánica integrada por los vecinos y el propio marido de la protagonista quieren quitarle a su bebé. La protagonista vive permanentemente anestesiada y al final le quitan a la criatura. Lo más horroroso en la peli no es que el niño sea la semilla del diablo o no, sino que vengan unos desgraciados —llámale Satanás, un marido hijo de puta, La Sociedad, el Gobierno, la Iglesia, los médicos, tu suegra, los vecinos, Tom Cruise— y quieran ejercer tu papel de madre por ti. En *Kill Bill*, de Tarantino, aparece otra madre a la que le roban al hijo, pero a diferencia de la frágil y drogada Rosemary, Beatrix Kiddo —sedienta de sangre y venganza— inicia una valiente y monumental gesta para recobrarlo. Me pregunté cuántas veces me tentaría el Diablo y a cuántos sería yo capaz de matar por mi cachorro. Habrá que ir aprendiendo artes marciales.

J se tomó el día libre para compartir el primer avistamiento del bebé, así que ahí estábamos los dos esperando nuestro turno, rodeados de otros aspirantes a padres en circunstancias similares. A decir verdad, la mayoría estaba en una situación mucho más embarazosa que la mía. A mi lado tenía a una legión

de mujeres barrigonas con serias dificultades para respirar, moverse y, en suma, hacer cosas que antes parecían sencillas y ahora lucían como retos monumentales.

—¿Cuántos meses tienes?

La que hablaba era una mujer desbordante, tenía las mejillas rellenas, las piernas, brazos y pies casi elefantiásicos y, además de cargar con una barriga de al menos ocho meses, tenía a dos niñas colgadas de su cuello.

J me miró empequeñeciendo los ojos. En ese momento escuché que me llamaban. Durante unos segundos creí que esa voz salía de mi barriga. Me puse de pie como un soldado en atención y seguí a la chica vestida de blanco hasta el consultorio. Me dio una bata y me pidió que me quitara las bragas. Debo haberla mirado extrañada porque continuó diciendo:

—¿Estás en el primer trimestre, no?

—Sí.

—En este periodo la ecografía es transvaginal.

Pues sí. Ni aun ahora, con mi pequeño habitante iba a librarme de la intrusión de los aparatos. La siguiente ecografía es la del abdomen pero por ahora debía despojarme de mi taparrabos y tenderme al alcance de un dispositivo de ultrasonido. La ecografista, que no es ni una doctora, ni una comadrona, ni una enfermera y solo Dios sabe qué es, en fin, la ecografista me introdujo el aparatito mientras J y yo clavábamos los ojos en el pequeño y destartalado televisor en blanco y negro frente a nosotros. Por un instante, mientras ella removía su vara en mi interior buscando vestigios humanos, pensé como aquella vez que Eulalia se tardó en encontrar los escurridizos latidos, que diría que allí no había nada, es un error, lo siento, señora, usted está hueca como un coco.

Electra mató a su madre, Clitemnestra, para vengar a su padre, Agamenón. Eso en cuanto a la tragedia griega.

Agripina fue madre de un niño y no precisamente fue una mujer feliz. Su niño se llamó Nerón, un gordito pirómano y emperador de Roma. Agripina quiso ser emperatriz sin dejar de ser madre y no solo terminó cometiendo incesto con su hijo sino también acabó sus días siendo asesinada por él. Otra clase de amor eterno. Eso en cuanto a la historia.

Atenea nació de la cabeza de Zeus y es por lo tanto una diosa sin madre. La diosa de la sabiduría. Eso en cuanto a la mitología.

Selma de Bailando en la oscuridad, la película de Lars von Trier, muere en la horca por intentar conseguir unos anteojos para su hijo. Eso en cuanto al cine.

¿Qué clase de madre sería yo?

Aunque todavía no puede verse en la ecografía, mi feto ya es biológicamente un hombre o una mujer en potencia. A no ser que el futuro bebé fuera un hermafrodita, como un caracol o una lagartija, pero las probabilidades eran muy bajas. Como aún debía esperar ocho semanas más para saber su sexo, intenté calmarme y confié en el buen hacer de la naturaleza y en el poder reivindicativo del mito, el cine y la historia universal.

Entonces, en vivo y en directo, en el canal de noticias, sin cortes comerciales, gracias a una transmisión algo difusa, desde un lugar parecido a una constelación remota, en exclusiva, en mitad de la negra nada de mi entraña se dejó ver. Allí estaba, insignificante pero visible, como un guisante en un plato, unido a mí como por una carnosidad de siamés, latiendo y encogiéndose al menor remezón de su saco de dormir que nosotros provocábamos desde fuera. Se movía pero yo no podía sentirlo todavía. J y yo nos miramos sin palabras. Si yo era una galaxia, él era mi solitario habitante, ignorante de que lo espiábamos en este *show* de Truman intrauterino, a través de una cámara escondida en mi vagina.

Era verdad. Estaba embarazada, tan real como irreversible. Si yo no quería, era casi seguro que no se iba a ir a ninguna parte. Iba a dedicarse a crecer y crecer hasta salir de su escondrijo y ocupar toda mi vida.

—¿Es esto? —dijo J para estar seguro, señalando entusiasmado con el dedo un punto blanco en la pantalla.

La profesional solo asintió. Estaba muy ocupada dictándole extraños vocablos a su asistente. Yo me coloqué mejor los anteojos y vi la mancha blanca. Por fin habló:

—Feto único con latido cardíaco activo, de buen tamaño, se mueve espontáneamente y tiene aproximadamente doce semanas y media —dictó—. Le daremos un informe con los resultados.

—¿Todo bien...?

—Todo está bien, señora.

A manera de *souvenir* nos entregó la que será considerada la primera fotografía de mi hijo. Ningún fantasma de caballito de mar: al menos en la foto era una piedra obstruyendo la boca de un remolino. La guardé en mi bolsillo y me dediqué a mirarla durante todo el resto de la tarde, mientras preparaba las maletas para tomar el avión que me llevaría a Lima.

J me llevó donde una costurera. Era raro porque yo no recordaba tener nada roto. La casa de la costurera estaba en una pequeña calle, una especie de callejón sin salida. Dentro estaba ella, una mujer mayor, con el cabello completamente blanco, sentada en una silla de ruedas, con una manta colorida hecha de retazos cubriendo sus piernas. Su casa era pobre y solo había una gran mesa y ropa vieja por todos lados. Le dije a J que por qué me había llevado allí y él me pidió que esperara. La mujer se puso de pie y fue hacia un mueble al fondo de la habitación. Volvió con un carrete de hilo color

carne y con varias agujas en la boca. Se sacó una y la mostró. «Es una aguja punta de diamante», le dijo a J. Él asintió. La anciana me dijo que por favor me quitara la ropa interior y me acostara sobre la mesa.

Lo hice. Ella entonces comenzó a coser mi vagina, con puntos cortos y ajustados, hasta dejarla cerrada del todo, con una negra y larga costura. Cortó el hilo sobrante con los dientes.

Desperté. Estaba todavía en el avión.

Lima, mi madre, estaba solo a dos horas de camino sobre el aire.

4MARZO

Despertar en tu cama de niña al lado de tu marido es una extraña manera de cerrar el círculo o de morderse la cola. Dormir aquí ha sido como hacerlo en una especie de santuario, algo a medio camino entre el museo de historia natural y el museo de arqueología. Iluminado por el vidrio ámbar de mi ventana estaba el museo de mi infancia: pósteres, cartas devueltas a su ansiosa remitente, muñecos. Una colección de piezas de la que colgaba el cartelito de «no tocar».

No era la primera vez que dormía con un hombre en esta cama, aunque sí la primera que dormía con un hombre al que llamaba esposo. De hecho, en una época, en lo que yo solía pensar que era el colmo de ser una hija consentida, mi madre solía llevarnos el desayuno a mí y al chico que había llevado esa noche a mi cama. No era que fuera una madre estrictamente liberal. Le había costado aceptarme como una chica sexualmente activa pero todos sabemos que no hay nada mejor para una madre que tenerte bajo su mismo techo, aunque lo que hagas bajo ese techo sea, por ejemplo, sexo anal.

La reeducación de una madre es lenta pero da sus frutos.

Estar aquí no tenía nada de trasgresor pero sí mucho de nostálgico. Siempre me han excitado las situaciones sexuales en los entornos domésticos. Mis modelos fueron las chicas norteamericanas de los cincuenta, que se dejaban manosear ante el televisor, se extraían el chicle de la boca para dar un beso y lo dejaban pegado bajo la mesita de centro del salón, abrían sus blusas y dejaban a la vista sus brasieres gigantes. Por eso para mí, estar ahora en la casa de mis padres tenía un plus de morbo inconfesable. Los ladridos de mi perro, la voz lejana de mi madre, el chocar de los platos en el lavadero eran como música afrodisíaca. Ha de ser que me conectaban de inmediato con tiempos de mayor calentura espiritual, los días felices en que me revolcaba en el sofá de mi casa mientras mi abuela veía sus telenovelas y yo debía tener el oído atento para percatarme a tiempo de que se acercaba arrastrando sus pantuflas.

De alguna manera, la sexualidad prepenetración en condiciones de máxima alerta es como un Dorado perdido para algunas mujeres y, en los preámbulos de cada encuentro sexual, solemos actualizar el deseo culposo y aquella deliciosa paranoia de la pubertad vigilada en el entorno prohibido de la casa familiar. Estar a punto de ser descubierta desataba en mí, años después, un contingente masivo de estrógenos superior al de una vaca drogada con yombina. Volteé y me encontré con el cuerpo recostado y sudoroso de J. Quitó por un instante sus manos tibias de entre mis piernas y me las pasó por la cara, haciendo a un lado mis pelos largos para besarme.

En los últimos dos meses el sexo se había vuelto una actividad esporádica y planificada. Las náuseas me quitaban el deseo y el deseo me daba náuseas. Cuando lo hacíamos, siempre nos daba por hablar del bebé, cosas del tipo:

—¿Te hago daño?

—En realidad no, pero creo que le estás aplastando el cráneo.

Y lo dejábamos ahí. Nos cuidábamos de no incomodarle con alguna pose rara. Además, aunque todavía era pronto para percibir con claridad su presencia entre los dos, tampoco podíamos hacer como si no existiera. Ese amanecer en mi habitación de niña era la primera vez en muchos días que sentíamos auténtico apetito y ganas de llegar hasta el final.

J se acostó sobre mí sin mayor trámite. Mi vieja cama comenzó a crujiir. Por fin, otro monstruo dentro de mí había despertado. En combate invisible con la nueva criatura, había ganado o se habían fusionado en una sola bestia deseante. Lo último que oí fue la voz de mi madre llamando al desayuno y los aullidos de mi perro.

Había vuelto.

En el faro de Miraflores, mis amigas Irene y Violeta me esperaban con sus hijos para una tarde de parque bajo el sol. El de Violeta tendría unos seis meses y estaba tendido boca abajo sobre el césped jugando con una pelota. El de Irene acababa de cumplir un año y caminaba con una rama en la mano. Ambas eran amigas de mi época universitaria y llevaba sin verlas un par de años. Aunque a través de *mails* y fotos había seguido la crónica de sus embarazos y luego el día a día de sus bebés, era la primera vez que podía verlas en directo en su nuevo papel de madres. Desde los primeros días de mi embarazo, ellas habían sido mis principales consejeras.

Breves biografías de mis amigas:

—Irene, pequeña, de ojos muy redondos, es pintora y vive fuera del Perú, en una pequeña ciudad al sur de Francia, con su marido y su niño.

—Violeta, larguirucha, achinada, es lingüista, vive en el Perú, en el clasemediero barrio de Jesús María y es madre soltera.

Eso para empezar.

Irene, que había dejado voluntariamente de trabajar para dedicarse en cuerpo y alma a ser madre y ama de casa, era una ferviente defensora de la crianza natural y miembro activo de la Liga de la Leche, una organización internacional que reúne a mujeres que comparten una militancia ferviente por la lactancia materna y realizan actividades para fomentarla. Gracias a la liga, Irene había logrado superar la soledad de vivir lejos de su familia, en un país extraño, pero sobre todo había podido compartir sus dudas y el miedo lógicos en una primeriza. Al encontrar a otras mujeres dedicadas a sus hijos, también empezó a liberarse del estigma primermundista de ser una mujer que «no hace nada». Para mí conocer la existencia de este tipo de asociaciones era casi tan raro como descubrir un Club de Entusiastas de las Montañas Rusas o una Cofradía de Fanáticos del Plátano. Casi con el mismo asombro supe que

cada jueves Irene se reunía con otras mujeres de su barrio para hablar de sus tetas y sus leches.

Puedo decir que la historia de la maternidad de Violeta se debía en parte a mí. Sucedió un par de años atrás. Por esos días yo era redactora de un diario limeño, para el que escribía reportajes bizarros. Aquella noche estaba preparando uno muy sensacionalista, cuyo título sería algo así: «Cómo ligamos las mujeres en Lima» (siempre he sido poco imaginativa para los temas) y consistía en visitar junto a un grupo de amigas, una serie de bares conocidos por su atmósfera predispuesta al romance ocasional, para después contar la experiencia al detalle. En nuestro periplo, Violeta se fijó en un alto, fornido y moreno semental, con el que esa misma noche se lio, para deleite de mi sufrida pluma, y del que terminó seriamente enamorada, tirando por la borda un infeliz matrimonio sin sexo. De ese razonable adulterio sin futuro nació el hermoso niño que ahora permanecía sentado sobre la hierba como un pequeño Buda.

Irene y Violeta han soportado todos mis interrogatorios y han sido buenas chicas compartiendo conmigo su inagotable sabiduría. Ese día no sería la excepción. Hablábamos de las obsesiones de las embarazadas.

—Uf, no sé Wiener...

Violeta es una intelectual pero está acostumbrada a tratar con el vulgo, por eso su humor es una mezcla de agudeza y grosería. A Irene le gusta vivir de acuerdo a lo que piensa, y eso, aunque para mí constituye un paradigma lejano, debo reconocer que es un valor en alza. Violeta empezó con sus *boutades* :

—OK, obsesión número uno: matar al progenitor de la criatura. Obsesión número dos: matar a mi madre. Obsesión número tres: tener sexo.

—Ayer hice el amor con J después de varias semanas... —les confesé.

—Qué rico.

—Nosotros casi no tiramos. El sexo ni se nos pasaba por la cabeza. Después del parto menos. Tuve que inscribirme en un taller de tango.

—¿Un taller de tango...? ¿Y para qué?

—Para no olvidar cómo mover el culo —dijo Irene—. Le hubiera sacado la vuelta sin asco si no fuera que allí tirar con cualquiera no es tan fácil como aquí.

—... Yo tuve algún *remake* con algunos amantes de confianza durante los primeros cuatro meses. Luego actividad cero —dijo Violeta—. Nada de nada. Hace casi un año que no tiro...

—¡¿Un año?! No jodas...

—Odio no tener sexo a mi preciosa edad.

—Será algo pasajero...

—A veces me he masturbado para no perder la costumbre, pero debo confesar que la mayor parte de las veces me he quedado dormida mientras me masturbaba.

Nos reímos mirando a los niños que empezaban a interactuar.

—Hey, si cuentan los nueve meses, más los trece meses que tiene mi hijo...

—¡Son casi dos años! Pobre...

—Me están asustando, en serio...

Después del sexo derivamos en el pantanoso tema de nuestro estado físico. Era la primera vez que no sentía que debía dar explicaciones a mis amigas sobre mi complexión actual: iba más allá de mí y de lo que quería para mí. De hecho, era la primera vez que no me sentía barrigona. Una contradicción, dado el curvado vientre que ya ostentaba. Sin embargo, así era. Nunca había tenido una panza de Papa Noel, solo una pancita algo abultada, una herencia familiar. Pero yo me sentía panzona. Y ahora ya no era una chica panzona: ahora era una chica embarazada: mi guata real se había disimulado tras mi guata virtual.

—Me da miedo que nadie pueda amarme con esta barriga.

Violeta dijo esto y de improviso se levantó la camiseta y nos mostró la devastada superficie de su abdomen. Parecía increíble que alguna vez la barriga de mi amiga hubiera sido una llanura de piel tersa con un caprichoso ombliguito playero. Su barriga se había estirado de tal modo que hacia el octavo o noveno mes de embarazo la piel se había roto. Su barriga se había corrido como una media. Estaba tan veteada como la piel de un tigre, o peor aún, parecía que una pareja de tigres hubiera peleado sobre su estómago.

—A veces pienso que alguien se enamorará de mi singular materia —siguió reflexionando Violeta—, que si mi hijo se vuelve loco por ella, alguno más descubrirá las bondades de mi nueva geografía. De hecho, un día haré unos quince abdominales...

El sol estaba a punto de deshacerse en el mar, y decidimos movernos un poco. Para romper la melancolía reinante caminamos hacia un centro comercial y nos atragantamos con una gigantesca copa de helado con crema y *fudge*.

Por la noche, J dijo que me amaría con estrías, con verrugas, con varices y granos. Esa misma noche empecé a untar mi panza con crema de baba de caracol. En la tele dijeron que funcionaría.

La «fusión feto-madre», de la que tanto había oído, estaba operando en mí. De una manera extraña, la regresión fetal se estaba haciendo efectiva, era una

vuelta al útero, a la casa de mi madre, a mi joven país, a mi horrible ciudad. Lima era un maldito túnel del tiempo. Lima era una psicoanalista guapa, de pelo corto, tetas pequeñas, que había estudiado en la Universidad Católica (mi universidad), que se había sentado al lado de mi diván y me había hipnotizado con su perfume para arrancarme verdades de la lengua.

Había vuelto a una ciudad en la que ya no estaba Adriana. Se había ido por una ventana. Tampoco era nuestra primera baja en esta metrópoli de suicidas. Aquí hay un puente desde el que acostumbraban tirarse los más desesperados. Un día las autoridades se cansaron de recoger entrañas del pavimento y mandaron levantar sobre el puente unas grandes paredes de cristal. Una arquitectura cruel. Como es de cristal, aún ahora podías seguir viendo el vacío aunque no pudieras abrazarlo. Fui al cementerio a leerle a Adriana un poema que le había escrito. Las embarazadas también van al cementerio y vomitan sobre la grava. Era un poema en el que recordaba una noche en Usquil, un pequeño pueblo de la sierra norte del Perú, cerca de donde nació el poeta César Vallejo. Era un viernes de semana santa. Yo había estado viendo Ben-Hur en una sala de cine que era una casa de piedra con un televisor. Al salir, encontré a Adriana y a los demás, sentados en círculos sobre el campo. Habían encontrado luciérnagas y ella las tenía en el pelo como cintas fosforescentes. Se había puesto un poco de polvo brillante en la nariz. Reía, se veía hermosa, resplandeciente. Hablábamos de la bioluminiscencia. Alguien dijo que era el fenómeno que hacía brillar a las luciérnagas, gracias a lo cual atraían a los machos. Cuestión de química. Nada más que eso. Todos fumábamos, así que a más de uno le pareció que estábamos dentro de una película. Todos estaban felices, menos yo. Siempre creo que yo soy la única que no está feliz, pero solo ahora pienso que quizá no es tan cierto. De eso trata mi poema. Del voyeurismo de la felicidad.

Le pregunté a Adriana cómo me había hecho creer que flotaba si en realidad temblaba. Y ella me contestó que al principio era un juego y al final era un truco. Solía pensar que detrás de estas rejas había un jardín donde todos se divertían menos yo. Y Adriana también se divertía. Por eso se lo pregunté. El truco se llamaba litio y carbamazepina. Un día, cuando ya estaba en España, me llamó el que en ese entonces era ya su exnovio, para decirme que Adriana estaba internada en un hospital psiquiátrico, como una luciérnaga en una caja. Allí, en una de sus temporadas de *electroshocks* y carceleros, escribió acerca de su cama de hospital, una cama al lado de otras camas iguales, llenas de gente igual, a la que no quería volver.

Una mañana salió a pasear por Miraflores, algo que hacía para alejar la depresión, pero esta vez no pudo, entró a un mediocre hostel llamado Sol y Luna, en la gris avenida Angamos, se hospedó en la habitación 406 y quince minutos después se lanzó al vacío. Una nota policial sin interés.

Cuatro meses después, una embarazada en el cementerio intentaba ver o no ver el mundo desde esa ventana, leyendo en voz alta también uno de los cientos de poemas que Adriana nunca llegó a publicar:

Y en las ventanas

los hombres observan la ciudad

[...]

y no sospechan

que encima de ellos

las azoteas

son

el lugar del baile.

Qué graciosa nuestra juventud, qué estúpida. Demasiadas luces de neón, pocas luciérnagas.

La nube de muerte parecía poco a poco disiparse de esa sábana blanca y sucia que es el cielo de Lima, una auténtica mortaja. Mi padre había logrado vencer hacía algunas semanas el cáncer al colón y yo estaba viendo el resultado con mis propios ojos. Ni siquiera habían tenido que darle quimio. Seguía leyendo cinco periódicos cada mañana, trabajando por el día y jugando solitario en el ordenador, entre artículo y artículo. Yo, que me había hecho periodista para ser como él, no había vivido de cerca su enfermedad. Cuando uno está lejos se pierde lo bueno y lo malo que le pasa a la gente que uno quiere.

Eso había sido un alivio, quiero decir, había sido un alivio no verlo sufrir, adelgazar, tener miedo; pero me hubiera gustado estar ahí cuando más me necesitaba. En cambio, había estado al otro lado del océano, postrada con mi operación de axilas, embarazada y sin trabajo, y enterándome remotamente de sus progresos por teléfono.

El día que me casé con J, quince días antes de partir sola a Barcelona, mi papá me escribió una carta. Decía: «En las escalinatas del avión se va mi hijita más grande que siempre será para mí chiquita. Poco a poco se me ha ido yendo y yo la he visto partir impotente. Se va la que me hizo padre, lo más puro que me ha tocado ser en la vida. Se va para que mi corazón sienta su ausencia. Tendré que hablar ahora con ella en mis pensamientos y esperar en silencio, como yo solo sé hacerlo».

Me senté en sus piernas, todavía fuertes y piqué su lunar como hago desde niña. El lunar de mi papá suena mágicamente. Bueno, en realidad yo pico y él silba y yo hago como si no me diera cuenta.

Dentro de algunos meses vendrá alguien que me hará madre.

Y yo dejaré de ser chiquitita.

No quiero ser grande.

No quiero perderlo nunca.

Desde mi llegada, mi madre no había dejado de mimarme, de prepararme mis comidas favoritas, de preocuparse por mí y por mis síntomas. Como siempre, a sus demostraciones de amor yo le respondía con un sarcasmo cruel de rebelde tardía. No sé qué pasaba con nosotras que juntas liberábamos unas energías extrañas. No sé si competíamos por quién sometía a quién. Yo me resistía a dejar de una vez por todas las riñas de la adolescencia y a empezar una relación más madura con ella. Ella seguía viéndome como la quinceañera que se ponía polvos faciales en la cara en plan Michael Jackson.

Como cada mañana me puse frente al espejo para ver qué tal me iba la ropa que había elegido para ese día. De repente, mi madre salió de la cocina, me vio y me lanzó:

—Qué haces con esa falda sobre el pantalón, Gabriela. Se ve feísimo.

Lo dijo de una manera tan familiar que me paralizó, pero aún pude contestarle. Yo había salido hacía muchos años de su campo de fresas para siempre pero ella no parecía haberse dado cuenta. La miré de arriba abajo, deteniéndome largamente en su blusa atigrada y sus pantalones *extralarge*.

—¿Te has visto al espejo, mamá?

Ella bajó la mirada por primera vez desde mi regreso, por primera vez desde que empezamos con este juego que duraba toda mi vida.

La había herido.

Iba a emprender mi retirada triunfal, pero noté que lloraba. Ya no me sentí tan triunfadora.

—No llores, por favor.

—¿Qué hice mal? ¿Por qué saliste así? Siempre sale caca de tu boca.

Esta era la oportunidad que tanto habíamos estado esperando. Ella se desahogaría, me diría qué complicado es ser mamá, casi tan o más difícil que ser hija. Justificaría su acoso contándome lo hostil que había sido mi abuela con ella. Nos abrazaríamos y nos pediríamos perdón.

Habíamos heredado de mi abuela la tentación por la crítica destructiva. Ambas, como ella, podíamos ser muy dulces, pero cuando el mal genio nos dominaba éramos muy directas, violentas y hasta vejatorias.

En los días de mi visita a Lima, poco quedaba de mi abuela, que había sido severa con sus hijos y consentidora con sus nietos, que se había reído de nuestras travesuras, nos había ofrecido su regazo profundo y su comida: yacía postrada en su cama, en una habitación empapelada de un paisaje primaveral lleno de flores amarillas, sin poder hablar, ni moverse, luego de varios derrames, cuidada por mi abuelo y dos enfermeras. Moriría poco después.

Mi madre me confesó una vez que su madre le encontraba defectos a casi

todo; un día le había dicho que si seguía llegando tarde a casa, «igual que un hombre», los vecinos iban a pensar que era una puta.

Aunque creció escuchando ese tipo de cosas, mi madre siguió llegando tarde a su casa y quedándose en las asambleas en las que junto a otros chicos a los que llamaba «compañeros», soñaba con hacer la revolución continental que acabaría con las injusticias, aunque luego debía volver a dormir en su cama de niña pobre y católica. Nunca le dio miedo que su madre o los vecinos creyeran que era puta. A mí tampoco me daba miedo que la mía me considerara una productora de mierda verbal.

Sin dejar de mirarla, agarré mi bolso y lo crucé sobre mi barriga. Pensé salir por la puerta sin decir palabra, pero no pude.

Me acerqué y le di un beso. Ella se quedó quieta frente al espejo.

Breve recuento de mis experiencias previas cercanas a la maternidad: 1) Un conejo a los tres años: apego, fuertes sentimientos de ternura y embobamiento; repentina desaparición del conejo, mis padres me explican que tuvo que irse porque extrañaba mucho a su mamá, me doy cuenta de que yo no soy su mamá: desengaño, pero comprendo la (falsa) situación racionalmente y olvido rápido. 2) Un perro a los quince años: cocker spaniel, color caramelo, nervioso y sufre de epilepsia; un chico con el que salgo me dice que cree que mi perro es homosexual; puedo constatar que así es; un día lo llevamos al veterinario para que lo bañe pero ya no regresa; muere por negligencia del veterinario, lo drogaba para bañarlo (el hijo de puta) y se le fue la mano. 3) Otro perro a los veinte años, también cocker spaniel, color caramelo, nos lo regala el veterinario hijo de puta, el perro sufre serios problemas de conducta; es incapaz de obedecer y nadie puede enseñarle nada, se caga sobre la mesa del comedor, se mea en mi cama, en una ocasión está a punto de arrancarme una oreja, me llevan de urgencia al hospital, me cosen el lóbulo con cinco puntos: hasta hoy no hay forma de que haya simetría alguna entre mis pendientes. 4) Un gato a los veinticinco años, chusco, lo compro en el mercado a diez soles, por envidia, porque el gato callejero que nos visita y con el que me he encariñado decide un día irse con mi vecina, al parecer porque le da comida de mejor calidad; vive con J y conmigo durante dos años, decidimos viajar a España y no sabemos qué hacer con él; desaparición del gato, nadie me explica nada, no hay fábulas, creo que nos ha abandonado antes de que lo abandonemos, J cree que está en el cielo de los gatos. 5) Una planta a los treinta, se la compró a una gitana en la entrada del mercado de los Encantes, no sé ni cómo se llama, es obviamente verde, al crecer noto que es una enredadera, está varias veces a punto de morir, está claro que necesita cambiar de maceta pero nunca tengo ni tiempo ni dinero para hacerlo, la riego de vez en cuando, un día me mudo y la olvido, una amiga a su vez se muda a mi excasa, me cuenta que la ha trasplantado, voy a visitar a mi amiga y veo a mi planta, tiene flores, ya no es mi planta.

Mi currículum como tutora de seres vivos no era como para sentirse orgulloso. Con seres inertes, la cosa cambiaba, aunque no sé si para mejor. Mis muñecas, ositos, patos, barbies y demás monigotes, fueron mi verdadera escuela del horror. En esta particular Toy Story, sometí a mis barbies a largas sesiones sexuales con kenos castrados o las hice protagonizar argumentos

lentos de desastres naturales. A uno de mis bebés, Alian, lo despojé de sus ropas para poco después desmembrarlo y al final decapitarlo como un Túpac Amara con chupete. Sus partes siempre estaban en distintos lugares de mi habitación y nunca se volvieron a unir. Cuando me hice adolescente, cometí incesto con uno de mis hijos: el Bomboncito granjero, un muñecote del tamaño de un niño de tres años y pelos de lana roja al que usaba como pareja para masturbarme. ¿Qué les diría Bomboncito al soldadito de plomo y el resto de sus hermanos, al final del día, cuando volvían a la vida para contarse sus peripecias al lado de la niña que dormía en la habitación?

Espero que haya hablado bien de mí. De lo contrario sería un hipócrita.

Lima también era ese lugar que un poeta dado a la travesura llamó: «la ciudad donde no se ama». Comprobé que la mayoría de mis amigos ya no estaba: mi pandilla de la universidad yacía desperdigada por el mundo, llena de bajas voluntarias, como ya dije, y los que quedaban eran apenas unos cuantos *nicks* en mi bandeja del msn: tan cerca pero tan lejos. Ni siquiera tenía un millón de amigos en mi Facebook para presumir de ser una buena persona. A mi juventud que dejara solo hacía tres años en este mismo lugar se la había tragado la tierra. Algunos amigos habían viajado, otros habían muerto, había incluso quien no quería verme y alguno a quien no quería ver yo. Mis amigas que no tenían hijos estaban haciendo yoga o meditación. Algunas viejas parejas sobrevivían a duras penas y de otras no quedaban ni cenizas. Ninguno de mis amigos gays había salido del armario y los heterosexuales no habían renunciado todavía al diario El Comercio, donde alguna vez trabajamos. Ninguno de mis exnovios a los que yo creía haber marcado de por vida intentaba ponerse en contacto conmigo. Y mis amantes menos aún. Nadie interrumpía su rutina para pasar tiempo conmigo, ni siquiera mi familia. Salvo dos amigas que vivían también en Barcelona (y con quienes había coincidido en Lima para desquitarnos de las pobrezas de Barcelona en la casa de playa de una de ellas), la gente solo estaba disponible por las noches, en horarios no aptos para embarazadas. Creí que podría juerguearme como antes, pero, si no me quedaba dormida, mis vagos intentos de salir de copas terminaban siempre en una incontinenencia alimenticia que saciaba con sándwichs desbordantes de salsa. Mi panza empezó a crecer. En lugar de sumirla, como había hecho todos estos años, comencé a asumirla. En parte porque devoré todo rastro de comida típica a mi paso y estuve a punto de regurgitar a mi inquilino por venir tras ingerir un plato de cebiche de conchas negras en el mercado de mi antiguo barrio. Me dediqué a comer y a tener antojos. Un día quería una manzana acaramelada en un parque, otro día una empanada de carne y jugo de maracuyá en la Plaza de Armas, me provocaba un desayuno con chicharrones en el Callao y dos chirimoyas de postre en el comedor de mi casa. Una hamburguesa con tocino en la esquina de mi ex *alma mater*, un pollo a la braza con ají en el centro comercial de la playa Asia, un helado de manjar blanco en una heladería que ya no existe. Pensé que la explosiva gastronomía peruana mataría a mi hijo un día de estos.

Aunque fue difícil, monté un *baby shower* en el que intenté encubrir la falta de amigos reales invitando a la legión de amigas de mi hermana y a las novias de mis primos. Todos insistían en que debía hacer una de estas reuniones para recabar la mayor cantidad de productos para el bebé. Debes aprovechar que estás en Lima, me decían, difícilmente te enviarán regalos desde aquí

cuando llegue el momento. Recordé que en Barcelona no existía una tradición semejante, así que terminó por parecerme bien, pese a algún pudor recóndito. Envié una invitación *online* que había hecho yo misma a manera de *collage* con una foto de J y una mía de cuando éramos niños. Un globo de texto salía de mi boca como en los cómics: «¡Estoy embarazada!», gritaba mi yo-bebé ante el rostro incrédulo de ese pequeño niño piernón que era J. Por la tarde, abrí toda clase de paquetes. Un *baby shower* se parece demasiado a una despedida de soltera, solo que en lugar de penes sonrientes y tanguitas rojas emergen del papel de regalo extraños artefactos como sacamocos o un cofre para guardar los restos del ombligo. En lugar de escenas húmedas, las hay muy babosas y, en lugar de gemidos, hay ohs de ternura ante la visión de un babero de osito. El *streapper* es definitivamente uno mismo, que desnuda esa parte del alma que debería estar siempre vestida.

El mío fue un *baby shower* bastante prematuro. Por lo general se hacen al sexto o séptimo mes de embarazo, cuando ya se sabe al menos el sexo del bebé. Advertidas, mis invitadas me obsequiaron ropita de color «unisex» como blanco, amarillo o verde. Solo una de mis tías apostó a que sería niña y se atrevió a regalarme una *body* rosa de florecillas. La tarde transcurrió entre canapés y bebidas sin alcohol. Por la noche hice un recuento de mis adquisiciones. Con espanto me di cuenta de que las cosas del bebé llenaban por completo la maleta más grande que habíamos traído. Tenía más ropa que yo, y ni siquiera existía.

En la primera imagen que tengo de mi madre ella me está apuntando con un fusil. No es una imagen metafórica sino una imagen auténtica. En la foto en blanco y negro tenía unos diez años, mi abuelo la ayudaba a sostener el arma y ella miraba algún punto lejano, mientras el fusil apuntaba a la cámara. Mi antiguo álbum de fotos comenzaba con esta foto. No sé por qué estaba ahí. Creo que la robé del álbum de mi abuelo. Me gustaba la ironía de la imagen: una niña aprendiendo con papá a disparar vestida de domingo. Una niña que sería mi madre. En la siguiente foto del álbum, estaba esa misma niña, casi con la misma dulce mirada, dando de mamar a un bebé. Un bebé que era yo. Esa fotografía se la habían tomado a mi madre en el hospital, al día siguiente de dar a luz. A mi mamá se le veía cansada pero feliz, como en las publicidades de pañales. Mientras yo bebía absorta, con mi diminuta y oscura mano aferrada a su pecho, apenas una cabecita negra apretada entre una teta y el mundo, ella miraba a mi padre, peinado al estilo de los setenta, y le decía algo.

En otra foto, me había convertido ya en una flor de pétalos rosas y tallo rojo para una actuación escolar. Recuerdo que mi mamá me había confeccionado el disfraz y, como no había conseguido las medias verdes reglamentarias, me había construido con mucho amor un pantalón de papel crepé verde que se me rompió a la primera flexión, con lo cual habían quedado al descubierto mis medias rojas. Yo estaba muy avergonzada pero qué niño vestido de flor no lo está. Al fin encontré la foto que estaba buscando: la foto del paseo a Chosica con los niños de mi clase, cuando estaba en primero de primaria, la foto de la humillación. En un segundo plano, estaban mis compañeros, incluyendo mi mejor amiga, disfrutando de un baño en la piscina y riendo a carcajadas; en un primer plano: yo, vestida y con dos coletas, con el rostro más triste que había visto en mi vida, abrazada a la estatua de bronce del angelito que riega

la piscina con su pene. Estaba resfriada. Recuerdo que mis padres habían accedido generosamente a que vaya de paseo pero no quisieron que me bañara en la piscina por miedo a que empeorara.

Decidí varias cosas esa tarde para mi futuro: nunca le haría un disfraz a mi hijo, nunca lo mandaré a un paseo resfriado, pero sí le enseñaría a disparar.

La simbólica vuelta a la casa de mi madre se radicalizó cuando una leve molestia lumbar que venía sufriendo desde Barcelona derivó en cojera debido a la inflamación del nervio ciático. Es bastante común entre las mujeres que entran al tercer trimestre y llegan a padecerlo hasta un treinta por ciento de embarazadas. Es un dolor que parte del interior de la nalga y se irradia por la pierna. Al parecer, los músculos de mi espalda se habían contracturado por el repentino sobrepeso y mi sedentarismo no había hecho más que agudizar el problema. Mi feto estaba presionando y yo me estaba abriendo de par en par. A esto se sumaba un intenso dolor en el llamado «suelo pélvico», es decir, en el pubis y la vagina, a consecuencia de la rotación de los ligamentos. Lo que es lo mismo: mi pelvis se estaba ensanchando gracias a una hormona llamada relaxina, para preparar el camino por el que saldría el cabezón. El espacio promedio entre los huesos en una mujer no embarazada es de 4-5 milímetros y durante el embarazo es normal que este espacio se ensanche en 2-3 mm. Una cifra insignificante que sin embargo me hacía ver diablos azules.

No me sorprendió que mi mamá asumiera la responsabilidad de la hija coja que volvía a depender de los demás tras años de autogestión en el extranjero. Lo primero que hizo fue llevarme a su consultorio médico de confianza: el Policlínico Peruano-Japonés. Tras una década de fujimorismo, había cosas que se habían quedado demasiado enquistadas en los hábitos de la gente. Lo principal era que los precios eran económicos y ofrecía un servicio de terapias de rehabilitación. Así que allí estaba yo, en el clímax de mis vacaciones, esperando mi turno en una sala llena de personas que usaban productos ortopédicos y hablando con mi madre.

—Naciste con ictericia, estabas toda de color naranja y te llevaron lejos de mi lado y no te vi hasta el día siguiente.

La ictericia se manifiesta con una coloración amarillenta anormal, debido a un exceso de bilirrubina en la sangre que el hígado de un recién nacido no puede procesar. Se trata con fototerapia (exposiciones a la luz) y en su forma leve dura solo un par de días. Casi todos los bebés la padecen, y a mi niño probablemente también le ocurriría.

—No sabía lo que sentía cuando te vi.

—¿No se siente amor de inmediato?

—No. Solo deseé que no te pasara nada malo y te esperé, para abrazarte y protegerte.

—Una sensación un poco animal...

—Sí, de animal con su cría. Seguro esa noche que pasaste sin mí me extrañaste y allí nació la poeta.

Mi mamá siempre ha creído que soy una poeta. Aunque ella daría todo porque volviera a escribir poemas y cosas culturales, siempre termino dándole a leer las cosas sucias que escribo en la actualidad para esconder mi lado cursi. De vuelta de la clínica, me puse a rebuscar otra vez en uno de mis baúles. Al fin hallé el papel amarillento, del color de la ictericia. Era una carta dirigida a mí en estado de nonata, que mi madre había escrito mientras estaba embarazada. Ahora ella creía en la Virgen de las manzanas, en los apus andinos y en Deepak Chopra, pero en esos tiempos en que me llevaba dentro de su vientre, era una aguerrida dirigente sindical que militaba junto a mi padre en algún partido político de izquierda y yo era el germen de ese amor revolucionario, apenas una idea en la que creer, otra utopía.

La carta decía:

Hijito o hijita:

Tus papás son políticos, hacen política, pero en este frente de lucha las cosas no son fáciles, ya te explicaremos; te adelanto que esta búsqueda es lo que arrastra y marca nuestras vidas. Perdona pues, si las tensiones emocionales, las penas o cóleras que siempre se dan entre hombres y mujeres de acción, puedan haberte afectado. Pero no queremos de ti un niño o niña triste; tampoco lo somos tu padre o yo. Sabemos, y lo habrás sentido, tener momentos en que nos hacemos niños, jugueteamos amorosamente, reímos, nos alegramos de mirar una flor bella que en su forma y color nos deja sensaciones dulces. Quisiera darte de estos momentos muchos más de los que recibes de nosotros. Pero ¿sabes de qué te debes alegrar? De que ni tu papá ni tu mamá viven una vida fofa; somos apasionados, en donde estamos no podemos permitir ni la injusticia, ni el engaño y menos la cobardía. ¿Cómo serás, mi niño o niña?...

En la carta llena de idealismo, afirmación y esperanza de mi mamá yo era la única pregunta.

Por la noche, cojeé hasta su habitación y me metí en su cama. Ella dormía. Le susurré al oído o soñé que lo hacía: «Soy así, mamá, no me alegra mirar una flor, no soy una mujer de acción pero tampoco estoy triste».

Me despertó muy temprano para hacer mis ejercicios de rehabilitación, que consistían en rebotar sentada sobre una enorme pelota. No sé qué, pero algo ya no me dolía tanto.

Así fue como perdí mi libertad y me entregué en adelante por completo al juego de ser otra vez suya.

Lo malo era que ya no nos quedaba mucho tiempo. En tres días volvía a España. Otra vez fuera de su campo de fresas para siempre.

5 ABRIL

El recorrido del aeropuerto del Prat hasta Barcelona es la típica autopista a las afueras de todo. Abriéndose paso entre los prósperos polígonos industriales, es tan anodina que bien podría ser la carretera que une a una persona con su destino final. Sentados en el asiento trasero, J y yo mirábamos la ciudad que estábamos a punto de recobrar. La sensación era agradable. Ser de un país pero vivir en otro es como tener un amante sin renunciar del todo al viejo y dedicado esposo. Si nos falla uno, queda el otro, y viceversa: un país oficial y uno de repuesto. Aunque lo paradójico fuera ver al Perú como un romance de verano y a España como el marido que nos recoge en el aeropuerto, sin flores y lleno de sospechas. A diferencia de los elocuentes taxistas peruanos, el de aquí tuvo a bien no dirigirnos la palabra y con esto, ya podíamos darnos por bienvenidos. Semejante frialdad podía ser chocante otras veces pero ese día era de agradecerse, mudos como estábamos y dedicados a la observación perpleja de todo lo que de pronto nos volvía a rodear. Como si nuevamente llegáramos por primera vez. Yo intentaba no mirar atrás. Cuando has escuchado demasiadas veces que los niños son la esperanza del mañana y de pronto uno se he vuelto un receptáculo del mañana es más fácil pensar en el futuro.

El paisaje comenzó a hacerse cada vez más familiar y a llenarse de edificios idénticos con bellos y mohosos balcones sobre los que se agitaban los típicos toldos verdes desteñidos por el sol de los pisos de Barcelona. Un fogonazo de luz atravesó una nube y me perforó la cara. Temía que fuera traumático volver todavía con los calores del polo sur al tímido final del invierno europeo. Nada de eso. Había dejado una Barcelona aterida y volvía a una tomada por la claridad fragante de la maldita primavera. Me puse de estupendo buen humor. De hecho, estaba feliz. Había otra razón: aunque yo seguía desempleada, podríamos pagar el alquiler. J había conseguido un nuevo trabajo en una revista literaria.

Cuando quedaban ya pocos kilómetros para llegar a casa, creí notar una sacudida dentro de mi estómago que por un minuto achaqué a la comida de avión. Volví a sentirlo y entonces no tuve la menor duda.

—Creo que se ha movido —le dije a J.

J puso su mano húmeda sobre mi barriga. También lo sentía. Se estaba moviendo. Parecía una broma. He aquí otro de los grandes hitos del embarazo ante el que volvía a quedarme en blanco. Una vez más la inventiva de una aspirante a mamá se ponía en juego sin éxito. Nos piden un nuevo ejercicio de enunciación. Nos persiguen las mismas preguntas: ¿Qué se siente? ¿Cómo alas de mariposa? ¿Una caricia por dentro? ¿La viborita mordidiéndote el tracto intestinal? Mejor callar.

Entre las semanas 18 y 22, recordé, los movimientos del feto se tornan perceptibles. El mío, por alguna extraña razón, había elegido ese preciso

momento del retorno para dar señales de vida. Probablemente en Lima, con todo el barullo, yo no había estado lo suficientemente quieta para notar sus vibraciones. Mi aceleración le había impedido expresarse. Solo en estos primeros instantes de sosiego había logrado hacerse notar. ¿Qué quería decirnos con su baile mudo en medio de la oscuridad? ¿Qué se sentía a gusto? ¿Que estaba en casa? Nadie me esperaba en el aeropuerto del Prat, solo esta patada en el estómago.

J bajó las maletas. Incluyendo la pesada maleta con las ropas del bebé que había acabado para siempre con aquella adorable levedad del ser. Yo, forzando mi cojera, subí las escaleras corriendo. Desde la terraza, la Sagrada Familia se elevaba exultante sobre las decenas de turistas japoneses que día a día estorban el paso en esta zona. Ahora sí Lima quedaba atrás, había vuelto a la sutil reclusión de mi pequeño piso de dos ambientes en Barcelona donde tendría que criar a un niño, a las súbitas opacidades del cielo y a la fastidiosa rutina de tener que barrer mis largos pelos que caían todos los días al suelo. OK, no hay por qué exagerar, no había venido embarazada en patera. Era apenas una de esas privilegiadas sudamericanas con estudios que cada año debía hacer colas para renovar su endeble residencia, una de aquellas mujeres inmigrantes que vive en una madriguera de alquiler que vale más que un piso frente al mar en Lima, sin trabajo, sin madre, ni súplica, ni sírvete, ni agua. Y ahora con un hijo en ciernes que heredará esta extraña forma de vivir. ¿Qué hacía aquí, por qué me quedaba, qué esperaba de todo esto?

Nos tendimos en la cama mirando el techo con aquella cuasigotera de la que nunca nos habíamos preocupado y dijimos casi a la vez:

—Tenemos que arreglarla.

Primavera. No es mentira lo que dicen. Algunas embarazadas que hemos entrado de lleno en el segundo trimestre, que nos hemos acostumbrado a nuestras formas redondeadas y a nuestros pechos grandes solo pensamos en sexo. Es verdad que me preocupaba encontrar un trabajo lo más pronto posible o de lo contrario no podría completar los seis meses de vida laboral que necesitaba para cobrar la baja maternal y poner mis papeles en regla, pero exorcizaba mi angustia perdiéndome en las galerías de imágenes de embarazadas desnudas en la web.

Para una mujer medianamente heterosexual, ver cuerpos de otras mujeres también es muy excitante, ver tetas y vaginas nos pone mucho más que ver un pene erecto. Empecé tomándome fotografías a mí misma. Ya lo he dicho: me sobraba tiempo libre. Cogía mi camarita digital y me fotografiaba en poses ginecológicas. Me volqué a la caza de fotos de otras embarazadas. Pensé que solo a mí y a otras gorditas podría darnos curiosidad otras embarazadas. Me equivocaba. Descubrí un submundo alrededor de las llamadas «panzoncitas», que se encontraba dentro del género «placeres extraños», justo al lado de zoofilia, gordas y tercera edad. Al parecer, las embarazadas éramos una especie pornográfica en sí misma, llamada «nueve lunas». ¿Qué podría resultarle tan excitante a un hombre de una mujer esperando un bebé? Con sus gigantescas tetas coronadas por un par de pezones oscuros y la piel tirante de sus vientres arañados de estrías, con esos rostros angelicales y ese

brillo de plenitud en los ojos, las futuras madres éramos vistas literalmente como bombas sexuales. En alguna parte, estar grávida era un plus erótico. Estaba de suerte.

Los títulos de las fotos o vídeos de mujeres en la dulce espera revelaban la misma creatividad que las cintas de porno normal: « follando en su último mes de embarazo », « preciosa mamita con chocho rico », « preñada le gusta exhibirse », « dos lesbianas embarazadas se lo montan ». En los clasificados de contactos encontré a muchos hombres que buscaban embarazadas para cumplir sus fantasías. Ofrecían « ayuda económica » y prometían « consentirlas ». Uno decía: « Sé que la mujer embarazada es ardiente pero es tímida para admitirlo ». Otro: « Son taaaan tiernas ». Uno más: « Están más sensibles... ahí abajo ». Así, en el imaginario del hombre dado a las embarazadas, estas eran seres desamparados y fogosos con unos senos muy grandes; en suma: la mujer ideal. Alguno confesaba que estaba obsesionado con tener sexo con una embarazada desde que su esposa lo dejara a pan y agua durante los nueve meses de su gestación: « No le gustaba que la tocara, le dolían los pechos, se encontraba gorda, le dolía la cabeza, le molestaba mi perfume ». Encontré otras explicaciones: el no tener que usar condón era la más estúpida; que era una manera de hacer un trío, la más inquietante. Alguien lanzaba esta pregunta al foro: « ¿No les pone pensar que ya alguien se las ha tirado bien? ». Y otro echaba más leña al fuego: « A mí lo que me pone es saber que alguien se la ha metido sin condón y se ha corrido dentro de ella. Eso me pone como un cerdo ». Finalmente, un forero que se hacía llamar « doctor Dou » sostenía: « Las embarazadas hacia el sexto mes tienden a experimentar una sensación de tenesmo recto-anal [sensación de vacío entre el ano y el recto], algo así como una palpitación intensa y unas enormes ganas de sofocarla y de acoger en esa zona algo que encaje plenamente dentro de ellas, y además, por efecto de las hormonas, los músculos anorrectales se distienden e invitan a una cópula profunda y sostenible ».

Había algo de cierto en todo esto, pero la verdad es que no todas teníamos la misma suerte. Las hay que tienen la libido muy baja, ya sea porque les preocupa lastimar al bebé o porque no llevan bien el incremento de peso, y se sienten incómodas y nada sensuales. Además, el deseo es fluctuante a lo largo de los tres trimestres, de menos a más y de más a menos. Al principio las náuseas y el malestar general disminuyen las ganas; hacia el cuarto mes se recuperan energías y el deseo se dispara.

Eso me estaba pasando a mí. Sin ir muy lejos, la noche anterior — y porque me dio pereza levantarme para encender el ordenador e ir por un DVD porno y porque me dio pena despertar a J, que dormía tras un agotador día de trabajo — lo había hecho de forma patética con la valiosa ayuda de mi vibrador realista en forma de pene (color negro), pero viendo el canal 25 de la tele local, que programa porno malísimo toda la noche, por lo general en una pantalla diminuta plagada de publicidad de contactos y escenas que se cortan dolorosamente en la mejor parte.

A medida que el embarazo evoluciona y se acerca el parto, otra vez el deseo disminuye. A veces, el problema no es la embarazada sino su marido. Entré a un chat y ahí había una a la que su esposo no le hacía el amor por miedo a dañar al bebé: « Pero mis hormonas no entienden eso y me masturbo todos los

días varias veces al día y trato de estar con mi amante todas las veces que pueda para saciar mis deseos». Una embarazada con amante. Eso sí que tiene gracia, no esta sesión masturbatoria. Cuando estaba a punto de irme, la chica insatisfecha me dirigió la palabra:

—Hola... ¿quién eres?

—Soy G, también estoy embarazada.

—Ah, OK. ¿Tienes fotos?

—Eh... sí. ¿Y tú?

—Acabo de poner una foto mía. Si me envías una tuya te mando una en la que se vea mi cara.

En la fotografía, la chica, embarazada de unos siete meses y desnuda, lucía acostada en algún lugar al aire libre. Yo puse una de las fotos más recatadas que me había tomado: una en la que estaba en ropa interior negra. A cambio me mostró otras tres fotos más, ahora sí con cara, una cara muy normal y muy seria. Era un poco pelirroja, incluso sus vellos púbicos lo eran. Llamé a J para compartir la experiencia del chat sexual con una embarazada. J se puso muy contento, pero me dijo que lo más probable era que fuera un timo para conseguir más fotos y colgarlas en la web. Me reí. Seguí conversando con mi colega embarazada, pero llegamos a un punto muerto.

—¿Tienes *webcam* ? —me preguntó.

—No.

—Entonces *bye* . Sin no hago nada.

Y se desconectó. Me dejó ahí.

Y todavía hay quien piensa que todas las embarazadas somos tiernas.

En Sant Jordi las fiestas literarias están en cada vuelta de esquina. Es el tercer año que me tocaba estar en esta gran fiesta catalana alrededor de la lectura y sobre todo alrededor del consumo de libros. Las callecitas de Barcelona se llenan de puestos de libros y las plazas de ferias y actos en pro de la lectura. Las editoriales, diarios y revistas, por su parte, organizan saraos en los que puede verse a los escritores de todo el orbe firmar libros, tomarse unas copas y hacer el ridículo. En años anteriores había acudido puntualmente a varias de esas fiestas acompañada por Ana. No sé qué era más sofisticado en ella, si sus gustos literarios o sus métodos de seducción, pero en todo caso era la compañía perfecta para esas noches de absoluto esnobismo. Empezábamos nuestro Sant Jordi en la fiesta del diario El Mundo, seguíamos en la fiesta por el premio de la revista Qué leer para morir en alguna pequeña recepción bañada en cava organizada por alguna editorial *indie* o agencia literaria en el bar más chic del Borne, rodeadas por lo general de periodistas y escritores de segunda fila, a los que Ana solía insultar. Al día

siguiente bailábamos hasta el amanecer en el ágape que la editorial Planeta celebraba en una discoteca más bien putona.

Ese año, sin embargo, algo había cambiado. Para empezar había decidido que iría a una o, como mucho, a un par de fiestas. Si bien todavía me sentía muy ágil y predispuesta, no estaba para fiestas continuadas. Solo con mi copa de vino reglamentaria o los dos vasos de cerveza que bebía cuando salía no hubiera podido mantenerme en alguna de esas fiestas interminables. Decidí que iría a la fiesta de Qué leer en el Ritz, que empezaba temprano, y que me dedicaría a comer. Fue cuando abrí mi armario y me di cuenta de la realidad: ni uno solo de mis vestidos me quedaba, es más, ninguno lograba subir por mis caderas o bajar por mis pechos. Desde mi primer gran ensanchamiento, había usado ropa muy suelta y veraniega, sobre todo en Perú, pero desde mi vuelta a España no me había quitado el pijama, ni me había preocupado por ir a una de esas tiendas de ropa de premamá. De hecho, había decidido que no usaría nunca ropa XXL, y menos aquella tan cursi hecha especialmente para embarazadas. Prefería usar pantalones anchos y camisetas pegadas que marcaran mis amplias curvas y dejaran al descubierto el marsupial. Me parecía *sexy* enseñar el ombligo con aquella panza, y creo que nunca como en ese momento lo había mostrado con tanto descaro. Luego descubrí que no era nada original de mi parte y que yo pertenecía al grupo de «las que mostraban» frente a la tendencia opuesta: «las que ocultaban». Dos maneras de estar embarazada «que oscilaban entre la comodidad y el deseo de seducción», decía el manual que al parecer tenía una horrible frase para casi todo. La moda mandaba mostrar el vientre, así que mi intuición no me engañaba.

No podía ponerme uno de mis conjuntos de *chica-embarazada-sexy-en-casa* para ir al Ritz. Era un hecho. Cualquier cosa que me pusiera me hacía ver como lo que era: una conmovedora mujer esperando un bebé. Y no se me ocurría una imagen menos apropiada de mí misma para una fiesta de esas. Llamé desesperada a Mica, mi fiel amiga especialista en *styling*, que acudió en mi ayuda con algunos de sus trapos y accesorios más queridos. Pasamos un buen rato haciendo combinaciones, pero cuando me di cuenta J estaba correctísimamente vestido esperándome al lado de la puerta y mirando el reloj. La crisis llegaba a su fin.

—Vamos.

—No voy.

—Después te arrepentirás.

Y no fui. Al día siguiente me arrepentiría, pero en ese momento me sentí aliviada tirada en el sofá, devorando pipas y viendo tele con Mica. Algo estaba cambiando. O me compraba ropa que nunca más volvería a usar en la vida (todas las embarazadas albergamos la esperanza de recuperar nuestro peso original y volver a ponernos todo lo que en ese instante descansaba en el armario) o me retiraba temporalmente de la *nitghlife* de figurín. Opté por lo segundo. Tampoco me iba a morir por perderme unas cuantas fiestas. Sonó el teléfono. Era Ana, mejor dicho, un escritor X que llamaba de parte de Ana para decirme que por favor llevara desodorante porque mi amiga había

olvidado ponerse. Le dije al sujeto que le dijera que no pensaba ir. Ana me llamó al poco rato.

—¿Dónde coño estás?

—En mi casa. No voy.

—¡¡¿Por qué?!!

—Porque no tengo nada que ponerme.

—No seas gilipollas. ¡Ponte tu vestido verde!

—No me entra.

—Dios, si quieres vamos a casa y buscamos algo. —Olvídalo. Te llamo luego. Pásalo bien.

Mi intensa vida social se iba en picada. Al día siguiente, invité a comer a un grupo de amigos a mi terraza, que era lo único bueno que tenía mi pequeño departamento de mierda. Acabábamos de comprar una mesa y sillas, una sombrilla y una tumbona, de cara al verano y calculando que pasaría los próximos meses metida en esta casa. Durante la mañana J y yo habíamos estado limpiando y haciendo una necesaria purga de libros. A J le enviaban libros todas las semanas a la revista y vivíamos casi sepultados por novedades editoriales. El bebé llegaría en unos meses y había que hacerle espacio. Improvisé un puesto como los que se ponían en la Rambla durante la fiesta, con libros y rosas rojas. Hicimos una barbacoa y regalamos nuestros libros. A partir de aquí iba a conformarme con matinés en las que de preferencia hubiera mucha comida. Repito: mi intensa vida social se iba en picada.

Durante un embarazo sin complicaciones deben realizarse al menos tres ecografías: la primera, entre la sexta y la duodécima semana, para el diagnóstico del embarazo, la segunda entre la semana 16 y la 20, para detectar malformaciones fetales y la tercera en la semana 32 para controlar el crecimiento fetal. Yo iba a someterme a la segunda ecografía, que también permite averiguar el sexo del bebé.

Había cumplido las veinte semanas, y esto me daba derecho a enterarme de si esperaba un niño o una niña, a no ser que se tratara de un bebé pudoroso o con sorpresa, en cuyo caso ocultaría su vergüenza con alguna pose rara, a veces incluso hasta el mismo día del parto.

Hay padres, pocos pero los hay, que prefieren que el ginecólogo no les diga de qué sexo es su hijo. Estos extraños seres creen en una vuelta a lo natural, a los tiempos en que no existía el ecógrafo y la gente hacía apuestas a ver si era una mujer o un hombre. En el otro extremo están los no menos raros que quieren saberlo de inmediato porque apenas lo saben le ponen un nombre y ya nunca más lo llaman «el bebé», sino Jimena o Sebastián. Y hablan de él o ella como si estuviera a su costado y por poco y no le ponen un lugar en la mesa y te hacen saludarlo por su nombre cuando llegas a visitarlos. Esta

gente también piensa que lo mejor es saberlo para decidir si comprarles ropa azul o rosa.

Por mi parte, ya estaba bastante harta de tener que ubicarme siempre en un lado de alguna estúpida controversia. En el mundo de absoluta incertidumbre en que vivimos las mujeres fertilizadas cualquier cosa es un tema de Estado. Somos tan manipulables que damos asco. Escuchamos a nuestra madre, a nuestra suegra, a nuestra prima, a nuestras amigas, todas dicen cosas distintas y a todas les creemos. En general tenemos la cabeza como un ovillo. Yo intentaba escuchar solo a algunas. Por ejemplo, a mi amiga vasca Aixi. Antes era una viajera impenitente que veía poco probable tener un hijo en esta vida. Pues ahora tenía una hermosa niña de dos meses. El temperamento de Aixi la hacía tomar una posición militante para casi todo. Cuando estaba con ella, la maternidad parecía, además de un hecho natural, un hecho político: decidir darle chupón al niño te definía, te hacía llevar un camino distinto a otro y había que asumirlo con consecuencia: si llevas a tu hijo en coche eres un tipo de madre, pero si lo llevas colgado de tu cuerpo en un *foulard* eres de otra. Has de decidir si serás de esas madres obedientes que cumplen rigurosamente el calendario de vacunaciones porque se lo dice el pediatra o de las que creen que las vacunas son inventos de los grandes laboratorios para enriquecerse a costa de nuestros hijos. ¿Qué eliges? ¿Los llevarás o no al pediatra? ¿Usarás cremas antiestrías o aceites de pera? ¿Te pondrás gel antigrietas o usarás tu propia leche para aliviar el dolor de tus pezones? ¿Dormirá el bebé en tu cuarto, en tu cama, o tendrá su propia habitación? ¿Lo cogerás en brazos cuando lllore o lo dejarás llorando para que no se malacostumbre? ¿Elegirás un parto con anestesia o sin anestesia? ¿Querrás que te lo pongan en el pecho cuando nazca o dejarás que se lo lleven para lavarlo? ¿Cortará tu marido el cordón o se dedicará a tomar fotos? ¿Dejarás que te goteen oxitocina para acelerar el parto o querrás un parto de 48 horas? ¿Dejarás que te corten el perineo o protestarás? ¿Le darás alimentos triturados antes de los seis meses o solo leche? ¿Hombre o mujer? Posiciónate, posiciónate, ¡¡¡posiciónate!!!

El sexo del bebé como determinante estético. Todas las que han sido madres se sienten un poco pitonisas. La mayoría de madres con las que me topé me dijeron que «me veían cara de que iba a ser mujercita». He escuchado esta teoría una decena de veces: estar embarazada de una mujer te pone fea porque la bebé roba la belleza a la madre; estar embarazada de un hombre te pone guapa porque sí. Lo peor de todo es que he escuchado la misma cantidad de veces la teoría inversa: bella si esperas una niña y fea si esperas un niño. Otro de los mitos para partir a hachazos. Es de suponerse que si llevas un mal embarazo, sea el pequeño del sexo que fuera, si vives vomitando y con dolores horribles, puedes apostar lo que sea a que no querrás preguntarle al espejito quién es la más bella del reino. Ahora, si, muy por el contrario, te sientes estupenda y la gente te presta más atención de lo debido, pues empezarás a aprovecharte de ese plus de interés en tu persona y lo retroalimentarás arreglándote un poco más que de costumbre. La diferencia está entre un embarazo jodido y un embarazo no jodido. Esa era por el momento mi única hipótesis.

Un manual para embarazadas tiene por supuesto un capítulo llamado «Bella durante el embarazo». Los consejos son muy interesantes. Hay que partir del

hecho, dicen, de que cuando la silueta se expande es muy difícil sentirse seductora. Solo podía pensar en aquel chiste de Maitena (y cuando yo pienso en algún chiste de Maitena es que algo no va bien) en el que describe a dos tipos de embarazadas: la embarazada *sexy*, que no obstante la tierna pancita conserva su escultural cuerpo con un par de nuevas tetas, lo que provoca a su paso un «¡Ay mamita!» de gusto; y la embarazada-cuerpo de nevera, que lo que provoca es un «¡Ay mamita!» pero de terror.

Uno de los libros recomienda aprovechar el cutis resplandeciente típico de una embarazada y usar maquillaje que destaque por su simplicidad y suavidad. Sé de mujeres a las que durante el embarazo les han brotado pelos y manchas en la cara, así que para estas no vale el consejo. Otra recomendación es usar perfumes y fragancias frescas, pues «las embarazadas sudan mucho», un nuevo eufemismo que significa que a las embarazadas les huelen mal las axilas. Cerré el libro y me fui a bañar.

No sé si esta información que encontré en una web especializada tenía alguna base científica, lo cierto es que sonaba muy absurda.

Usted estaría esperando un varoncito si:

La tasa de latidos cardíacos fetales fuera inferior a 140 por minuto.

Su panza tuviera una forma algo baja y puntiaguda.

Su orina fuera de un color amarillo cristalino.

Su pecho derecho estuviera más inflamado que el izquierdo.

Usted no hubiera experimentado ninguna clase de náusea matinal durante el primer trimestre de su embarazo.

Por el contrario, usted estaría esperando una niña si:

La tasa de latidos cardíacos fetales fuera superior a 140 por minuto.

Su panza tuviera una forma alta y estuviera bien formada (rellenita).

Su orina fuera clara.

Su pecho izquierdo fuera más grande o estuviera más inflamado que su pecho derecho.

Usted durmiera recostada sobre su lado derecho.

En cuanto a las respuestas del test: mi panza no era ni baja ni puntiaguda, más bien alta y redonda. Mi orina quizá sí tuviera un color amarillo, pero nada fuera de lo normal. Lo de los pechos era aún más complicado porque yo los veía iguales. La última opción era inquietante: yo había tenido náuseas en el primer trimestre. A esto hay que sumarle que todos no dejaban de mencionar lo guapa que estaba. ¿Mentían o esperaba una niña?

Había vuelto a casa.

Había tirado la basura.

Me había bebido un vaso de leche fría y salpicado el suelo de gotas blancas.

Estaba sola. Despacio, había ordenado una vez más la carpeta en la que archivaba toda la papelería reciente sobre mi gestación. La carpeta que contaba los últimos días de mi vida o los primeros de alguien más. De repente mi historia era la historia de *otro*. Mi carnet de chica embarazada con los análisis al día y la imagen de la segunda ecografía que acababa de hacerme. Una de ellas era una silueta cabezona con la mano extendida. La otra era un *zoom* de sus genitales.

Aquella tarde, el médico y su aprendiz me esperaban listos para su clase práctica sobre ecografía de alta resolución. Estaba claro que yo sería su conejillo de indias. Una vez más me sorprendía cómo los médicos podían vivir al margen completamente de las personas y sus historias, hablando todo el tiempo solo de órganos y pedazos de cuerpo, siempre en su propio y complejo idioma, interactuando solo con sus iguales y haciéndote sentir un convidado de piedra en una escena de tu vida. De eso a las esterilizaciones abusivas había apenas unos cuantos pasos. Una vez leí que allá por 1971 se fundó en Los Ángeles un instituto en el que enseñaban a las mujeres a mirarse dentro de la vagina con un espéculo y un espejo. Tenía mucho sentido no depender de los profesionales de la salud para todos nuestros asuntos internos, sobre todo sexuales y reproductivos.

El ecografista parecía muy experimentado e iba explicándole todo al becario cuatroojos que miraba mis entrañas como si fueran la Playstation.

—¿Ves qué diferente? —le decía—. Esta mujer es una primeriza. Mira la forma de su útero.

Encima, al parecer, la clase era de Ecografía Comparada. Embadurné mi vientre con aquel gel y al repasar el aparato sobre mí pude ver al feto, con su cabeza desproporcionada y su cuerpo encogido. Había cambiado desde la última vez. El médico comenzó a mirar por la tele en blanco y negro y a contabilizar sus órganos, comprobó que las extremidades estaban completas. Que había pulmones, que el corazón estaba en su sitio, que el cráneo había crecido lo necesario, que el riñón y el hígado funcionaban bien. Los hospitales públicos no suelen usar la tecnología 3D y 4D porque la tradicional ofrece casi la misma efectividad y porque son sistemas muy costosos. En una consulta privada hacerte una de estas ecografías puede costarte unos 180 euros. Cualquiera inescrupuloso que cuente con uno de estos aparatos y ningún conocimiento médico puede hacer negocio con las fotos y videos del embarazo. Me conformé con la modesta, plana y algo anticuada pero fiable visión de mi primogénito. En esa resolución patética ni siquiera podía afirmar que fuera fotogénico.

—¿Qué es, hombre o mujer? —pregunté ansiosa.

—Espere un momento. Por ahora estamos viendo cosas más importantes.

Para los solemnes médicos, lo del sexo es un tema secundario. Digamos que era la noticia sensacionalista del día, la que los periódicos pondrán como titular no por su importancia sino por su impacto. Lo verdaderamente importante es que gracias a este diagnóstico se lograrán detectar las principales malformaciones fetales. Se sabe que entre el 3 y el 6 por ciento de bebés tendrán anomalías (de ese porcentaje hasta un 12 por ciento serán anomalías cromosopatías o alteraciones genéticas pero para eso habrá que hacerse otros tipos de diagnóstico porque la ecografía no lo detecta). Ya sea que existan problemas en la circulación sanguínea entre feto y madre, ya sea que los haya en la estructura morfológica del bebé. Si estas lesiones son incompatibles con la vida, justo en este punto se puede tomar la decisión médica de interrumpir el embarazo.

—Bueno, se ve claramente que es una niña. No hay ninguna duda.

Bien, me había librado del espinoso tema de decidir si circuncidarlo o no. Era un hecho que ni le pondría pendientes. A ver si después del trauma que significa nacer encima lo recibes con un tajo.

24 de abril de 2006, lunes

Querida X:

Habíamos vuelto a casa.

Sí, ahora estábamos solas las dos. No soy de las que hablan por los codos, y menos con gente que no puede (o no quiere) contestarme. De hecho, agradecerás que sea así en el futuro. Además, tú no necesitas que yo abra la boca, te basta con que esté viva y con los ruidos que hace mi cuerpo y mi corazón. A mí me basta con que de vez en cuando me des una patada por dentro.

Solo quería decirte que es una suerte que no hubieras nacido cien años antes y mucho mejor que no fuera hace doscientos, mejor para ti y para mí, claro está. Y que no viviéramos en, por ejemplo, Irán o Ciudad Juárez. Porque si no, mi querida niña, no hubieras sido una buena noticia. Hubieras sido una llamada explícita a la insurrección.

Te escribo porque tengo algo muy concreto que contarte. Solía pensarte como uno de esos bichos caseros invisibles a nuestros ojos que hacen su vida en medio de nuestra sala; pero hoy te vi y creo que me saludaste con una mano. Ergo: no eres un bicho. Eres mucho mejor que un bicho. Desde que supe que estaba en cinta te llamé «bebito». Se supone que era un trato neutral, pero en realidad escondía mi deseo de que fueras un niño. Temía el escollo psicológico que podía suponer un hijo del mismo sexo. Estupideces que te

enseñan en la universidad. Ahora debía, de repente, hacerme a la idea de que eres una bebé.

Lo que me resulta más problemático es tratar de *ella* a alguien a quien siempre he tratado de *él*, más o menos como cuando un amigo decide cambiarse de sexo. Ya lo entenderás. Un beso. Nos vemos pronto.

Hoy una mujer con cierto toque posfeminista tiene la opción de ser de todo un poco: de usar anticonceptivos y posponer su maternidad, de abortar en caso de descuido o confusión mental. Puede casarse o convivir, ser economista o ama de casa, y ambas cosas a la vez. Pero también puede en lugar de dar a luz en un hospital, hacerlo en su casa y en el agua, con la ayuda de una comadrona y siempre ser coherente. Puede tener un hijo y renunciar a su puesto de alta ejecutiva en una multinacional para pasar más tiempo con él. Una mujer liberada y la madre ideal. ¿Se puede con todo?

Yo al menos estaba encontrando problemas para verme como una posfeminista. Me había apuntado al servicio de empleos del gobierno de Cataluña, pero nadie me había llamado. Nadie quiere a una embarazada. Somos seres antiestéticos en el entorno laboral. No me sorprendió. De esta manera al menos podría probar ante el gobierno cuando fuera a renovar mi residencia que no había trabajado no porque yo no quisiera sino porque nadie había querido contratarme. Pero eso no me libraba de tener que conseguir un trabajo cuanto antes. Necesitaba cotizar en la seguridad social durante un tiempo más para tener derecho a una remuneración durante los cuatro meses que por ley iba a cuidar a mi bebé en casa.

Tuve que echar mano de todos los amigos que tenía. A mí no me lo parecía tanto, pero a juzgar por la cara que ponían cuando les contaba mi historia, el mío era un caso bastante penoso, así que muchos se interesaron y dijeron que si se enteraban de algo me avisarían. En el primer mundo la mayoría de la gente se embaraza cuando ya tiene elegido el colegio para los niños, no cuando se han quedado sin nada. Estuve a punto de ser fichada como asistente de prensa en una pequeña editorial que me ofrecía hacerme un contrato de tres meses, sin sueldo y teniéndome que pagar yo misma la seguridad social, pero por fortuna no resultó. Me llené de desesperanza. Por fin me llamó una excompañera de la difunta revista *Lateral* y me contó que su cuñado trabajaba para el gremio de veterinarios y que necesitaban a una chica que se sentara seis horas al día a introducir nombres de perros y gatos con sus correspondientes chips en una gigantesca base de datos. Yo era una periodista que alguna vez, durante su primera época en Barcelona, había tenido que subir una montaña con una pesada mochila llena de *flyers* de una pizzería llamada Sapri y atiborrar los buzones puerta por puerta, temerosa del odio desmedido que provocaba el correo comercial entre los ciudadanos. Yo me había visto obligada a lavar enormes y grasosas sartenes de paella hasta pelarme las manos bajo el yugo de una mujer marroquí tremendamente gorda que no hablaba ni una sola palabra en castellano.

¿Qué más podía pedir? Progresaba en la vida.

6MAYO

Una vez más la vida es como Second Life y no viceversa. «*Bundle of Joy*» (puñado de felicidad) es la clínica maternidad de ese mundo paralelo, el lugar al que debe acudir el avatar que desee salir embarazado. En esta tienda virtual de la fertilidad se puede obtener una barriga a 500 Linden Dollars y por muchos menos unos estupendos modelos de ropa de premamá. Ahí se compran bebés. Todos pueden quedar embarazados, hombres y mujeres, así como escoger el color de los ojos, la piel de su pequeño y hasta la especie: antropomórfica, *cyborg*, etcétera. La maternidad de SL la creó un avatar que no podía tener hijos y pensó que con ello podría ayudar a muchos otros como ella. Las ventajas saltan a la vista: el período de gestación solo dura 21 días, se puede abortar legalmente y sin remordimientos, ni molestias físicas, lo mismo para parir y, por si fuera poco, si al nacer el vástago resulta un engorro también se le puede archivar sin problema y seguir como si nada hubiera pasado. Pero yo, qué más da, me muevo dentro de la primera vida y, no obstante, tampoco es tan distinto. Los avatares de carne y hueso que voy encontrando a mi paso también están customizados y para tener hijos han hecho cosas mucho peores. Han tenido una segunda oportunidad para vivir lo que querían vivir.

¿Qué lleva a alguien a ansiar convertirse en madre/padre aunque esto suponga ir incluso contra su propia naturaleza, exponiéndose a la incomprensión y al aislamiento social? ¿Cómo diablos funciona nuestro reloj biológico, quién le pone o le quita las pilas?

«MY BUNDLE OF JOY»

Avatar: Gemma

Apariencia: Cabello negro, rizado. Gafas. Chaqueta azul.

Soy la modista con menopausia precoz que colgó carteles en las universidades ofreciendo 800 euros por los óvulos de una chica joven. Soy la que entró a un foro de Internet y descubrió que existían chicas que ofrecían sus óvulos por dinero. Soy la que Alelí, una chica rubia de 20 años que limpiaba una escalera, llamó para ofrecer sus óvulos y así se volvió la última esperanza para que mi árbol genealógico no se convirtiera en una ramita seca. A cambio de los óvulos de Alelí, el hospital me dio otros de una mujer anónima. Antes de todo esto yo me sentía como una gallina vieja empollando huevos huecos. A ver, tampoco pienso que si no tengo un hijo mi sangre se volverá veneno, pero es más ingenuo pensar que en pleno siglo XXI todavía hay cosas imposibles, ¿o no lo creéis? Por eso lo intenté. Quiero óvulos frescos de niñas fértiles, huevecillos ajenos capaces de florecer para usarlos como si fueran míos, para que entre gallos y media noche se mezclen sin amor con el semen de mi

marido en un esterilizado tubo de ensayo. La inmaculada concepción a través de la inseminación artificial. Sin sexo, sin placer, cambiando la cama por el laboratorio. Un día grité de horror ante la inminencia del desierto biológico y me dije que pagaría lo que fuera por quedar preñada. Philip Roth, un escritor que suelo leer mucho, tiene una buena explicación a esto de los hijos: uno los tiene para escuchar algo más en medio de los gemidos del placer sexual y los estertores de la muerte. Yo en esa elipsis quiero escuchar el llanto de un bebé. No quiero una niña china encontrada en una acequia. Eso está bien para Angelina Jolie. No quiero que nadie sepa lo buena que soy ni lo buenos que habéis sido conmigo. Quiero parirlo y quizá algún día le diga la verdad de su origen, le hable de esta chica rubia que limpiaba escaleras. Quiero amamantarlo —como haría, en un hipotético documental de la National Geographic, una elefanta a un cachorro de hiena— a ese niño intruso, aquel híbrido resultado de los genes de mi esposo y de los de esos óvulos, que no sacaré ni mi nariz respingada, ni mi mirada perdida, ni mi sonrisa tristonera. Quiero acogerlo durante nueve meses, que se acordone a mí, darle de comer lo que mastico, dejar de fumar en su nombre, enseñarle a escuchar el rumor del Mediterráneo y parirlo en una escena sangrienta, de preferencia filmada con una cámara de vídeo casera. Quiero un amor irracional. Pero tenéis que saber también que el último tratamiento no fue bien. Descubrieron que tenía el cuello del útero muy estrecho. Otra de las bromas pesadas de Mamá natura. Otro reto para la hermana Ciencia. Mi hijo espera congelado que mejore el clima. Sé que pronto podré contarle qué día y a qué hora exacta ocurrió su concepción, algo que el resto de niños no puede saber. Le contaré que vi en una pantalla el inicio de la vida, de su vida, como una película de ciencia ficción. Tiene que gustarle, ¿no lo creéis?

Avatar: Alelí

Apariencia: rubia, alta, 19 años, ojos azules, ropa de algodón.

Hace un tiempo me robaron mi bicicleta por dejarla toda la noche encadenada a un árbol. Increíblemente, tres días después, mientras me tomaba una Coca-Cola con una amiga en la playa de la Barceloneta vi pasar mi vieja bicicleta pintada de azul eléctrico. ¡Estaba a varios kilómetros de dónde me la habían robado! Hay cosas que vuelven a uno, por alguna razón, supongo que porque uno lo quiere con mucha fuerza y otras que no vuelven, que hay que olvidarlas, dejar que se pierdan para siempre. ¿Que si creo que alguna vez tocará mi puerta un chico de veinte años con un aire familiar y al servirle una taza de café lo derribará sin querer sobre el mantel como hago yo todas las mañanas? Te pregunto a ti: ¿qué harías si una señora que no conoces de nada apareciera en un talk *show* asegurando que es tu «verdadera» madre? ¿No es una buena razón para no ver ese tipo de programas? Pues lo mismo. Para qué pensar en estas cosas. No sirve de mucho.

Me dices que soy demasiado buena y positiva, un ser altruista; pues sí, lo soy; me preguntas si no siento una curiosidad insana, un morbo especial, si no me ronda un fantasma por las noches. Y no, cómo hacerte entender que el dinero es solo un aliciente, que mi verdadero sentimiento es que estoy haciendo algo bueno para ganármelo. Mucha gente me acusa de estar vendiendo hijos. ¡Pero si no los voy a tener dentro de mí! De hecho, si no los dono voy a tener la regla y se van a ir por el desagüe.

Creo que estoy tan ansiosa o más que Gemma por ver a ese bebé. Espero ser como una tía para la criatura. Gemma y yo nos hicimos inseparables en las salas del hospital, cuando nos tocaba inyectarnos juntas, y desde aquellos días ella es como una segunda madre para mí.

¿Qué es una madre? Para mí es lo más parecido a una gigante que huele a leche, a una leona con cerebro, colmillos de vampiro, ojos de sirena y boca de caverna de Platón.

Los casi mil euros están bien pero seguiré cuidando ancianos y fregando escaleras, y si Dios quiere un día estudiaré diseño de interiores.

Avatar: Ale

Apariencia: 1,60 m. Morena. Ropa colorida.

Soy una futura madre soltera aunque el padre está loco por incorporarse al plan. En Lima era actriz de teatro pero en Barcelona trabajo en un bar, no deseo nada en la vida que me esclavice. Hago lo que me provoca y ya. No me interesan ni el éxito ni el reconocimiento, ni el hacer grandes cosas. Ya hay muchos en ello. Para mí tener tiempo libre y poder disfrutarlo es lo más valioso. Al mundo no le faltan mejores profesionales ni mejores artistas sino mejores seres humanos. Para qué quiero un supertrabajo si luego se me va la vida en ello. Soy de las que deja que la vida le sorprenda. Tengo 33 años y me imagino que mi reloj biológico estalló. Hace tres años aborté un bebé que deseaba, solo por sensatez y no por sentimiento. Todavía no tenía papeles, el padre de aquel bebé ni siquiera estaba en Barcelona y manteníamos una relación incierta. Según una persona con criterio no era una opción viable. Nunca me perdoné no haber tenido el valor de arriesgarme, era algo que me debía a mí misma. Aquel potencial padre desapareció y poco tiempo después me enamoré (y sigo enamorada) de un chico que definitivamente no quiere tener un hijo porque ya tiene uno. Como no pude hacerlo cambiar de opinión decidí ir por el mío. Me concentré en la «operación bebé». No tardé nada. Ni bien comenzada la operación ya estaba felizmente fecundada por un joven músico callejero y salvaje que tuvo a bien entenderme y colaborar de manera eficaz y desinteresada. El primer mes estaba bastante chiflada, histérica, no tenía ganas de ver a nadie, me sentía rara y desorientada y hasta mis amigos más queridos me caían sumamente mal. Una pesada. Así estaba. Ahora estoy feliz. Claro que es duro combinar el trabajo y todo eso, pero lo vale. No tengo muchas ganas de sexo, la verdad, y eso que yo antes era una campeona. Con el padre ya no estoy, fue un mero colaborador, la relación sexual duró lo que el apareamiento, aunque ahora de hecho nos hacemos cariñitos y cositas pero nada de penetración, imagino que psicológicamente esto me ayuda a desvincularme de él. Con mi ex tenemos cierto vínculo sexual a pesar del embarazo que ha devenido en ternura y cuidado, nada de salvajadas, claro. Así que el sexo no es un problema. El mayor reto de hacerlo sola es además de la economía, el no poder compartir responsabilidades. Tengo que resolverlo todo sola o casi todo. Teóricamente es más fácil entre dos pero la ventaja de hacerlo sola es que no hay conflictos. Hay algo más que estoy descubriendo: no tener pareja no significa que una esté completamente sola. Hay una red de relaciones. Es sorprendente lo mimada que estoy. No tengo

una pareja que me cuide pero tengo a 5 o 6 personas muy pendientes de mí. Ahora tengo solo cuatro meses de embarazo. No sé qué pasará después. Soy Ale y no estoy sola.

Avatar: Maribel

Apariencia: 38 años. Blanca. Ojos claros. Delgada.

No he sido una Susanita (la de Mafalda) que soñó toda la vida con tener hijitos. Por deformación profesional (soy antropóloga), creo en las cosas construidas, en la relatividad cultural y todo ese rollo, pero también nací dentro de una familia, dentro de un esquema social y cultural. Estuve casada con un hombre y de alguna manera eso era lo que se esperaba de mí, incluyendo que tuviera hijos. Cuando conocí a Tati, cuando asumí todo lo que significaba estar con Tati, el descubrimiento, la libertad, la plenitud que implicó asumirme, hubo una renuncia quizá implícita a tener un hijo o un aplazamiento. Lo que vivíamos en ese momento lo llenaba todo. Estar con ella era más importante que cualquier idea de tener un hijo en el futuro. Luego vinimos a España. En Lima habíamos abierto espacios pero seguía siendo como un gran armario. Recuerdo la primera vez que fuimos a la marcha del orgullo gay en Madrid. Había mucha gente que desfilaba con el lema «Igualdad ya» y pedía el derecho al matrimonio. Yo aluciné. A pesar de todo lo recorrido, pensé: Es posible, esto se puede pedir. Más que descubrir nuestros derechos fue darnos cuenta de hasta qué punto tú misma no te aceptas. En este contexto, Tati y yo empezamos a plantearnos ser madres.

Para mí querer ser madre ha sido en primer lugar un proceso de recuperación de ese viejo deseo y algo que surge claramente en pareja. Nuestra hija es producto de nosotras como pareja, mucho más allá de lo que convencionalmente se puede creer. A diferencia de otras parejas en que solo una quiere gestar, en nuestro caso ambas queríamos pasar por la experiencia, así que decidimos que tendríamos uno cada una. Elegimos empezar con Tati porque era un poco mayor que yo.

Tuve que trabajar mucho el tema del vínculo. Me apliqué muchísimo en conseguirlo. No solo porque fuéramos dos mamás sino también por ser yo una mamá no biológica. El otro día una amiga me hablaba del embarazo diciendo que era una lástima para los hombres perderse esa experiencia y me sonó muy extraño porque yo no estaba embarazada y sin embargo viví el embarazo de Tati como si fuera mío.

Cuando nació nuestra hija fue una nueva salida del armario. El mundo tenía que enterarse: la panadera, la cajera del supermercado, la vecina. Queríamos conseguir esta cotidianidad. El mundo está preparado solo para una mamá y había que desengañarlo.

Ahora la embarazada soy yo y me pasa algo raro: creía que cuando me tocara ya no habría que crear el vínculo, que el vínculo ya estaría creado por lo biológico, pero no, me he dado cuenta que hay que crearlo igual. Creo que a todas las madres les pasa con el segundo hijo, creen que no serán capaces de amar a otro niño como aman al primero. Es lo mismo.

Fue impresionante ver el parto de Tati y ahora voy a vivirlo desde el otro lado. Y ella también. Creo que esa sí es una de esas pocas cosas que solo podemos hacer las lesbianas.

Avatar: Maruja

Apariencia: Pelirroja. Alta. Ojos oscuros.

Tomé esas pastillas y a los diez días una gota blanca mojó mi pezón. Lo acerqué a mi pecho y le dije que chupara. Al principio lo rechazó. Ya llevaba buen tiempo tomando biberón. Soltaba el pezón y yo se lo devolvía a la boca, se lo metía con mi dedo. Sus intentos vanos me producían mucho dolor en los pezones, comenzaron a agrietarse. Un día consiguió chuparlo y no paró. Era tan perfecto ver a mi niño, con su piel oscura, chupar mi blanca y lánguida teta. A él lo trajimos de África, su mamá murió de Sida, pero afortunadamente no le transmitió el virus.

Llevaba más de una década intentando embarazarme. Siempre quise ser madre. El proceso de adopción fue sumamente largo y agobiante, creo que es mucho más doloroso que un parto. Estuve a punto de tirar la toalla varias veces hasta que por fin nos dieron el certificado de idoneidad. Apenas lo tuvimos empezamos con el resto del papeleo. Como dice en un libro que leí, las madres adoptivas tenemos embarazos de elefantas, de esos que duran más de dos años.

Los comprimidos que tomo se llaman sulpiridina, creo, e inducen la producción de prolactina y oxitocina, que responde al estímulo de la succión. La lactancia inducida es la solución para madres adoptivas como yo que quieren estrechar el vínculo con sus niños. Somos tan diferentes físicamente que tienen que unirnos otras cosas. No sé si esto me haga una madre biológica, como algunos dicen, pero mientras le doy el pecho nuestros ojos se entrecruzan y conversan. Es como si por fin nos perteneciéramos.

Avatar: Dora

Apariencia: Grande. Sucia. Pelos enmarañados.

A mi madre la mató mi padre. Le cortó el pescuezo porque era pollero en el mercado del Agustino y sabía cómo se cortaba cada trozo para no dejar huesos sueltos. Yo tenía diez años pero ese día supe que un ser humano salpica mil veces más que un pollo. Por eso estoy manchada de sangre. Aunque no es la sangre de mi madre, creo. Yo maté a otro, no era un pollo, era un cerdo, sin cuchillo, para qué, si tenía mis manos, mis manos están tan sucias que dan miedo. Ya no importa. El hecho es que estoy aquí, como dentro de una piedra. Sí, estoy dentro de una roca muda que está dentro de una montaña llena de rocas desbarrancándose. A veces creo que nunca llegaremos a caer del todo. O que este es un abismo sin fondo. A veces la libertad me da más miedo que la cárcel. Cuando me encerraron yo ni siquiera lo sabía. Cuando pasas mucho tiempo en la calle te olvidas cuándo fue la última vez que comiste y qué fue lo que comiste. Es lo mismo con lo otro. No sé cómo llegó ese bebé ahí dentro, solo sé que crece intramuros, como yo, y

que el pobrecito nacerá y seguirá estando intramuros. Al menos hasta los tres años, cuando por ley me lo vuelvan a extirpar y lo echen a la misma calle de la que salí. Desde que me ha crecido la barriga los celadores me tratan mejor y también las reclusas. Todas me dicen qué vivaza has sido, china, para venir con tu guagua a cuestras, a las mamas presas les caen beneficios penitenciarios, te ganaste, gordita. Muchas acá estamos sin nuestros hijos sufriendo en el día de la madre y también el resto de días, pero tú lo vas a tener contigo, para acompañarte bajo la frazada llena de pulgas en las noches en que darías todo por ser un gas pestífero que se escapa por debajo de la puerta. Pero yo no sé qué contestar. Solo pongo mi plato de arroz con pollo sobre mi barriga abultada como si esta fuera una mesa plegable y arranco unas hilachas con los dientes, con mis manos sucias. Aquí no usamos cuchillos. Cuando nazca le tendré que enseñar a comer como nosotras.

Avatar: Sheila

Apariencia: Alta. Cabello rizados. Narizona.

Yo que sé por qué a la gente le resulta tan difícil aceptar que algunas no queremos ser madres. No digo ahora sino nunca. No quiero ser mamá jamás. No es que no haya encontrado el hombre perfecto. De hecho creo tener un hombre perfecto a mi lado y lo sé porque está de acuerdo conmigo en esto. Es solo que no me seduce la idea de convertirme en un mero receptáculo, de deformarme el cuerpo y morir de dolor en una sala de parto para traer al mundo un crío que me haga la vida imposible. No me hace ninguna gracia dejar de ser el centro de mi vida, la persona mimada de la casa y la adoración de mamá por veinte largos años, que es lo que tarda una cría humana en independizarse y solo porque por fin te atreviste a echarlo de una patada en el culo. ¿Por qué creés que me hago la interesante? Lo mío no es pose, es lucidez. He visto a mi hermana joderse la vida con el crío, digámoslo claro, con el pequeño dictador que tiene por hijo. Ella y otras madres viven en un permanente estado de depresión posparto no asumido. He llegado a pensar que el gobierno debería poner anuncios en las calles con un *slogan* como «No lo intentes», «A los embarazos deciles no» o «Buscá buenos amigos, no tengas bebés», como en aquellas campañas antidrogas, con las fotos de antes y después de tener un hijo. A ver si así por fin se dan cuenta.

7JUNIO

Subiendo y bajando con mi pesada barriga endurecida a cuestras bajo el sol hiriente, contrayendo y relajando el perineo, iba cada mañana en metro hasta la estación de Guinardó. Desde allí caminaba unas ocho calles hasta llegar a la oficina. De regreso de la oficina, el trayecto era aún más hostil. El sol de las dos de la tarde caía directamente sobre mi rostro. Era como esos rubores violentos. El sol daba vueltas como una nave y se posaba en mi cabeza, de la nave salía un pequeño pájaro carpintero que picaba mi vientre como si yo fuera un tronco seco y extraía con una lengua filuda pequeños gusanos. Despertaba, seguía andando por el Passeig de Maragall. Me había convertido en la Boa Constrictor Nebulosus que daba a luz sesenta crías vivas de diez centímetros sobre el pavimento. El policía detenía el tráfico pero me ponía una multa. Al lado del metro estaba la churrera rumana, cada vez más gorda, sumergiendo con sus dedos la masa en el aceite hirviendo, escuchando «Brindaremos por ti» de Massiel. Abría los ojos y entraba en la boca del metro o en la boca del túnel del tiempo de la que colgaban como babas las lianas de ayahuasca. Todo había oscurecido. Dentro estábamos J y yo y otra chica haciendo el amor pero el bebé que habíamos dejado durmiendo sobre el suelo rompía a llorar y teníamos que dejar de hacerlo, vestirnos y tomar un taxi. Salía del subterráneo, la luz me cegaba, me encontraba con el pequeño viejo de la guayabera blanca y la prostituta africana pidiéndole que le comprara un algodón de azúcar. Desde los árboles nos miraban unos monos blancos. Al fondo, se incendiaba un antiguo granero del que salían cuervos. Veía aparecer la Sagrada Familia, ya estaba cerca a casa, pero de pronto la Sagrada Familia se convertía en un tiiovivo oxidado en medio de una plaza, un carrusel lleno de niños felices que me hacían adiós, un carrusel que se volvía un pulpo negro que apretaba y apretaba.

Empecé a tener algo así como alucinaciones a mediados del séptimo mes de embarazo. No era que viera ángeles o duendes pero de repente me metía en una ensoñación que me llevaba a otra y a otra. Supongo que tenía que ver con saber que ya tenía siete meses y que llevaba un ser humano completo, en condiciones de nacer. Por eso me iba en llanto a la primera oportunidad. Viendo el noticiero o escuchando una canción del hijo de Django. Pero además la vida ya no era tan sencilla como antes, atarse los zapatos ya no era tan sencillo como antes. Había subido de peso considerablemente y me acercaba a la semana 30. El feto alcanzaba los 40 cm y los 1400 gramos En un mes había doblado su peso. Yo dormía poco, me incomodaba estar echada, sentía mucho calor y debía levantarme a orinar cada dos horas. Mi vida oscilaba entre mis intentos de tragar oxígeno y mis intentos de no orinarme encima. Sin mencionar los monstruosos calambres que padecía a altas horas de la madrugada y que me hacían de buenas a primeras pegar alaridos. También en pleno sueño me atacaban las famosas contracciones de Braxton Higgs, unas contracciones preparatorias que, aunque no causan dolor, sí que producen una sensación de ahogo. La barriga se endurece por varios segundos y da un poco de miedo. Luego pasa. Las mujeres suelen confundirlas con las contracciones del parto. La primera vez que las sentí tan

fuerzas corrí al consultorio pensando que paría. A partir de ahí iba a sentir las hasta diez veces al día. Si me ocurrían mientras iba andando debía detenerme. Si me ocurrían mientras hacía el amor tenía que parar. Todo esto solo me hacía desear con más fuerza que ya llegara el día P (de parto) y esta ansiedad volvía los días el doble de largos. Bueno, en la práctica eran más largos porque el verano se estaba asomando y había luz hasta las nueve de la noche y calor intenso las 24 horas. Desde hacía algunas semanas la bebé ya reaccionaba como una cabra loca a mis estímulos: mi voz, mis cambios de humor, mi llanto, la música que ponía para escribir la impulsaba a moverse. Podía ver cada vez más sus movimientos desde fuera como una marea de carne que subía y bajaba. Ponía la mano de J para que él también sintiera la misma emoción y hacíamos apuestas sobre dónde estaba su cabeza y dónde sus pies. Yo tenía la impresión de que me pateaba en las costillas, justo debajo de los pechos y entre los pulmones, con lo cual me faltaba el aire en muchos momentos del día. Si estaba en alguna reunión con amigos y empezaba a moverse me apartaba para notarlo con más claridad. Obligaba a quien estuviera en ese momento a mi lado a mantener la mano sobre mi vientre hasta sentir sus cabriolas. A estas alturas sus oídos habían terminado de madurar. Mi madre me había enviado un disco, Mozart para bebés, y mi prima Jessica uno de nanas tradicionales. Mi amiga Mica me había prestado unos pequeños parlantes y los ponía alrededor de mi panza. Finalmente, neutralizaba las nanas con algo de punk a lo Ramones.

El nombre del bebé. Leo en uno de mis libros: «el nombre es el primer regalo que le haremos a nuestro hijo y también la manera de establecer un vínculo más estrecho con él».

Un escollo más en ese viaje solo de ida que es el embarazo. Un nombre es para toda la vida. Para una tarea de tal responsabilidad podía echarse mano del santoral, de la mitología, de los nombres de estrellas de cine, rockeros, premios Nobel, de los reyes, políticos, de nombres de ciudades o de personajes de ficción. Pero para qué tanto esfuerzo por llamarlo de alguna manera si al final la gente termina tratándolos de «princesita» o «campeón» o cosas aún peores.

J estaba mucho más paranoico que yo. Él se llamaba como su padre y tenía un hermano menor que también se llamaba así. Para colmo, su segundo nombre no era un nombre, era una construcción nominal con variante ortográfica formada por dos nombres que otra vez su padre había fusionado en un arranque de originalidad consiguiendo uno que podría considerarse exótico, por ser benevolente.

Antes de saber que sería niña teníamos dos nombres en mente: Lucas y Mateo. ¿Qué puedo decir? Los nombres bíblicos estaban de moda entre los bebés. Ninguno de esos nos servía ahora que era una niña, claro, aunque intentamos varias variantes con Lucas, ya que J tenía la retorcida fantasía de decirle algún día «Luc, yo soy tu padre» o algo así. Nos preguntábamos qué tal le sentaría Luca, que sonaba bastante unisex aunque fuera el nombre de uno de los matones de El Padrino. Para mí no estaba mal pero antes de decidirnos resolví que conseguir uno de esos libros de Elige el nombre de tu bebé no me haría ni más ni menos *cool*.

Encontré el libro de los nombres en la biblioteca del barrio, era uno que ponía mucho énfasis en su significado. Gabriela, un nombre de origen hebreo, significa «mujer de Dios» o «fuerza de Dios», lo que coincidía con los atributos del arcángel Gabriel, el enviado de Dios y nada menos que el sujeto que anunció a María su maternidad. La naturaleza emotiva de mi nombre, decía también el libro, era la de un ser «que busca llamar la atención y se siente superior, ama la experiencia, el saber y la evidencia y le gusta sentirse retribuido». Además, según el libro, con mi nombre podría «destacar en profesiones como experto en eficiencia, industrial, ejecutivo, comerciante, empleado público, banquero e intérprete». Genial.

Ya en casa descubrí que algunas webs ofrecían buscadores de nombres originales. Sí, la originalidad era una opción a la hora de elegir el nombre de tu bebé. En el campo «sexo del bebé» escribí: femenino, en el campo origen marqué algo que me sonó rarísimo, «protovasco» (había otros orígenes a la altura: araucano, pseudoegipcio, hipocorístico español, latín eclesiástico), había que elegir también entre largo o corto, clásico u original y elegí largo y original. Finalmente pedían la letra de inicio: puse L y le di a buscar. Ningún resultado. Probé otras posibles combinaciones y empezaron a aparecer nombres como Cloroaldo, Etevlino, Concordio, Andrónico, Prisciliano, Longombardina, Sandalio o Querubina.

Como la originalidad no me funcionó me pasé a una web más conservadora que señalaba que había que evitar los nombres originales a cualquier precio y los nombres de moda. Sugerían que el meollo del tema del nombre estaba en estas tres preguntas que había que considerar casi como criterios, un poco a ciegas: «¿Irá con la personalidad del niño? ¿Le gustará cuando sea mayor? ¿Pasará de moda?». Proponían nombres que estaban en el límite de lo clásico, lo original y lo que nunca pasa de moda. Estos eran: Valentina, Lara, Sabrina, Juliana, Sofía, Andrea y Abigail.

De aquella lista, los que nos gustaban ya eran nombres de alguna prima o amiga. El asunto de escoger el nombre al niño estaba pasando de ser un pasatiempo divertido a una tortura sofisticada. Tras muchas vueltas, cada uno hizo su propia lista: en la mía estaba mi nombre preferido, Clara, que era para J un nombre deleznable. Al final, surgió de la nada un nombre que era largo, clásico, fuerte, femenino, bíblico y que además era el nombre del barrio donde había vivido gran parte de mi vida en Lima: Magdalena. Sin embargo, casi al mismo tiempo entró en competencia Lena, el nombre de la protagonista de Luz de agosto, una novela de Faulkner que había marcado a J y que trataba de una mujer embarazada llamada Lena que emprende un largo viaje en busca del padre de su bebé. Para más correspondencias, nuestra Lena, si así decidíamos llamarla, nacería en agosto. Pero Magdalena, aunque aludía a la pecadora arrepentida, nos seguía pareciendo casi tan bueno como Lena, por lo tanto decidimos inventarnos una fórmula enredada: se llamaría Magdalena pero en lugar de llamarla cariñosamente Magda, que nos era insoportable, la llamaríamos Lena, luz de agosto. Todo sonaba muy bonito, todo sonaba hasta un tanto poético, todo sonaba a que estábamos metidos hasta el cuello en esto y que no había vuelta atrás.

Un día recibí una llamada de Eulalia, mi comadrona. En los últimos análisis

que me hicieron al cumplir los seis meses de embarazo, un test llamado O'Sullivan, que mide la tolerancia a la glucosa, había dado un 173 sobre un máximo de 140. Esto podía querer decir que: *a)* me había comido demasiados panes con mermelada y producido un subidón de azúcar; o *b)* se me había desatado la temida diabetes gestacional, un tipo de diabetes que solo se da durante el embarazo, sobre todo si la madre es mayor de treinta y cinco años y/o tiene familiares diabéticos (en mi caso, mi querida abuela). Eulalia fue muy clara en que esa disposición genética era un factor mucho más importante que el litro de helado de dulce de leche que me había comido el fin de semana y los millones de postres y golosinas que había depredado desde bebé.

Apenas había subido un kilo este mes, pesaba 69 kilos o, lo que es lo mismo, estaba aumentado un poco más de un kilo por mes: eso era inmejorable. Quizá mi panza estuviera un poco grande, tenía 30 cm de largo y lo usual eran 27, pero tampoco era para preocuparse. En suma, me sentía perfecta. Si se hubiera tratado de un consumo excesivo de azúcar habría tenido que moderarme un poco con el chocolate pero en líneas generales todo hubiera seguido igual.

En cambio, si estábamos hablando de diabetes gestacional, es decir, si tenía un exceso de azúcar en la sangre, entonces había muchas posibilidades de que se la pasara al bebé a través de la placenta. La niña crecería mucho y podría lastimarse los brazos y los hombros al salir por mi vagina o forzar una cesárea. Sus pulmones, el hígado, todo podría funcionar mal. Podría ocurrir que los órganos de Lena no se desarrollaran completamente y hasta había amenaza de parto prematuro. Después de nacer, sus niveles de glucosa podrían bajar tanto que produciría insulina extra, lo que forzaría a los órganos a trabajar más de lo normal. Esto era horrible. Tuve miedo. Condenaría a mi hija a la obesidad prenatal. El sufrimiento le parecería algo ordinario, la vida misma.

Qué decir de mí. Cuanto más sabía de la diabetes gestacional más horror sentía. Yo, la madre, tampoco estaba libre de sufrir presión alta, infecciones, cesárea y muerte en el parto, y esto solo para empezar, ni qué decir del alto riesgo de adquirir una diabetes permanente años después. Aquello de la «dulce espera» empezaba a adquirir un matiz funesto.

Si tenía o no la diabetes solo lo sabría sometiéndome a otra prueba llamada la prueba de «la curva». Para estar lista para ese análisis tuve que cumplir durante tres días una dieta estricta que casi me sume en la depresión; pero había una perspectiva mucho peor: si realmente tuviera la diabetes, la dieta duraría meses (y quizá años), justo ahora que me embargaba un hambre descomunal. Me darían una maquinita para medirme la glucosa varias veces al día y un médico experto en diabetes gestacional supervisaría todo el tratamiento.

El día de la curva tuve que madrugar e irme en ayunas hacia el hospital. La experiencia de ayunar para una embarazada se parece a tomar en efecto una curva peligrosa. El vacío en el estómago produce vértigos, náuseas y somnolencia. Imagina que eres una torre en la que vive presa una bestia hambrienta que se queja y remece ferozmente los muros de la torre. Algo así.

La sala de espera estaba otra vez llena de colegas infladas leyendo revistas para mujeres, pero esta vez con rostros de pavor y remordimientos glucosos. Nos fueron llamando una a una, primero para obligarnos a tomar un brebaje asqueroso que simulaba ser un jugo de naranja con doble ración de azúcar. Luego volvimos a nuestra esquina, mascullando groserías contra las enfermeras, a esperar que nos llamaran de nuevo al matadero para extraernos sangre. Este procedimiento se repitió unas cuatro veces en tres largas horas en las que íbamos alternando la ingesta de la cosa naranja con pinchazos. Acabé con los brazos amoratados. Y encima tenía que esperar los resultados durante una eterna semana.

No pude aceptar el trabajo en el gremio de veterinarios porque la sola idea de subir andando todos los días aquella cuesta desde el metro hasta la oficina con mi ya considerable barriga me ponía los pelos de punta. Quizá en ese momento todavía podía hacerlo con dificultad pero con ocho o nueve meses sonaba diabólico. Yo seguía creciendo y mis capacidades físicas iban menguando poco a poco. Si ahora ya era imposible subir una pequeña cuesta sin provocarme contracciones de Braxton Higgs que me hacían pensar que tendría un sietemesino, cómo podría levantarme cada día a trabajar cuando el parto estuviera más cerca.

Tenía algunos referentes de mujeres que había visto trabajar muy embarazadas: en Lima recordaba por ejemplo a la típica embarazada que pide limosna en los semáforos. De Barcelona recordaba a una chica de mi antigua oficina que había trabajado hasta los siete meses de embarazo y luego había ido a su ginecólogo y le había pedido que le firmara la baja maternal «por riesgo», que es como una baja por enfermedad. Así dejaba el trabajo y sin embargo seguía cobrando el 75 por ciento de su sueldo. Aunque ese tipo de baja está dirigida a embarazadas que trabajan por ejemplo conduciendo una moto o recogiendo la basura de la ciudad, muchas mujeres recurren a este pequeño ardid —ya sea porque sufren retención de líquidos, dolores en la columna o alguno de los padecimientos usuales— y así evitan el pesado trance de trabajar hacia el final del embarazo.

Mientras todas mis hermanas embarazadas que ya superaban los siete meses estaban buscando la manera de largarse de sus trabajos, yo paradójicamente estaba buscando uno. No intenten comprenderlo. Solo tenía que hacerlo. Mi futuro dependía de ello. Así que llamé a un amigo que trabajaba en una editorial que me había encargado pequeños trabajos en mis primeros meses en Barcelona. Solo un amigo contrata a una embarazada de siete meses con intenciones de darse de baja por riesgo laboral al primer descuido. Le expuse todo el problema y en dos minutos, la editorial ya me había hecho un contrato de duración determinada, tiempo suficiente para sacar adelante mis asuntos.

Empecé a acudir al despacho, otra vez para ingresar nombres en una base de datos, pero esta vez no de perros sino de personas. Lo completamente novedoso fue asumir que era una favorecida por la caridad, lo cual provocaba en mí sentimientos de gratitud y también de pudor; pese a todo intentaba llevarlo con dignidad, respondiendo con gran simpatía todas las preguntas de las secretarías acerca de mi «grave» estado y de aceptar que me mimaran solo porque iba a ser mamá y no tenía dónde caerme muerta. Volví a creer en el poder de las embarazadas para conseguir todo lo que se propusieran.

Regresé al hospital la semana siguiente. Palpé el sobre que acababa de entregarme la recepcionista y me acerqué a la ventana buscando un poco más de luz. Sentí ganas de vomitar pero me contuve. Lo abrí. Ahí estaba la palabra con la que había soñado encontrarme: negativo. No tenía diabetes. Dejé escapar un suspiro de alivio. Esa noche lo celebré con unos churros con dulce de leche. Al día siguiente volví a ver a Eulalia, quien después de hacerme una revisión general concluyó que tenía demasiada grasa en la barriga y que debía cuidar de todos modos mi peso, eliminar mi adorado Cacaolat de la dieta, comer más fruta pelada y vegetales hervidos, y así de paso evitar la toxoplasmosis.

La toxoplasmosis es uno de los cucos de las embarazadas pues puede afectar gravemente al feto. Se trata de una enfermedad infecciosa causada por parásitos (que pueden estar en los gatos, en las palomas y en otros animales domésticos) que se contagia a los seres humanos a través de alimentos contaminados o carne cruda. Empecé a tener miedo y le pregunté a Eulalia qué podía hacer para estar segura de que la niña estaba bien si las ecografías ni siquiera eran muy seguidas. A lo mejor, cada vez que tuviera dudas podía acercarme al consultorio a escuchar su corazón.

—Tienes que estar atenta —me dijo Eulalia—: si sientes que hace rato no se mueve, entonces te acuestas un rato y tratas de notar sus movimientos, si no te comes algo para activarla.

¿Activarla? ¿Entonces el bicho podía simplemente desactivarse como un conejito a pilas? ¿Había insistido desde el comienzo en su empeño de nacer y ahora dependía de mí cargarle las baterías?

Mi alimentación, muy a mi pesar, tuvo que disciplinarse a raíz de la falsa alarma de la diabetes. A punto de cumplir los siete meses, desayunaba un pan con jamón y queso, yogurt a media mañana, fruta todo el día (sobre todo pomelo, al que me volví adicta), un almuerzo potente y variado a base de pasta o lentejas o garbanzos o arroz con pimientos o champiñones o puré de papa y espinacas, una carne a la plancha, pescado, pollo o langostinos; y siempre una enorme ensalada con pepino, col, zanahoria, rabanito, tomate y lechuga. Por las noches un sándwich y un vaso de leche, nada más. Algún día me cagaba en la dieta y me comía unos *nuggets* del McDonald's, *pizza* o un heladito de limón.

Así que para la última cita con Eulalia hasta había bajado un kilo. Ese día además de pesarme, la comadrona me dio una buena noticia: Magdalena-Lena se había colocado de cabeza, había girado y la presión que sentía en las costillas eran obra de sus pies transparentes. Ya estaba en posición de salida. La semana siguiente empezaría mis clases de preparación para el parto.

Aquella tarde me llegó un *mail* de repuesta de Irene, la conspicua miembro de la Liga de la Leche, a quien había visto en Lima y que en los últimos días era mi más fiable consejera vía telefónica y correo electrónico. Irene analizaba y comentaba cada uno de mis cambios, mientras yo intentaba aprovechar al máximo sus conocimientos todavía muy frescos sobre el embarazo, la lactancia y la crianza. En la última carta se alegraba de que no tuviera la

diabetes, sobre todo porque, decía, a los hijos de madres con diabetes les sacan sangre a cada rato para controlarle los niveles de azúcar. Al pobre bebé de su compañera de habitación lo tenían con las piernas llenas de puntitos rojos. Por mi parte, aunque me había librado de la diabetes, seguía padeciendo los trastornos de la ciática. Las cuatro horas que trabajaba sentada en la oficina más las que pasaba en casa escribiendo me desquiciaban. Me dolía lo que Eulalia llamaba el suelo pélvico, dicho vulgarmente: me dolía el culo de un modo brutal. Era un poco absurdo que me doliera el culo. Llamé a Irene esa noche, pensando que a lo mejor tendría alguna respuesta.

—Lo siento Wiener, pero no he escuchado hasta ahora nada de eso, yo del culo no conozco más que las hemorroides.

—Bueno, ni lo menciones, eso a mí todavía no me ha dado...

—Pero no es un dolor absurdo, es que tu cuerpo se está preparando.

—OK, OK.

—¿Te compraste el libro?

—¿Qué libro?

—El que te llevo recomendando hace semanas, el de Carlos González, Bésame mucho.

—Ah sí, sí, tengo que comprármelo.

—Tiene otro que se llama Mi niño no me come, que está muy bien, pero este es una maravilla. Ahora estoy leyendo otro que está buenísimo, El concepto del continuum, es otra maravilla. Tienes que comprarlo.

Es probable que los manuales de embarazo me parecieran estúpidos pero los libros sobre cómo criar a tus hijos me sonaban a sánscrito. Irene tal vez no sabía que esos libros eran simplemente literatura ajena, no escrita para mí sino para otras, otras que fueran... ¿mamá? Comprendí que esta indiferencia no era por la calidad o utilidad de los libros, sino por mi incapacidad de ponerme en el lugar de una madre. A lo mejor había terminado por sentir cierto grado de identificación, a pesar de mí misma, con las embarazadas de los foros o verme reflejada en aquellas historias del feto mes a mes, pero no me sentía mamá, lo que es peor, no tenía ni idea de cómo se hacía aquello.

«El concepto del continuum» alude al *continuum* que debe haber entre estar dentro y estar fuera del cuerpo de mamá. La manera de lograrlo era hacer que el bebé viva la experiencia «en brazos»: los bebés cuyas necesidades *continuum* han sido satisfechas desde el principio desarrollan una gran autoestima y son mucho más independientes que aquellos a los que se les ha dejado llorar solos por miedo a que se vuelvan unos «mimosos» o demasiado dependientes. Las necesidades eran: el contacto físico permanente con la madre, dormir en la cama de los padres (colechó) hasta que el bebé decida lo

contrario, lactancia materna a demanda y estar en brazos o pegado al cuerpo de la madre hasta los ocho meses. Esta teoría de la crianza con apego, que luego supe, encarnaba en España el pediatra y presidente de la Asociación Pro-Lactancia Materna de Barcelona, Carlos González, estaba en las antípodas del método conductista del polémico Estivill, un médico especialista en tratar los trastornos del sueño que defiende las bondades del llanto no atendido en los bebés para enseñarles a dormir. Definitivamente, esa no era mi guerra... por ahora.

Llamé a mi madre para preguntarle qué método había usado ella conmigo. Como siempre que intento saber algo de mi pasado infantil se puso a la defensiva. Mi mamá cree que yo intento culparla de mis males adultos pero eso no es completamente cierto. Ella también fue algún día una madre primeriza y seguramente se vio desamparada ante la avalancha de información contradictoria. Hubo un momento en que a lo mejor defendió su punto de vista sobre mi crianza y echó mano de todo lo que la ciencia, la psicología y la medicina de los años setenta ofrecía a su mente de mujer moderna, racionalista y liberada, para contraatacar los remedios caseros de su propia madre. ¿Cómo podía juzgarla por haberme dejado llorar pensando que hacía lo correcto? Lo cierto es que hay noches de mi vida, casi siempre luego de una pelea con J, que no puedo dormir sin haber sido debidamente consolada y, si J no tiene ganas de reconciliarse, puedo pasarme horas llorando sin parar hasta que por fin él me toma en sus brazos y solo entonces me duermo como un bebé. ¿El método Estivill?

En *Perfect Madness*, traducido como *Una auténtica locura*, la *blogger* del *New York Times* Judith Warner critica el modelo de «maternidad total», una maternidad intensiva que empieza con la «crianza con apego» y termina con la madre horneando galletitas frenéticamente a media noche, acudiendo a reuniones de padres cada día y planeando una agenda de actividades extraescolares como si el niño fuera un primer ministro. En esta maternidad de «inmersión» y autoexigencia que describe Warner tras realizar cientos de entrevistas a mujeres norteamericanas en los treinta, la mujer casi no tiene sexo ni puede dormir y tiene la sensación de estar haciendo siempre algo mal. Son mujeres que fueron criadas por sus madres feministas que les enseñaron a hacerlo todo, pero que ahora viven en una constante angustia vital intentando compaginar sus tareas de mujer profesional, esposa y madre solas. Para Warner esto no solo representa un doble y hasta triple turno de trabajo sino un auténtico desbarajuste que lleva a muchas a hacerse adictas a los tranquilizantes.

Llamé a Irene. Ella era una de estas madres a tiempo completo. Le pregunté si no sentía angustia.

—Al comienzo me sentía perdida, estresada y culpable.

—¿Porque dormías con él?

—Sí, me decía que solo sería la primera semana, luego tres meses hasta que le saliera ese diente...

—¿Y entonces?

—Me culpaba por tenerlo en brazos, por no dejarlo llorar. También me culpaba por no trabajar o no llevarlo a la guardería para que socialice.

—¿Y cuándo dejaste de sentirte así?

—Hasta que escuché mi corazón. Me relajé y me permití hacer lo que sentía con toda libertad. Por fin mi instinto y yo nos armonizamos y cómo lo disfruto.

A Irene le estresaba lo que la sociedad esperaba de ella como madre pero una vez que se liberó de las exigencias externas se liberó también del estrés. Ella estaba sorprendida de que en un país como Francia, con tantas ayudas sociales, las mujeres se desprendieran de sus niños apenas cumplidos los tres meses para dejarlos en guarderías y seguir trabajando para mantener sus altos niveles de vida.

Le escribí a Violeta. También estaba de acuerdo en que por primera vez en la historia la maternidad se percibía de una manera gozosa.

«Sí, pues, es una experiencia muy fuerte y hartamente demandante, pero también creo que uno puede pasarla de puta madre si se abandona a ella —me escribieron—. Claro que eso es muy difícil para las mujeres de hoy, porque vivimos un momento de alta competitividad que nos hace temer huevadas como no reinsertarnos en el mercado laboral luego de una tregua, y etcétera. Creo que nos debatimos entre esas dos fuerzas, y naturalmente gana la que más nos alimenta, de modo que la maternidad también podría convertirse en una verdadera pesadilla. Por mi parte, siento que es una experiencia en la que mientras más él, también más yo. Su felicidad da cuenta de mi estado de ánimo». Tal vez era muy pronto para decirlo, pero yo no me planteaba en ningún caso dejar de trabajar para dedicarme exclusivamente a mi casa y a mi familia, no solo porque no éramos ricos ni vivíamos de subvenciones, sino porque encontraba placer en llevar a cabo mis «asuntos personales». ¿Sería una buena madre solo si renunciaba a lo que hasta ahora entendía como placeres de la vida o la maternidad me descubriría otro tipo de placeres?

Con sus sempiternas medias caídas y sus tacones rojos, Eulalia entró a la sala atestada de mujeres y se presentó ceremoniosamente como la encargada del curso de preparación para el parto, también conocido como curso de psicoprofilaxis. Lo primero que hizo fue pedirnos que moviéramos las sillas de modo que formáramos un círculo para así vernos todas a la cara.

—Bienvenidas a todas. Aquí aprenderéis a conocer un poco más vuestro proceso, a relajarnos y a prepararnos para afrontar el parto.

La comadrona nos pidió en seguida que formáramos grupos con la pareja del costado, que nos contáramos algo de nuestras vidas y algo sobre el bebé que esperábamos, si era niño o niña, la fecha probable de parto, el hospital en el que nos tocaría alumbrar (yo lo haría en la Maternidad) y también, si queríamos, podíamos compartir alguna duda o experiencia. La dinámica consistía en presentar a la otra pareja ante los demás.

Como era mi primer día había arrastrado a J hasta allí, pensando en todas las

veces que había visto las bucólicas imágenes de parejas preparándose para el parto. Lo bueno es que J salía a las dos de la revista, así que tenía toda la tarde libre, que bien habría aprovechado en ver por enésima vez una de esas películas que es capaz de ver cientos de veces, pero en cambio estaba ahí, a mi lado, mirándome con cara de «Te mataré a ti y a tu bebé». La verdad es que no hubiera soportado verme en este trance sola, y rodeada del resto de gorditas felices y sus maridos.

La ronda de presentaciones empezó. Había una mujer de unos cuarenta años, decía ser fumadora, era delgadísima, llevaba una barriga muy pequeña para tener ocho meses; una pareja de bailarina brasileña y catalán, con aspecto de no tener ningún problema, fue presentada por otra pareja formada por un español y una ecuatoriana a la que le dolía mucho la espalda. Yo presenté a una pareja algo mayor y algo subida de peso también. La mujer tenía las piernas y los pies muy hinchados por la retención de líquidos y usaba unas sandalias playeras que dejaban al descubierto unos pies inflamados. Conté que era su primer bebé y que esperaban un niño.

Pronto me di cuenta de que yo era la única que esperaba una niña. La pareja vecina me presentó como una periodista a la que ahora mismo le dolía el culo. Eulalia nos interrumpió para pedirnos que buscáramos una colchoneta y nos sentáramos en posición flor de loto y que los «papás» se sentaran abrazando la barriga de las «mamas» desde atrás. Cómo podían estas mujeres encontrar relajante estar sentadas en el suelo. Era obvio que solo yo tenía esta dolencia trasera. Eulalia apagó la luz y puso un CD de nanas. Con su voz gangosa nos iba diciendo cómo respirar y qué imaginar: quería que pensáramos, por ejemplo, en un paisaje marino y nos relajáramos para conectar con el bebé. Cerré los ojos.

Iba a clases de psicoprofilaxis una vez a la semana. Uno de esos jueves, Eulalia nos recibió con un regalo, consistía en un *kit* de productos, en realidad pequeñas muestras que regalan las firmas a las nuevas mamás y futuras clientas. La caja estaba llena de leche artificial e incluía chupete y biberón. Cuando se lo conté a Irene (sabía que le encantaría escuchar la anécdota), me escribió atónita: «¿¡Así que en el hospital les dan la leche antes siquiera de haber parido!? Increíble». De inmediato me envió a contactar la Liga de la Leche de Barcelona y me advirtió de la importancia de informarse sobre la lactancia, pues ella había pagado las consecuencias de informarse solo sobre el embarazo y el parto y nada sobre dar de mamar. Al poco tiempo se le agrietaron los pezones, al punto que el bebé mamaba leche con sangre y hasta sufrió una infección en los pechos. Más horror.

No sé si fue la tercera cita la que Eulalia dedicó a hablar de la preparación del perineo. El perineo es la parte anatómica que incluye los músculos y la piel situados en el espacio que está entre el ano y la vagina, y es donde por lo general se efectúa la episiotomía, la incisión aquella que permite que el feto salga más fácilmente y que no siendo obligatoria en España se sigue haciendo en el 99 por ciento de los casos. Un perineo en forma, tónico y elástico, dijo Eulalia como si hablara de un brazo, no necesita episiotomía o se recupera con facilidad.

Ya he dicho que este tema solía provocarme pesadillas, así que saqué lápiz y

papel para tomar apuntes. Eulalia aconsejaba que los «papás», como llamaba a nuestros maridos, se encargaran de masajearlos con algún aceite natural antes de irnos a la cama.

—De esta manera lo hidratamos —complementó Eulalia—. Los movimientos deben ser circulares para favorecer la circulación y la sensibilidad de esta zona.

No sé si Eulalia sabía lo que estaba incitando pero en todo caso las mujeres sonreímos y los hombres se miraron de reojo.

—Cuando la piel haya absorbido el aceite o la crema, hay que introducir el pulgar en la vagina y tirar con cuidado hacia abajo y un poco hacia el exterior. Se hace resbalar después el dedo por los lados de la vagina con un movimiento en «U», reproduciendo la sensación de la cabeza fetal que presiona el perineo.

Además nos recomendó que como mínimo unas tres veces al día, ya sea que estuviéramos en la oficina, yendo en el metro o lavando los platos, nos concentráramos en contraer y relajar los músculos del perineo para tener más conciencia del lugar que ocupa en nuestro cuerpo.

—Ahora todas a la vez en sus sitios —dijo de pronto Eulalia señalándose gráficamente el lugar donde estaba su vagina.

—Vamos a contraer, relajar, contraer, relajar, contraer... Muy bien, así, lo están haciendo muy bien. Siempre respirando.

Así participé por primera vez en una sesión colectiva de ejercicios perineales coordinados. Todas permanecimos en nuestros sitios apretando a la vez el coño casi imperceptiblemente y mirándonos con incredulidad en los aeróbicos más raros que he hecho en toda mi vida.

8JULIO

Los pichones estiran el cuello para pedir alimento, tanto ante la presencia de su madre como ante un palo largo cuya sombra se parezca a ella.

MARÍA MORENO

El período de cría en gran parte de los animales estimula una serie de mecanismos fisiológicos y hormonales que provocan, en muchos casos, pautas de comportamiento muy extrañas. Por lo general, una vez apareadas, las parejas se ven empujadas instintivamente a elegir un lugar para asentarse y a recolectar materiales para construir ahí su nido. Cada especie anida como mejor puede. El cóndor, por ejemplo, monta su nido en precipicios cubiertos de sombra y rocas erosionadas. La hembra del jilguero entreteje raíces, tallitos, musgo, líquenes y reviste el nido de pelos de cardo y lana en la parte más inaccesible de una rama, en el techo de un edificio, en un campanario, en una torre, en chimeneas, sobre el cableado eléctrico y hasta en un arbusto de marihuana, como leí en la revista *Cáñamo*. Cuando las crías están por llegar casi cualquier lugar es bueno para fijar residencia.

El «síndrome del nido» me atacó al cumplir la semana 31 de embarazo. Este cuadro pseudoclínico que afecta a las embarazadas en el tercer trimestre se manifiesta como un impulso incontenible de barrer, lavar, planchar y ordenar todo a nuestro paso, como en una fantasía machista. En un gesto que la reconcilia con la comunidad del reino animal, la preñada comienza a anidar, ya sea a causa de un *déjà vu* ribonucleico o al reflejo de salivación de Pavlov ante el papel mural de conejitos. La mayoría de las mujeres que han estado embarazadas dicen haberlo experimentado y se interpreta como una salida contra el reloj a la ansiedad parto. Tener listo el ambiente en el que estará el bebé, así como la ropa y los objetos que usará en sus primeros días de vida, en suma, tener todo bajo control, se convierte en la justificación de su existencia de madre inminente. Las más descuidadas e inútiles se vuelven aplicadas amas de casa y, no importa lo voluminosas que estén, un día las verás subidas a una escalera sacudiendo las telarañas de la lámpara con un plumero, lustrando el parqué a las tres de la mañana o tejiendo horribles ropones verde agua para un bebé que nacerá en pleno verano. Eso adquiere el doble de valor si se tiene en cuenta que una mujer a los ocho y nueve meses de embarazo es una foca, está tan gorda que no puede ni depilarse los pelos púbicos, ni comprobar que se ha puesto dos zapatos iguales, ni recoger nada que se le haya caído al suelo, y esto incluye a su otro hijo, si lo tiene. Nos dan asientos en el metro y en el autobús, nos dejan pasar directamente a la ventanilla del banco e incluso ir a votar en las elecciones sin hacer cola. Todos parecen preocupados por una, preguntando si será niño o niña, y cuánto nos queda para el gran momento. Es como ser famosa. No existe privacidad alguna para una barrigona. Ahora sé lo que sienten las mujeres obesas, con todas esas miradas sobre ellas. En serio, es un momento agotador. Y ahí, justo ahí, las hormonas quieren que te pongas en marcha.

A un mes de dar a luz yo no tenía preparado absolutamente nada. Ni había ordenado, ni había limpiado y mucho menos decorado. Se supone que ya debía haber tenido hecha la maleta que llevaría al hospital pero ni siquiera habíamos abierto la que llenamos de ropa unisex talla 0 en Lima, descansaba detrás de la puerta como el equipaje de un viaje no iniciado. Cada cosa que me habían regalado estaba metida en una bolsa en estado latente. ¿Por qué había postergado este momento tan clímax, por qué había renunciado al papel que había soñado con interpretar algún día? ¿Por qué no estaba pintando monitos y nubes en las paredes?

Yo vivía en un departamento de treinta metros cuadrados, con dos pequeños ambientes separados por una puerta de madera, la habitación y la sala, y un pequeño cuarto-armario, una cocinita en la que entraba una sola persona y un baño. La estructura de las ventanas, de madera antigua, filtraba un airecillo que en invierno era una tortura y toneladas de polvo que se acumulaba sobre los muebles. La casa colindaba, además, con un edificio desocupado de varias plantas y, desde nuestro privilegiado techo no solo veíamos un cacho de la Sagrada Familia, también teníamos la excepcional vista de las cientos de palomas que habitaban los pisos vacíos. Eran palomas «okupas». Lo de las palomas había sido siempre un elemento estrafalario de nuestro hogar, e incluso un amigo aficionado al videoarte había venido un día a filmarlas, sobre todo el tragaluz que habían convertido en su escalofriante cementerio oficial, lleno no solo de cadáveres fosilizados, sino también de algunas aves agonizantes a la espera de la muerte. Sin embargo, para cualquiera con alguna idea de salubridad, las palomas, con sus regueros de caca, sus vuelos bajos y su fosa común abierta de par en par, no eran otra cosa que un foco de infecciones y un potencial riesgo de toxoplasmosis. El que había sido nuestro encantador «nidito de amor» de los primeros años en Barcelona, envidia de tantas parejas de amigos que aún compartían piso, se convirtió, por cortesía del síndrome del nido, en «esta madriguera pestífera, vieja, húmeda y virulenta, en la que jamás vivirá un hijo mío».

Pero mudarse en esta ciudad es casi tan complicado como emigrar de un país a otro. Una casa es el Dorado perdido: Por lo que pagas en Barcelona por una habitación podrías estar disfrutando de un departamentito en un barrio residencial de Lima, y por lo que pagas por un piso mediocre, en un lujoso *penthouse* frente al mar. Los requisitos son una pesadilla burocrática, y si además eres inmigrante, una soterrada forma de discriminación: fianzas, avales bancarios, depósitos astronómicos. Si un español ya lo tenía difícil, para unos extranjeros como nosotros resultaba más que épico. Intenté hacerme a la idea de que debíamos reformar el pisito, limpiarlo del polvo y pintarlo de cabo a rabo, tapiar de alguna manera el acceso al palomar, tirar todos los muebles que habíamos recogido de los contenedores y comprar unos nuevos, renovar las ventanas, convertir el pequeño vestidor en una habitación para un bebé, pero la lista se iba alargando hacia el infinito y con ella mi angustia. ¿El síndrome del nido podía ser mortal?

Ambos movimientos, quedarnos o irnos, suponían enormes cantidades de energía, enormes cantidades de dinero y enormes cantidades de tiempo. Todo aquello de lo que carecíamos. ¿Íbamos a permitir que las palomas, esas ratas voladoras, siguieran viviendo mejor que nosotros?

Tercera y última cita obligada con la sanidad pública de este país, que corre con todos los gastos y eso siempre hay que agradecerlo, no obstante sus malos elementos. Esta era una de las más importantes porque iba por primera vez a registrarme como parturienta en el hospital en el que tendría a Lena, la Maternidad de Barcelona. Para ello debía pasar por el consultorio de una de las comadronas del centro. Me recibió una enfermera con pinta de ser latinoamericana, supe después que era de origen boliviano aunque hablaba un poco de catalán. Me alegró saber que me atendería una casi paisana. Me hubiera gustado poder hablar bien de ella pero no es el caso. Era bajita, regordeta, de pelo negro muy corto, la bata blanca le quedaba grande. Sacó mi historia clínica y estuvo repasándola mientras iba pidiéndome las ecografías anteriores. Empezó con lo de si fumaba, cuántos cigarros, si me había drogado alguna vez, si bebía. Por lo general me gusta hablar de mi pasado y siempre tiendo a narrarlo lo mejor que puedo y no escatimo detalles, sobre todo de la época en que consumía drogas. De pronto, cuando estaba en medio de mi historia, tocaron la puerta. Dos señores que trabajaban en las obras de remodelación de esa planta del hospital interrumpieron la consulta pidiendo permiso para revisar el consultorio. Ella los dejó pasar y hacer su trabajo, lo cual me pareció innecesario pues estábamos en medio de la visita, en medio de algo, algo que tenía que ver con mi bebé o con mi prontuario. Los sujetos metieron una escalera y comenzaron a escarbar algo del techo. De repente, un trozo de pintura y cemento se desprendió y cayó al suelo salpicando la camilla y sus alrededores de polvo. Los trabajadores se fueron y fue cuando la comadrona me invitó a echarme a la camilla para revisarme. Vi el completo desastre que habían dejado y me negué a recostarme. Le dije que lo sentía, pero no iba a despelotarme en medio de aquella polvareda.

—Por supuesto, por supuesto, como guste... —Y agregó—: Ya quisiéramos por «allá» que nuestros hospitales fueran así, que tuvieran solo este polvito.

Al parecer, la comadrona de la maternidad no se lo tomó nada bien y se propuso darme una lección de humildad recordándome nuestro empolvado y común origen. Yo asentí. No atajaba bien los golpes por mi hipersensibilidad de mujer encinta o más bien por mi habitual pasividad y complicidad ante la agresión, secuela de los años de *bullying* en la escuela primaria. Continuó sometiéndome a un interrogatorio de tintes francamente policiales.

—¿Abortos?

—¿Eh? ¿No lo dice ahí? Tres.

—¿Qué métodos usabas?

—Condomes por lo general.

—Pues harías bien en empezar a pensar en un método constante como las pastillas, porque la mayoría de los embarazos ocurren justo después de tener un niño. Es ahí cuando uno se confía y...

—No, la verdad es que no quiero usar pastillas ni nada. —Bueno, si te quedas embarazada ya lo resolverás como habitualmente...— dijo la zorra.

—... ¿Por qué me dices eso? —le pregunté sin entender del todo o, mejor dicho, sin dar crédito a lo que oía.

—¿Trabajas?

Yo estaba a punto de llorar.

¿Esta mujer horrible me atendería durante las duras horas del parto? ¿Estas manos serían las primeras que tocarían a mi niña y le extraerían los mocos? Ahora entendía por fin aquel manifiesto de El Parto es Nuestro, en el que se denuncia la falta de rigurosidad en la obstetricia y que presenta los casos de mujeres que han sufrido mala atención durante el embarazo, cesáreas innecesarias o partos traumáticos. Había conocido los desgarradores testimonios de mujeres que habían perdido a sus niños por decisiones médicas y mala praxis: cartas como «A Lucía, que está en el cielo» son de las cosas más tristes que he leído. Pero ni siquiera esta lectura había conseguido activar tanto mis alertas como la mujer que tenía enfrente, que al parecer encontraba que era su deber reprender a una embarazada irresponsable que se había drogado y había tenido abortos y ahora usaba zapatos poco adecuados, sin mencionar que quería tener un parto natural como si fuera un juego de niños.

—Soy periodista —le contesté finalmente.

Estaba bastante acostumbrada a que en este país mi aspecto me emparentara inmediatamente con las miles de peruanas que habían venido a limpiar y cuidar abuelitos; y no me molestaba siquiera en desmentirlo, pero esta mujer tenía que saber la verdad, aunque por el momento fuera mentira.

—Soy periodista de investigación y estoy escribiendo un libro sobre la calidad de la atención a las gestantes dentro de la sanidad pública.

Un, para mí, hermoso gesto quedó congelado en su cara.

Me alejé de ella lo más pronto que pude, segura de que algún día escribiría sobre su crueldad y sobre nuestra engañosa indefensión.

Finalmente nos prestamos el dinero necesario para mudarnos pero todavía nos quedaba la peor parte: encontrar el piso. Llenaba un papel de teléfonos y me pasaba horas haciendo llamadas para que siempre ocurriera lo mismo: cuando parecía que ya estábamos cerca del piso ideal algo se torcía. O era un piso interior sin luz o era una quinta planta sin ascensor o era una ratonera o estaba en el culo del mundo. El síndrome del nido me oprimía el cerebro.

Empecé a probar con el boca-oreja, avisando a todos mis conocidos. Así, apareció la oferta de una pareja de amigos que iban a estar en Rusia trabajando durante un año y nos ofrecían un piso con cuatro habitaciones, completamente amueblado. Un punto en contra era que al año tendríamos que salir de ahí y enfrentar otro crítico «momento mudanza», solo que con un bebé a cuestas. Por fin, otra amiga me habló de un piso que se estaba alquilando en el mismo edificio en el que vivía un amigo suyo, que al final

resultó ser el cuñado de la propietaria. Gracias a ello conseguimos unas condiciones de entrada inmejorables.

Esa tarde J y yo fuimos a verlo con la corazonada de que encontraríamos ahí nuestro hogar. Ya no quedaba más tiempo para seguir buscando. El edificio estaba bastante bien, tenía ascensor, el barrio era un poco desangelado pero estaba muy cerca de Gracia y Sagrada Familia. La portera nos mostró el piso, que estaba lleno de cosas... inservibles. La mujer nos contó que hasta hace poco ahí había vivido una viejecita, pero al irse nadie había reclamado los muebles ni ninguna de las pertenencias de la señora, así que nosotros podíamos hacer con ellas lo que quisiéramos, quedárnoslas o, como era lógico, dijo, tirarlas a la basura.

Pero nosotros no seguimos más lógica que la del jilguero en la planta de marihuana. El piso tenía cinco veces el tamaño del nuestro. El mobiliario era de los años cincuenta casi en su totalidad. Uno de esos enormes «cuadros» de cacería, de tela afelpada, con tigres saltando sobre un fondo rojo y marcos dorados presidía el salón. Una alfombra «persa» se esparcía de extremo a extremo. La mesa del comedor era enorme y pesada. Del techo colgaba una lámpara clásica totalmente desmesurada para ese salón. El aparador, cuyo estilo meses después un artista nos definió como «feísta», también iba de pared a pared. La habitación matrimonial estaba intacta con la cama señorial, otra lámpara catastrófica y un armario de cuatro cuerpos que ocupaba media habitación. Ningún mueble era una valiosa antigüedad, solo eran feos, sólidos y para toda la vida. Había una televisión igual a la de mi abuelita que aún funcionaba. La cocina y la refrigeradora también. La casa-museo se completaba con la colección de cientos de postales llegadas de toda España a la señora Pilar y familia. Los Pradales, que así se llamaban, habían vivido desde 1953 en esa casa, siempre de alquiler. Los hijos se habían ido, el señor había muerto y la señora se había quedado sola. Con el tiempo empezó a caerse y a romperse los huesos, pasaba más tiempo en el hospital que en la casa y los hijos decidieron un día que era mejor que viviera en un asilo.

En la casa también encontramos un álbum de fotos, casetes con oraciones a Jehová (eran testigos), diez Biblias, una profusa biblioteca que no había sido renovada desde 1975, una colección de botones, y toda clase de cosas que deja la gente cuando se va. Gracias a estos detalles fuimos reconstruyendo imaginariamente la vida que nos había precedido.

El hallazgo más importante fue otra maleta, la tercera de esta historia, pero esta era una llena de gafas de sol estilo *vintage*, algunas muy grandes y extravagantes y que no habían sido usadas jamás. Al parecer, el señor Pradales había sido representante de una firma de gafas que había ofrecido probablemente de puerta en puerta. Pensamos de inmediato en organizar una fiesta de gafas con nuestros amigos. Pensamos que por esa maleta bien valía la pena mudarse.

Nos quedamos con la maleta, el piso y con todo lo que tenía dentro.

Al fin y al cabo no teníamos con qué llenarlo.

«Los rituales establecidos de preparación para la llegada de un recién nacido

se basan en opciones de consumo», dice Juliet B. Schor en su libro *Nacidos para comprar*, un estudio sobre el impacto que tienen las técnicas de *marketing* dirigidas a los niños. En efecto, la llegada de un bebé es cada vez más un acontecimiento mediado por las compras, como la Navidad o el día de la madre, un momento feliz, lleno de placer consumista, de dinero que se gasta o deudas que se adquieren para conseguir comprar ese objeto de lujo llamado «calidad de vida». Mientras yo era una inmigrante austera, que llevaba años con el mismo abrigo y las mismas botas, mi hija tendría la habitación de la hija de Tom Cruise o no me llamaba Gabriela Wiener.

Una embarazada es un blanco fácil, poco más que un *target*. Así como me dejé arrastrar un día por el síndrome del nido, también parecía víctima propiciatoria del síndrome del puericonsumo. Caminando por la calle mis ojos eran capturados por las vitrinas de las tiendas en las que se recreaban fantásticas habitaciones infantiles. Desde que me apuntara a las clases de preparación para el parto, además, mi nombre había ido a parar a las base de datos de todas las marcas de productos para bebés y mi buzón se llenaba cada día de publicidad y de revistas en las que aparecían embarazadas *fashion victims* que usaban muchas cremas y bebés de calendario con todas sus necesidades satisfechas. La idea era convencerme de que mi cría necesitaba un «biberón fisiológico» cuya textura «era lo más parecido a la del seno materno». Su mágica forma, por supuesto, «evitaba el hipo y los cólicos». Era «el biberón que te pediría si pudiera hacerlo». El *marketing* de bebés no estaba exento de giros ecológicos, la idea era que las opciones artificiales se vieran como las más naturales posibles: mochilas portabebés marca Bjorn, «como si lo llevaras dentro». Ni qué decir de «Vigilabebés DECT: su bebé y usted mantendrán una continua comunicación, estable y realmente privada, un contacto real». Y por si fuera poco, estaba la bañera Tummy Tub que «reproduce las condiciones del útero materno». Para los publicistas, las madres éramos como pájaros que en lugar de juntar ramas y pelusas para el nido, comprábamos muebles y equipamiento de última generación que respetan el medio ambiente.

Mientras en mi cabeza bullían más y más ideas de productos, recordé lo que me había dicho mi amiga Irene: «Cómprate una cama grande y punto». Ella, que seguramente no había leído el manifiesto dadaísta de «Lo inútil es lo indispensable» y sí más bien el «Lo esencial es invisible a los ojos» de El Principito, sostenía que dormiríamos con el bebé por mucho tiempo y que era imprescindible que los tres estuviéramos cómodos en la cama. Que no necesitaba nada más. Para ella, la cuna, supuesto centro neurálgico de la vida de un bebé, era incluso de orden secundario. Me contó que le había preparado una habitación preciosa a su niño, con todo lo que debe tener una habitación de bebé, pero que en la práctica no había servido para nada y que apenas la usaba para almacenar los juguetes que esperaban su turno de ser usados. Ni qué decir del cochecito. Irene creía que había que llevar al niño atado al cuerpo con un trapo llamado *foulard*.

Pero yo, en mi vorágine consumista, me aferraba a la creencia popular: un bebé sin ajuar es como una novia sin lista de novios, como una madre sin ramo de rosas, como una adolescente sin osito de peluche. Me encantan las listas y casi siempre las hago, aunque al final nunca pueda cumplirlas. Mi lista era la siguiente: la cuna con ropa de cama; una bañera alta con cambiador y

bandeja para pañales y productos de limpieza; un armario y una cómoda con cajones para la ropa; una hamaca vibradora; un esterilizador, un interfono con infrarrojos, cortinas, lámpara, un sofá para darle de mamar, un tacho para los pañales sucios, un humidificador de ambiente, una manta de juegos y un saco de dormir. El guardarropa era un tema aparte: pijamas, *bodys*, casacas, chapas, vestidos, pantalones, gorros, buzos, baberos, toallas, medias, zapatitos y, desde luego, tantos pañales como para alfombrar toda América Latina. La madre por su parte necesita alrededor de diez productos y todos tienen que ver sospechosamente con la lactancia, desde sacaleches, pasando por pezoneras, protectores de pechos, extractores, y la lista sigue. De esto se deducía que mis tetas iban a estar en problemas.

Si el nacimiento de un niño es un ritual de consumo, Ikea es el templo sagrado al que toda futura madre proletaria debe acudir como una asidua devota. Nuestra mudanza había sido cosa fácil, unos cuantos viajes en metro con cajas de libros y maletas de ropa. Yo no hice nada esta vez. Tampoco pude pintar las paredes. Con la ayuda de un par de amigos íbamos pintando semana a semana alguna nueva habitación. Usamos colores fuertes: rojos y naranjas. Lo más laborioso fue deshacernos del mobiliario más esperpéntico, desarmándolo pieza por pieza para hacerlos pasar por la puerta. Decidimos que, si bien nos iba el *kitsch*, tampoco había que abusar: fuera la alfombra, las cortinas, el cuadro de la cacería, las lámparas, las mesas de mármol y el aparador descomunal. Nos sorprendimos dándole la habitación exterior y más iluminada a la pequeña Lena, y quedándonos con la fea, la que no tenía luz natural. ¿Era eso el amor filial? La tercera la convertimos en estudio acariciado por el sol. Nuestros amigos, en lugar de regalarnos cosas, hicieron una colecta y nos regalaron dinero para invertirlo en lo que quisiéramos. Fue cuando salimos disparados hacia Ikea.

Siempre me ha sorprendido la cantidad de cosas que no quiero hacer y termino haciendo tanto como la cantidad de cosas que quiero hacer y no puedo. Alguna vez yo había sido tildada de «comunista del Corte Inglés» por la manera en que chocaban en mí teoría y práctica. Así, abracé la ideología *hippie* por pura conveniencia. Opté por heredar más que por comprar. Primero adquirí la cama grande que me recomendó Irene, donde dormiríamos los tres los primeros días. En lugar de llevarnos la cuna a nuestra habitación, llevamos nuestra cama a la habitación de Lena. Era un poco raro, pero es que era el cuarto más bonito de la casa y así lo compartiríamos los tres. Solo faltaba un detalle: el suelo de la habitación de la niña, blanco de mis obsesiones porque estaba hecho de frías baldosas y no de *parquet*. En Ikea descubrimos que el *parquet* se vendía por metros y uno mismo podía instarlo siguiendo las instrucciones. Todas las tardes, después del trabajo, J se metía en la habitación de Lena y trabajaba unas horas en el *parquet* hasta que por fin quedó listo. Al final, no gasté casi nada en mobiliario: una amiga me regaló la cuna, el cambiador y el coche que habían sido de su hija. He ahí otro gran lugar común del embarazo: la solidaridad entre madres y futuras madres. Lo de que llegan con el pan bajo el brazo es casi siempre cortesía de otras mujeres. Mi amiga Aixi, por ejemplo, ya me había pasado varias toneladas de ropa que había dejado su niña, así que Lena tenía guardarropa asegurado hasta el año. Comprar ropa era definitivamente prohibitivo. Y para satisfacción de Irene, Aixi me había prestado también un *foulard* para llevar al bebé colgado del cuerpo, como llevan las mujeres andinas a sus niños. Madre

e hijo cuerpo a cuerpo. El *continuum*. Eso era tendencia.

También era tendencia, aunque quizá desde la otra orilla, llevar un blog del bebé. Un bebé sin blog es como un ser humano sin blog, ni más ni menos: un bicho raro. Internet también está saturado de diarios de vida de nonatos. La idea es contar la historia del bebé desde los primeros días en el útero de la madre, sobre todo a los familiares y amigos, así quien quiera enterarse de la evolución del bebé solo tiene que teclear una url. Adiós a los *mails* para cada cual y a las llamadas telefónicas. Estos blogs apócrifos están narrados en primera persona por las amorosas voces de sus padres que no han dudado en suplantar a su vástago todavía ágrafo: «Hola, soy Erick, mis papás me quieren mucho. Estoy muy feliz dentro de la barriga de mi mamá, pero pronto saldré de aquí y podrán conocerme. Por ahora pueden ver mi primera foto o ecografía, como le llaman, ¿no soy guapo?». Los hay de todo tipo, algunos tienen secciones especiales dedicadas al ajuar, en los que los ilusionados padres se han dado el trabajo de fotografiar desde una panorámica de la bien decorada habitación hasta los futuros calcetines de su pequeño. Los blogs de bebés tienen sus propios enlaces a otros blogs de bebés y a su vez estos a otros, de manera que existen cientos de comunidades de padres que hacen blogs sobre sus hijos, cuelgan fotos, vídeos, cuadros con sus controles de vacunas y álbumes de fotos con los hitos de su vida, desde el primer diente hasta su primera visita al zoo, comparten información y se dejan mutuos comentarios de felicitaciones. Algunos blogs tienen incluso un contador que va marcando los días de vida del autor: «María tiene 830 días de nacida». El dilema de cuándo dejarle de escribir el blog al chico adquiere tanta o más importancia en esta época que el propio destete.

Dicen que el síndrome del nido coincide con el comienzo de la baja maternal, cuando la futura madre por fin puede dejar el resto de preocupaciones y centrarse en el nuevo papel que le toca interpretar. Y sí, probablemente nunca más tendría tiempo de sobra para untarme los pezones con crema, para apuntarme a natación y a clases de yoga. Creí que ese momento no sobrevendría nunca pero tras varios intentos de llegar con algo de oxígeno a la oficina tuve que solicitar el permiso de maternidad y dejar el trabajo. Por fin podría experimentar lo que siente una mujer con todo el tiempo del mundo para cuidar sus plantas y hornear pasteles. Pero no fue así. Había empezado el periodo de minusvalía.

Por ejemplo, estuve a punto de darme de baja del sexo pese a que todos los libros animaban a tenerlo hasta poco antes del parto, recomendándote posturas adecuadas para cada trimestre. Léí incluso que un grupo de médicos malasio concluyó en un estudio que el sexo durante la fase final del embarazo ayuda a tener un mejor parto. Pero lo cierto es que entre las enormes ganas de orinar, las contracciones de Braxton Higgs y los problemas de sueño, prefería animar a J a que invirtiera sus energías en otras cosas, por ejemplo en terminar de pintar la casa o clavar una repisa en la pared. Eso me excitaba mucho más.

En la clase final de mi cursillo de preparación, Eulalia no tuvo mejor idea que mostrarnos un video del parto como gran fin de fiesta. Alguna vomitó pero casi todas lloramos. Estábamos demasiado cerca de «eso».

La semana siguiente acudí a la charla sobre «Parto natural» en la Maternidad, el hospital donde daría a luz. Como ya lo he dicho, el lugar era el único en toda España con un protocolo de parto natural, que más o menos significa lo siguiente:

No está medicalizado (no se usan sueros, ni oxitocina).

No te rompen la bolsa artificialmente.

Te dejan moverte durante la dilatación.

Te dejan parir en la posición que desees.

No se usan fórceps ni ventosas.

La monitorización del bebé es externa y esporádica.

No se usan analgésicos ni anestésicos (epidural).

Nunca olvidaré lo que dijo la comadrona que guiaba la reunión a todas las «valientes» que queríamos parir «con dolor»:

—Parto natural... Jajajaja.

La maldita mujer nos aseguró que terminaríamos pidiendo la epidural a gritos. Sus opiniones provocaron la indignación general. Además, no olvidó advertirnos que solo había una habitación para parto natural, es decir, provista de todo lo necesario. Así que la cosa iba por puesta de mano o de panza.

A esa hora, mis niveles de concienciación y compromiso con el parto natural ya eran tales que hasta insulté a mi cuñada por haber solicitado una cesárea en una clínica privada donde suele haber muchas más cesáreas que en los públicos, pues el parto vaginal es mucho más barato.

No había preparado todavía la maleta con mis cosas y las del bebé que llevaría al hospital pero tenía tiempo, formalmente todavía me quedaban dos semanas. Tiempo suficiente para unir a la niña al Facebook.

929 DE JULIO

La vida cambia rápido. La vida cambia en un instante. Te sientas a cenar, y la vida que conoces se acaba.

JOAN DIDION

Freaks es el título de un antiguo *collage* de mi autoría en el que fantaseaba sobre la apariencia física de un hipotético hijo mío y de J. Para ello había recortado fotografías nuestras y probado una serie de combinaciones posibles: un chico con el pelo de J + mis ojos + la nariz de J + mi boca. Una chica con mi pelo + los ojos de J + mi nariz + la boca de J. Un hijo como un puzzle hecho al azar, jugando a ser Dios, un Frankenstein hecho con tus adoloridos pedazos, un minotauro sin laberinto. La visión me había asustado tanto (y eso que ni siquiera era un *collage* de nuestras psicologías) que lo subtité: «Ya hay suficientes monstruos en este mundo». Lo hice con la convicción de que nunca tendríamos un hijo.

Años después de esa gráfica declaración de intenciones estaba yo ante mi redondeada imagen en el espejo y esperando la hora en que mi vida cambiaría para siempre gracias al *collage* que habría pintado para nosotros mamá naturaleza. Todas estas visiones más o menos trascendentes se diluyeron cuando mis ojos se fijaron en la mancha de mi ropa interior, una especie de moco oscuro que se pegó a mis dedos mientras lo miraba a dos centímetros de distancia. El día anterior había tenido sexo con J y creí que era alguna clase de semen residual solidificado. Llamé de inmediato a Eulalia. A lo mejor a la niña se le había caído la nariz.

—Es el tapón mucoso —me dijo la comadrona muy tranquila.

—¿Qué es eso?

—Es la membrana que protege el cuello del útero, así al bebé no le entran gérmenes.

—¿Esto quiere decir que ya va a nacer...? ¡Pero faltan dos semanas! —grité histérica—. Mi necesidad de que naciera era tan grande como el miedo a que finalmente ocurriera y me debatía como siempre entre el deseo y la negación.

—No, eso no quiere decir que vaya a nacer hoy, simplemente que el parto se acerca...

—¿Más o menos a cuánta velocidad?

—Bueno, puede ser mañana o puede ser dentro de quince días. Ah, y convendría que ya no tengas sexo. Sin tapón, el feto está expuesto a infecciones de fuera, ¿vale?

Vale. Sin sexo y sumida en la incertidumbre. Bonito tratamiento.

El día en que la vida que hasta ese momento conocía empezaría a cambiar para siempre me levanté con la idea de comprar la bolsa de compresas. Era la única cosa de la lista de equipamiento que me faltaba. Compresas para los descensos sanguinolientos que tendría inmediatamente después del parto. Salí en dirección a la farmacia. Pero en el camino se me fueron ocurriendo algunas cosas más que faltaban en casa. Bajé hasta la frutería y compré algunos tomates y limones, fui a la pastelería por pan y al paquistaní por un bidón de agua. Compré un pollo a *l'ast*. Regresé andando, en realidad dando tumbos y resoplando. Tenía la energía de un futbolista en coca pero con la coordinación y ligereza de un mamut. Le conté a J por teléfono lo que había hecho. Me dijo que estaba loca. Me di un baño. Entré a la habitación de Magdalena para meditar. Últimamente lo hacía varias veces al día. Me relajaba el color melón de las paredes y el recién estrenado suelo de *parquet*. Iba, constataba que todo estuviera en su lugar y aspiraba el deodorificador hasta llenarme los pulmones. Me acercaba a la cuna solitaria, pasaba un dedo por sus barrotes buscando huellas de polvo, miraba la ropita, abrazaba un perro de lana, tocaba las cerdas del cepillito de pelo y olía la crema para eritema de pañal, siempre pensando en ella. Descubrí en esas horas que echaba en falta algo que todavía no me había ocurrido, a alguien a quien no había tenido el gusto de conocer todavía. Recordé haber entrado en la habitación de mi abuela poco después de su muerte. Cada una de sus cosas la evocaba, me remitía al pasado. En la habitación de un nonato, en cambio, cada cosa se proyecta al futuro.

En ambos sitios, sin embargo, el vacío adquiriría un contorno.

Esa tarde después de comer volví a abrir la maleta que llevaría al hospital. La maleta de una embarazada es la maleta de *Sport Billy* en clave estúpida. Pasas días dándole vueltas, como a un poema que acabas de escribir. Lo lees y te parece genial, lo relees y concluyes que es una mierda. Armar una maleta para ti y para tu bebé puede ser apasionante: ¿Cómo lo vestiría en su primer día de vida? Otro tema para la ciencia ficción: ¿Qué le gustaría llevar al bebé en su primer día de vida fuera de mi panza? J jamás me dejaba elegirle la ropa a él, así que me sentí realizada. Escogí un *body* celeste de florecitas, un pantaloncito a rayas y una chaquetita azul. Los diminutivos me embargaron. En la maleta había dispuesto la bolsa de pañales talla 0, la mantita, las cuatro muditas de ropa, incluyendo *body*s, pantaloncitos, pijamas, roponcitos, medicitas y gorrito, un par de camisones cursis para mí, mis artículos de limpieza personal, una toalla, un libro, el iPod. Al parecer, la idea es entretenerse con algo mientras sufres terribles dolores. Irene me había recomendado que llevara algo de comer, pues podían pasar horas sin probar bocado y no tendría fuerza al final para empujar; en el fondo sabía que era uno de sus consejos subversivos, pues en un hospital suele estar prohibido que la paciente coma a su antojo. Y en todos mis libros advertían no comer ni beber nada antes. No obstante, metí un plátano, una manzana y un paquete de galletas en una bolsa.

Después de comer me eché a ver televisión en el sofá. Era casi lo único que podía hacer. Y seguir comiendo, claro. Como cada vez que me echaba, las

contracciones indoloras me atacaron, aunque me pareció que ya no eran tan indoloras. J llegó de la oficina y me anunció que más tarde se iba de juerga. Algo así como su despedida del mundo de la noche. Iba a juntarse con unos amigos. Se puso a mirar el correo mientras hablábamos de qué tal habíamos pasado el día. Yo empecé a sentirme extraña. Los dolores eran como los de la menstruación, pero se hacían cada vez más intensos. Eran las ocho de la noche cuando di la alerta roja.

—Creo que ya deberías irte —le dije a J con tono manipuladoramente lastimero—. Será mejor que vuelvas temprano, no sea que me ponga de parto en tu ausencia y te sientas el hombre más culpable de la tierra.

J me miró con condescendencia.

—Hace una hora que les he mandado un SMS diciendo que no voy.

Me puse feliz. Siempre que se queda conmigo me pongo feliz. Soy una perra posesiva. No tengo vida propia. Soy de las que sufren cuando lo esperan, como las mujeres de las canciones de José Luis Perales. Y ahora que tengo a su hija en mis entrañas doy miedo. También soy otras cosas más, pero eso no viene al caso.

La maleta. Recordé la maleta. La había revisado, pero al final había olvidado meter las toallas higiénicas compradas esa mañana con tal derroche de esfuerzo que sospecho que gracias a ello me estaba poniendo de parto con una aceleración espeluznante e iba dar a luz ahora mismo, pese a estar programada para el 12 de agosto.

—Hoy es 28 de julio. ¡Son las Fiestas Patrias en Perú! —grité de susto—. ¿Qué haremos si nace hoy? Es una fecha horrorosa para nacer. Mi abuelo nació un 28 de julio y en sus cumpleaños siempre vemos el desfile y escuchamos el discurso del presidente. Pobre niña.

—Y ni siquiera he terminado de pintar —dijo J.

Ni de tirar los muebles viejos. Y mis padres recién llegaban el 8.

Eché un vistazo: salvo la habitación de Magdalena, la casa estaba desordenada y a medio pintar. Sentí otra contracción. Cuando pasó, corrí a meter las compresas y di una última mirada al interior de la maleta por si olvidaba algo. Ese era el último gesto de previsión que me estaría permitido. A partir de aquí ya todo sería un constante desenlace.

Así que estas eran las putas contracciones. O debo llamarlas contradicciones. Cólico abdominal como el de regla y dolor de cintura como el de un cólico renal. En cada contracción, la barriga se pone tan dura que parece que va a estallar. No iba a aguantar demasiado. Eran las once de la noche. Me eché a llorar en los brazos de J, muerta de miedo.

—Ya, tranquilízate —me dijo acariciándome el pelo—, hay que esperar a que sean más regulares.

Me sentía como la primera vez que tomé ayahuasca. De qué me había servido tanta incredulidad, tanto cinismo si tenía ahora que rendirme ante la evidencia. Todo era cierto. El temor, el dolor, la verdad de uno mismo. Era tiempo de iluminaciones, por eso se llamaría dar a luz.

Hacia un rato que J no se separaba del reloj e iba apuntando la frecuencia de mis contracciones. Yo ya llevaba dos horas al menos sufriendo unos latigazos que llevaban ecos de dolor por mi espalda y vientre. Caminaba bamboleándome de un lado a otro de la casa. En medio de la contracción me abrazaba a J como si estuvieran cayendo bombas sobre nosotros. Pese al dolor, apuré un último esfuerzo cívico e improvisé un lavado gástrico, como una actriz porno preparándose para una doble penetración, dignísima. Aquí estábamos, J y yo, como tantas parejas que han acudido a clases de preparación para el parto, que han leído infinidad de libros de autoayuda, aquí estábamos sin saber qué diablos hacer.

El dolor me hacía clamar por mi madre. Solo llamo a gritos a mi mamá cuando algo me duele mucho, física o emocionalmente. ¡Qué hacíamos solos en este país sin nuestras mamás! ¡Malditos insensatos! ¡Y por qué ellas no estaban aquí! De pronto me di cuenta de la cruda realidad:

—¡Se van a perder el nacimiento!

Mis padres venían pero habían comprado el billete para el 8 de agosto. Telefoneé a mi madre para darle la mala noticia.

—Pobre hija mía, todo va a salir bien —me decía tratando de compartir mi desesperación. Se le desgarraba la voz, me decía que sintiera como si ella me estuviera dando masajes. Su voz solo me hacía llorar más. La necesitaba.

Dicen que la manera en que una mujer asume el dolor del parto es más o menos como asume todas las demás cosas de la vida, incluyendo la muerte. Yo no estaba quedando muy bien parada.

Hablé con mi papá y luego con mi hermana. Todos estaban nerviosos. Me deseaban suerte como si me fuera de viaje. Conclusión: podía morir. Hablé con mi suegra, con mis cuñados. Al borde de la asfixia, me despedí de todos mentalmente, como aquella vez que me tapó la ola en la playa de La Punta, y vi pasar mi vida como en una película. Y en ese lapso, otra contracción casi consigue matarme. Colgamos. Teníamos que ir al hospital, a riesgo de hacer el ridículo y que nos regresaran. No me importó repetir por enésima vez la historia de la mujer que va demasiado pronto. Llamamos a un taxi para que nos llevara cuanto antes hacia algún lugar donde supieran qué hacer conmigo.

Dirección Maternidad. A las doce suspiré aliviada: mi hija se había salvado de nacer el mismo día que Alberto Fujimori, el expresidente del Perú. Por otro lado, el taxista era un hijo de puta, casi todos los taxistas de esta ciudad lo son. Le preocupaba que le manchara el carro. Lo bueno es que por esa misma razón corrió a velocidades prohibidas y llegamos antes.

Al llegar nos condujeron hasta los consultorios de Urgencias. Eso estaba lleno de mujeres embarazadas y sus maridos falderos, la mayoría había acudido por una falsa alarma y a lo sumo lucían enchufadas a esos monitores que miden las frecuencias de las contracciones. Alguna embarazada fumaba. A mí, que lucía compungida, me pidieron que me quitara las bragas y me tendiera en una camilla. Yo ya casi no podía hacer nada por mí misma. En la camilla vecina había otra chica de vientre titánico. Nos miramos y sonreímos con camaradería y un cierto «saber estar» bastante meritorio para nuestra condición. La mujer llevaba dos semanas de retraso. Era el rostro mismo de la desesperación. No la estaba pasando muy bien. Tenía un niño dentro, un niño remolón. Yo le estaba contando que esperaba a una niña cuando alguien corrió abruptamente las cortinas y dejamos de vernos. La autora del elegante gesto era una mujer con bata blanca, delgada, enjuta, de pelo negro atado en una coleta, que no tendría un buen día o un bueno año. Ni siquiera saludó. Me abrió las piernas sin decir nada y me metió los dedos con cara de asco. Lo que vio no le gustó nada. Gruñó con el ceño fruncido.

—No estás ni en tres de dilatación. Te vuelves a tu casa, ¿vale? Te falta bastante.

—Perdón, pero es que es mi primera vez...

¿Por qué mi destino era ser atendida siempre por gente probablemente obligada a trabajar horas extras? Esta tenía cara de cajera del McDonald's a las once de la noche. OK, es un trabajo duro, pero... ¡¿El día promocionado como «el más feliz de mi vida» tenía que soportar esta mueca solo porque no podía pagarme una clínica privada?! Ya me habían advertido que era cuestión de suerte y que igual podía tocarme la comadrona «borde». Le dije que me dolía mucho y si no podían pasarme a la habitación, que allí podía ir dilatándome con más confianza y esperar que llegara el momento.

—A ver, ¿qué tipo de parto vas a tener?

—Natural...

—Uuuuuu. Eso puede tardar días. ¿Aquí no ves cómo estamos? No hay sitio.

—Pero no tengo coche, prefiero quedarme, la verdad, no hay taxis y tampoco es que sean muy baratos a estas horas.

—Puedes dar vueltas alrededor del hospital hasta que llegue la hora. Vuelve cuando las contracciones sean más seguidas, ¿vale?

Dicho esto, se largó como vino. Yo no podía ni imaginarme haciendo *jogging* alrededor de la maternidad a esas horas de la madrugada y con dolores de parto. Cuando estaba por vestirme entraron dos chicas.

—Hola, cómo vas.

Eran dos mujeres demasiado jóvenes, probablemente becarias. Sus rostros eran engañosamente angelicales.

—¿Puedo mirarte ahí abajo? —dijo una.

Recordé mucho después que Irene me había prevenido contra los «tactos de reconocimiento». «Los médicos suelen meterte la mano para romperte la bolsa sin que te des cuenta y así salen rápido del embrollo», había dicho suspicazmente. Pero en ese momento estaba en blanco y a merced de la autoridad médica, aunque esta fuera cuasiadolescente.

—Supongo...

—Solo será un momento.

Ambas se pusieron guantes y se instalaron frente a mi vagina abierta de par en par como frente a una máquina de café. Primero una me introdujo profundamente un dedo. Cuchicheó algo con la otra. A continuación su compañera hizo lo mismo. Se quitaron los guantes y los echaron a la basura. Habían aprendido algo nuevo hoy.

—Muchas gracias.

—¿Todo bien? —pregunté por decir algo.

—Sí, sí, todo bien.

Salieron y yo sufrí otra enorme contracción. Nos habían usado como cobayas. Me vestí como pude y fui a buscar a J, que fumaba afuera como en las películas en que hay embarazos. En el parto que yo había soñado J estaba en todas las escenas, pero hasta ese momento era un marginado de su propia paternidad, un padre de la vieja guardia.

Nuevo incidente con un taxi. Fuera del hospital, en la esquina del hotel Reina Sofía, otro taxista se escapó al verme embarazada. No podía ser cierto. Era increíble. Lo insultamos. Menos mal que uno se compadeció. El taxista hablaba y hablaba de los malos que son algunos taxistas. Como si comentara el resultado del Barça-Recreativo. Yo ya no escuchaba nada del exterior. Se estaba mucho mejor así.

Mi parto natural comenzó con una ambulancia.

Pero antes llenamos la bañera de agua tibia, me desvestí y me metí ahí. Pusimos velas aromáticas y apagamos la luz. Algo de musiquita también. Pero era demasiado tarde para volverme *hippie*. Demasiados años de amargura no se borran así como así. Aguanté cerca de diez minutos en la tina, el resto del tiempo lo pasé arrastrándome por el suelo. De la cama al sofá y del sofá al suelo. J probó darme algunos de esos masajes, pero yo solo quería golpearlo.

No voy a mentir: no me estaba comportando como una valiente.

Tendré que contarle a Lena que el día de su alumbramiento fue el día de los taxis. A las seis de la mañana todavía estaba todo oscuro. En ese preciso instante ya no me importaba si una enfermera borde creía que yo no estaba a

punto de caramelo. La cosa se me venía encima. Expulsé algo de líquido. Debía ser la fuente. Me advirtieron que si el agua era clara todavía podía tomarme mi tiempo, pero si se trataba de un líquido oscuro quería decir que el bebé se había cagado dentro y corría el riesgo de asfixiarse. En ese caso había que correr.

El líquido era transparente, pero igual estaba lista para poner pies en polvorosa. J llamó un taxi. Le dijeron que no tenían unidades. Llamó a otro número y obtuvo la misma respuesta. Se hizo con la guía telefónica y fue marcando decenas de números de taxi con la misma suerte. Algunos advertían que podían tardar más de una hora. J explicaba que la situación era apremiante, que debían dejarlo todo y venir por su mujer parturienta. Yo rumiaba mi malestar en una esquina de la habitación. Por aquella época los avaros taxistas no salían a trabajar los fines de semana (hoy sí, que cobran el doble). Demasiados borrachos dispuestos a vomitarles el chasis.

—¿Por qué no tenemos coche?! ¿Por qué no le hemos pedido a nadie que nos lleve?! ¿Por qué no tenemos más amigos con coche?!

Ante el drama del transporte no me quedaba ni pizca de humor negro, era purito desaliento.

—Llama a una ambulancia —le pedí a J.

—¿Las ambulancias llevan embarazadas?

—Diles que lo tengo afuera, que se le ve la cabeza. Que no hay un puto taxi en la ciudad.

Vaya manera de empezar mi cacareado parto natural. La ambulancia estaba en camino. En menos de cinco minutos tocaron el timbre. Salí con mis propias piernas a la puerta. No tenía que sobreactuar. Me veía bastante ruinosa. Los de la ambulancia me subieron a la parte trasera. J subió adelante. Atrás me esperaba una de esas señoritas del Servicio Médico de Urgencia. La miré con desconfianza. Yo a estas alturas pensaba que todas las mujeres me querían meter el dedo. Y era cierto. Lo hizo. El otro técnico le preguntó si estaba muy avanzada. «Ya está colocado», le contestó. Por fin una buena noticia. Y ver Barcelona desde una ambulancia también me hizo sentir mejor. Exhibicionismo puro: las sirenas y la gente girándose para mirar, imaginando que allí va un proyecto de muerto. Es casi tan bueno como ver pasar una carroza funeraria.

Me sentí como el doctor Hannibal Lecter, falsamente herida y con ganas de comerme la nariz del enfermero.

Llegué a la maternidad por todo lo alto. Es decir, en medio de las sirenas y las luces rojas de una ambulancia. Ingresé por la puerta trasera y efectué una impactante entrada a la sala de Urgencias. El recibimiento resultó un poco menos frío que el anterior. Se abrían las puertas a nuestro paso. Por fin no era una enferma imaginaria. Me estaba desquitando de todas las veces que había llegado infundadamente a hospitales en plan catastrofista (resacas que confundí con principios de infarto). J fue detenido una vez más en la puerta e

impedido de entrar. Tras la auscultación determinaron que apenas había dilatado un punto. De dos a tres. La encargada de dar la mala nueva: la comadrona infecta. Quién más. Aquí no estaría Eulalia. A la ginecóloga, como ya dije, solo la había visto una vez en mi vida. Todo el tiempo escuchaba en mi cabeza voces femeninas que me instaban a defender mi parto natural con la vida. De otro lado escuchaba la voz del diablito susurrándome que pida de una vez la epidural. Aproveché un descuido de la susodicha y le pregunté a otra comadrona si esa mujer iba a estar en mi parto, porque si iba a ser así no solo quería la epidural, sino también anestesia general o incluso una sobredosis letal. La sola posibilidad de quedarme allí a hacer el bendito trabajo de parto, sin J, rodeada de gente estresada, me hacía temblar.

—No, dentro de un rato ya te suben a la otra planta. No te preocupes —me dijo guiñando el ojo.

—¿Parto natural?

—Sí.

—Muy bien.

¿Muy bien? Entonces las contracciones tomaron la forma de miles de proyectiles incrustándose en mi cintura.

Con suerte, en unas horas iba a tener un enemigo menos en el mundo.

No pienso dilatar mucho más la historia.

Dilatar: la palabra duele en su ironía.

Llegué en silla de ruedas a la zona denominada «Dilatación». Aquí es cuando todo empieza a parecerse a una de esas lacrimógenas series de hospital. Y yo alucinando que House aparecía por detrás de las cortinas dispuesto a romperme la fuente con su bastón.

El personal de planta era notablemente distinto al de Urgencias. Pero no se parecían a House. Me recibió un corpulento enfermero gay con una alegría que en cualquier otro momento podría haber calificado de «contagante».

—Ya sé que te duele, cari, aguanta un poco.

Cambié en un instante a la bruja por el osito de peluche. Ante mí apareció la habitación de mis sueños, la codiciada habitación del parto natural era mía, solo mía: individual, vista al jardín interior de la clínica, con un baño con bañera, una silla de apoyo, una pelota gigante y lo más importante: J y yo en completa intimidad, la tecnología al servicio de la naturaleza. La compro.

—¿Cómo van a llamar a la niña?

Si el enfermero empieza a hablar por hablar es muy mala señal. Todo indica que vas a sufrir dolores criminales.

—Magdalena.

—¿Qué?! Pero ¡cómo la van a llamar Magdalena! Si hoy es santa Marta. ¡Qué es la hermana de Magdalena, joder! ¡Tenéis que llamarla Marta! ¡El día de María Magdalena fue el 22 de julio, ya pasó, tía! Jajajaja. ¡Tenéis que llamarla Marta! ¡Marta!

Apenas pude reaccionar. Yo no tenía ni la mitad de su convicción, casi en ningún aspecto de la vida.

—No me gusta el nombre Marta, es muy seco.

Esto era surrealista. El enfermero amante del santoral nos estaba contando que íbamos a ponerle a nuestra hija un nombre equivocado. Marta es la hermana hacendosa, la que se queja de todo, la que se compara y va a decirle a Jesús que María Magdalena es una pérfida que vaga todo el día y le deja todo el trabajo a ella. Jesús, sin embargo, elige a Magdalena, a la puta llorona, como modelo de las almas contemplativas por encima de Marta, y cuestiona el desasosiego de esta última. Lo curioso es que la chivata de Marta es la santa, la patrona de los hoteleros, y no Magdalena. ¡Cómo iba a llamarla Marta!

—Bueno, chicos, habéis llegado justo para el cambio de turno.

—¡¡No!! —grité—. ¡No nos deje! ¡La llamaremos Marta!

¿Y ahora quién vendría? Se iba justo cuando empezaba a sentir algo de calidez.

—No os preocupéis, todo irá bien.

Nos quedamos solos. Yo no podía estar acostada. Empecé a dar vueltas por el cuarto llorando y llamando otra vez a mi mamá. Me metí al baño. Me senté en la taza. J me aplicó unos masajes. Me senté en la pelota y di botes. Por primera vez empecé a pensar que no podría soportarlo. Mierda, en realidad hacía varias horas que solo pensaba en ponerme la epidural y acabar con todo. Maldije a todas las comadronas ominosas.

—Buenos días, ¿cómo estás? —Una chica joven y bajita entró por la puerta—. Me llamo Raquel, ¿y tú?

—Gabriela.

—¿Y el bebé?

—Es una niña. Se llama Magdalena.

—Qué bonito nombre.

Uf, al menos algo. Esta sí que parecía la comadrona a mi medida. Era bastante dulce y se ve que quería transmitirme serenidad. Me contó que solía atender partos en casa, seguía el legado de las antiguas doulas, las mujeres

que llevan milenios ayudando a otras mujeres a parir. Era justo lo que necesitaba.

Vi la luz.

—Bien —dijo mientras me daba intensos masajes en la espalda y la cintura y dejaba salir una voz casi hipnótica—. Las contracciones son como oleadas, ¿vale?, que van y vienen, pasan a través de tu cuerpo. Siente cómo pasan y se van. Siente cómo el dolor te atraviesa y te deja libre. Deja que fluya a través de ti. No huyas de él, siéntelo plenamente. Concéntrate en ello, en abrirte como una flor, mira en ti misma.

Acosté medio cuerpo en la cama, aún de pie. Esta posición me gustó. Luego cambié a cuatro patas. También me alivió. Me estaba sintiendo mucho mejor. Casi conecto con mi interior. Esta especie de mantra funcionaba. Miré a J y le dije que aguantaría.

Pero la comadrona tenía que irse. Estaba atendiendo simultáneamente a otras diez como yo. Volví a sumirme en mi infantil relación con el dolor. J hacía su mejor esfuerzo, pero no era lo mismo. Me di cuenta de que necesitaba a esa mujer para guiarme. Si ella se hubiera quedado conmigo tal vez no habría tenido que pedir la epidural con los colmillos afuera.

Estaba en cinco centímetros de dilatación y hay que llegar a diez, que es cuando el cuello del útero luce completamente dilatado y borrado. Ninguna droga sirve. Ni el entonox, un gas analgésico, ni ninguno de los opiáceos que he oído que usan algunas en los partos caseros. Epidural o nada. La anestesista se tardó un buen rato en llegar a mí. Era una mujer guapa y demasiado arreglada para ser alguien que te la clava por detrás. Le mostré la espalda. Debí quedarme completamente inmóvil para que pudiera encontrar el lugar exacto, algo sumamente difícil. Lo sabía bien: un error de precisión y podía quedarme parálitica. Por fin encontró lo que buscaba y me pinchó. Dos contracciones más y el dolor cesó. Fue un alivio. Nos relajamos tanto que J empezó a hacerme fotos y vídeos en los que yo fingía dolor. Posaba dando alaridos falsos. Quién diría. Sería el *fake* de mi auténtico sufrimiento. Estaba en un limbo, en la Disneylandia del trabajo de parto. Me dio tanta risa sentirme bien que me meé y como estaba anestesiada nunca lo supe. Hasta que la enfermera vino y me secó.

A partir de aquí ya todo es un poco brumoso. Solo recuerdo que un médico entró para decirme que la epidural había desacelerado el proceso y que me pondrían el famoso «goteo de oxitocina» (del griego, «nacimiento rápido»), la hormona que estimula las contracciones, las vuelve más intensas y desencadena el parto. Me negué. Se supone que una mujer produce naturalmente esa hormona, pero con la anestesia la producción se había bloqueado. El médico volvió a entrar, esta vez acompañado de la amable comadrona, para decirme ambos que debían romperme la fuente porque la cosa iba lenta y había que acelerarlo. Seguía en cinco de dilatación. Me negué. El médico insistió. Me dijo que era necesario. Que ahora mismo el trabajo de parto se había detenido y era peligroso. El médico tenía prisa, quizá tenía una comida importante.

Supé que había perdido la batalla, que mi parto ya no era mío. Había fracasado. Las voces en mi cabeza cesaron por fin.

Y se confirmaron todas las profecías: lo que empieza con el grito «¡epidural!» casi siempre termina con un parto inducido. Pero no porque la mayoría de las mujeres embarazadas en el fondo seamos unas cobardes incapaces de llegar hasta el final solas, como sugirió la horrible comadrona.

Es simplemente que un hospital, aún en una habitación especial y con la pelota gigante, no es un lugar precisamente relajante.

Antes de llegar a esa habitación, fui devuelta una y otra vez a casa, obligada a pagar dos taxis y a soportarlos, a llamar una ambulancia, sufrí el maltrato reiterado del personal en el departamento de Urgencias. Cuando encontré a la persona que podía ayudarme esta se fue a atender a otras mujeres. Cuando llegué a mi destino ya estaba agotada y muerta de dolor y no existía nada alrededor que me permitiera centrarme en lo que me pasaba. No intento justificarme, quizá pude ser menos ambigua en mi preparación para el parto y más radical, quizá debí ser más firme ante los médicos. Pero ser de otra manera tampoco me garantizaba tener el parto soñado. Lo sé porque todas mis amigas han tenido partos imprevistos. Aixi, que había ido a una casa de campo a dar a luz, había pasado dos días con sus noches de trabajo de parto y había tenido que salir corriendo, ya deshidratada, a una clínica para recibir suero, porque se desmayaba de hambre y sueño y ya no tenía fuerzas para empujar. Irene, la más natural, por su parte, había tenido una odiosa cesárea. Todo podía suceder. Había demasiado ruido alrededor como para oír a mi cuerpo hablar. Yo solo lo escuchaba gritar.

El médico me insertó un ganchillo y abrió la membrana que permite la salida del líquido amniótico. Rompí aguas. Un procedimiento de rutina. Una hora después volvieron a monitorearme y concluyeron que todavía estaba verde y que había que ponerme la oxitocina. El parto medicalizado cumplido a pie juntillas en cada una de sus facetas. Tras el goteo las contracciones más salvajes volvieron y casi pido un refuerzo de epidural.

Lo que empieza con una ambulancia acaba siempre así.

Ahora estoy sobre la camilla de la sala de parto. Creo que ese es J vestido de verde como uno más del ejército de parteros que pueblan la habitación. Hay una media de diez personas ahí metidas. Que yo sepa, ninguno ha pagado entrada para ver el espectáculo. Me animan todos a la vez. Hay dos mujeres que están muy cerca, a ellas me confío, tengo la urgente necesidad de confiar en alguien. Me dicen cosas positivas, indicaciones técnicas, que respire, que empuje, que respire. J me coge la mano, lo miro con ojos suplicantes, me dice que voy bien. Él es transparente, sé que está haciendo un esfuerzo supremo por demostrar tranquilidad, se nota el nerviosismo en la forma en que se mueve la manzana de Adán de su largo cuello cuando traga saliva y me acaricia la frente con su mano húmeda y nuestros sudores fríos se entremezclan. Yo no dejo de mirar sus hermosos ojos, me veo a través de él porque es preferible a mirarme yo misma con los ojos despiadados de siempre. Lo miro y le creo que todo está bajo control, eso es algo esencial de

nuestra vida juntos. Sé que está preocupado por mí, porque no sufra, ni me pase nada malo. Hemos sido hasta ahora dos en el mundo, nos cuidamos, tememos el uno por el otro, pero las cosas cambiarán en pocos minutos. Me mira a mí y mira allí abajo, la puerta por donde va a salir nuestra hija, no se aleja, no me suelta, no me deja caer. La comadrona lo llama para que vea lo cerca que estamos. Ya la están viendo. Ojalá hubiera un espejo. Detesto no poder desdoblarme para tener el otro punto de vista y que tengan que contármelo. J me dice que ya la ve, que le está viendo la cabeza. Me piden que ahora sí dé un último empujón fuerte. Mi único triunfo ha sido que la comadrona acepte posponer la episiotomía lo más posible, al final no será necesaria. Una mujer me enseña cómo debo hacerlo. Empujo con todas mis fuerzas, pero no sale. Me desgarró levemente, son dos puntos que cicatrizarán rápidamente, más fantasmas dispersándose. La comadrona narra todo como un partido de fútbol. Otra vez a respirar y a empujar. Todos me felicitan por el más mínimo logro, no hago caso, por primera vez en la vida estoy concentrada en algo más que no soy solo yo. Me esfuerzo como nunca, enrojezco, sudo, me abro. A mi lado el monitor muestra la frecuencia cardiaca de mi bebé. Me da por mirar las fluctuaciones de su frágil vida, que depende de que yo haga bien las cosas. Todo será así a partir de ahora. Creo que va a embargarme el sentimentalismo y quiero evitarlo a toda costa, como siempre. Y, como siempre, fracasaré. Ahora sí viene, se abre paso, la siento llegar, la veo, alzada por los aires, embarrada de mis entrañas, tibia, decolorada, con rostro de boxeadora, me la enseñan como un camarero te enseña una botella de vino, como si pudiera decir que no la quiero, la tienden sobre mí, ya no es una extensión de mí misma, es otra. ¿Lloraré? Si me pregunto esto es que no lloraré.

EPÍLOGO

Habitación 525. Flores. Reconocimiento.

Su piel es la de un ser acuático, parece que en cualquier momento encontraré un alga entre los dedos de sus pies. He vuelto a las metáforas marinas, y qué.

Está completa. Solo tiene una marca en un ojo. Está herida de guerra. Huele a algo muy limpio. Es muy pequeña, delgada y pálida. Sus manos son larguísimas y translúcidas como las de un vampiro. Su pelo es negro, húmedo y grasiento, en realidad es clavada a una cría de esquimal: los ojos achinados y separados entre sí. Son dos rendijas que se abren como los ojos de E.T. Creo que es porque está asustada, un poco más que yo.

Mirar a tu bebé recién nacido se parece a tomar éxtasis. Una mezcla de extrema suavidad, aprensión y ganas de bailar.

Siempre que vuelve de las revisiones tiene cara de susto. Necesito irme de este sitio lo más pronto posible. Odio a todos, quiero asesinar a las enfermeras, a las familias y a los otros bebés.

La vecina de mi habitación ha pedido el cuarto biberón para su hijo. Dice que el niño tiene hambre y no le sale suficiente leche. En efecto, no deja de llorar. Su esposo no ha venido a verla hoy. Ella lo llama por teléfono y discuten. Me temo que debe estar celebrando la llegada del varoncito con sus amigos. Le cuelga. La flamante madre enciende la tele. Ve telebasura. Al lado de esta mujer soy Miss Universo.

Mi teta negra es un manantial. Es el consuelo para todos los males, quita el hambre y el susto. Siempre lo supe. Mi cuerpo es perfecto para esto. Alucino con su pequeña boca adhiriéndose a mi pezón. No puedo creer que le guste.

Llega una enfermera y nos anuncia que va a enseñarnos cómo darle masajes a un bebé. Por supuesto, no ha traído un Nenuco para tal fin. Así que coge al bebé real de mi vecina y le unta crema, lo masajea por aquí, por allá, mientras va explicando todo el trámite con absoluta frialdad. El bebé llora desesperadamente. Le digo que pare, que no me interesa saber más. La enfermera se enfada.

«El elefante Galante y la mosquita Laurita viven a orillas de un río en una casa color ladrillo. En donde crecen muchos membrillos y nunca nunca llega el resfrío». Me sé muchas canciones infantiles. Recién me doy cuenta. Qué gran ventaja.

De un poema que escribí hace más de una década (no sé por qué):

Mi paz era mentira

mamá me acostaba en pleno día
ocultaba en su casa amarilla
los patios de la noche
cerraba mis ojos con broches de muñeca
creía en esa manera de estar a salvo
pero nunca me avisó del peligro
puntapié, parque desierto, árbol pelado
ahora me mezo en tus manitas
y te veo y trato de cantar alguna canción cierta
no duermas pequeño con esas melodías
despierta si escuchas
un día de ahora o de mañana
el arrurrú.

Llevo a Lena en brazos. J se encarga de los últimos papeleos del alta médica. Yo lo espero muy cerca de la puerta. Afuera hace un día estupendo de verano. El sol brilla. De pronto una mujer se acerca. Es probablemente de origen filipino. No entiendo todo lo que dice. Quiere ver a mi bebé, por favor, solo un momento. Se lo enseño. Me dice que es muy bonito. Brotan lágrimas de sus ojos. Le pregunto qué le pasa. Intento consolarla. No sé qué está pasando. Me pregunta cuándo nació, si todo fue bien. Le digo que sí, gracias. Me invade el miedo, abrazo con fuerza a Lena, empiezo a pensar que en cualquier momento me la arrebatará y se irá con ella. Seguramente es una psicópata. Este es el final de la dulce historia de una embarazada de estos tiempos. El secuestro de su recién nacida bebé en la puerta de la maternidad. La crónica se vuelve crónica roja. Me alejo, busco a J con la mirada, ya se ha dado cuenta, voy hacia él, viene hacia aquí, pero la filipina va detrás de mí, quiere explicarme algo. Me alcanza y me cuenta que ella también tuvo un bebé, y se parecía mucho al mío, pero murió, hace unos días, en este hospital, nació bien y luego le dijeron que había muerto, que han pasado varios días y aún no le entregan el cuerpecito. Me mareo. Le digo que lo siento, no puedo hacer más. «¿Es un niño?», me pregunta sollozando. Le digo que no, que es una niña. «El mío era un niño», dice. Uf. J me saca de ahí. Alcanzo a oír que la mujer grita que la cuida mucho.

Estamos metidas en un armario. «Papá, ven», grita Lena. Nos miramos en la oscuridad. Shuuuuu. No hacemos ruido. De niña me encantaba meterme en los armarios. En la casa de mi abuela había uno muy grande con una puerta corrediza. El olor a naftalina, la ropa colgada rozándome la cara, estar

inmóvil, escuchando los ruidos de fuera y esperando que alguien me encuentre o al menos me busque. Aquí viene papá. Nos agazapamos. Estamos preparadas para asustarlo.

Lena prepara un plato de hojas secas, ramas y fideos crudos. Ahora ella me alimenta a mí. Levanta su pequeña cuchara y me da bocados invisibles que saben delicioso. Me dice que su bebé se ha hecho caca y le pone uno de sus propios pañales. Después lo coloca en un cochecito, cuelga un bolso de su hombro y me dice adiós con la mano.

AGRADECIMIENTOS

A Elsi Bravo, por no contármelo todo y por dejar que yo lo cuente a mi manera. A Elisa, por jugar a la mamá y a la hija. A Vilma Zavaleta, por ser el corazón del héroe. A Jessica y Patty Bravo, maquillándome en el baño de su casa en Mello Franco. A Karina Rodríguez, *ultrawarrior*. A Adriana, nuestra luciérnaga.

A Claudio López de Lamadrid, por adoptarme. A Sergio Vilela, por su dulce espera. A María Lynch, caída del cielo. A Diego Salazar, sin cuyos consejos este libro no se hubiera escrito. A Toño Angulo, por el título Final. A Javier Calvo por tocarme con su varita de brujo. A Mónica Carmona, Sofía Lecumberri, Marta Borrell, Eva Cuenca y Marta Díaz por cuidar esta edición.

A todas las madres que me rodean, a las que lo serán y a las que nunca. A Victoria Castillo y Elena Fresco. A la tía Julia y a la tía Bertha. A Elena Ramos, María Esther Mesía, Chela Ulloa e Inés Agressot. A Nélide Céspedes y Teresa Carpió. A mis amigas madres: a Micaela Ameri, a Inés Velarde, a Vania Portugal, a Regina Cortés, a Ima Garmendia, a Tati Quiñones, a Maribel Tovar, a Victoria Bautista, a Marcela Robles, a Carmen Pérez de Vega, a Carmen Olivas, a Ale Barba, a Mónica Arrese, a Malú Ponte, a Isa Sánchez, a Mara Lethem, a Bea Fluxá, a Ximena Urbina, a Mónica Escudero. A todas ellas por confiarme sus nueve lunas y más.

A Alejandra, Melisa, Valeria, Romina, Mateo, Micaelita, Ariadna (x 2), Bárbara, Lucía, Alaia, Max, Sol, Octavio, Adriano, Mauricio, Joaquín, Oliver, Paulo (x 2), Claudia, Judit, Berta, Elvis, Gael y Maiku, por cambiarlo todo.

A Jaime Rodríguez Z. y a Lena Rodríguez Wiener, mi pandilla salvaje.

